

37-3/125/30 D. de C. n

EL ASNO
DEL
SEÑOR MARTIN.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR CH. PAUL DE KOCK

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR D. MANUEL GARCIA GONZALEZ.

Ilustrada con una preciosa lámina grabada en acero.



MADRID

CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE

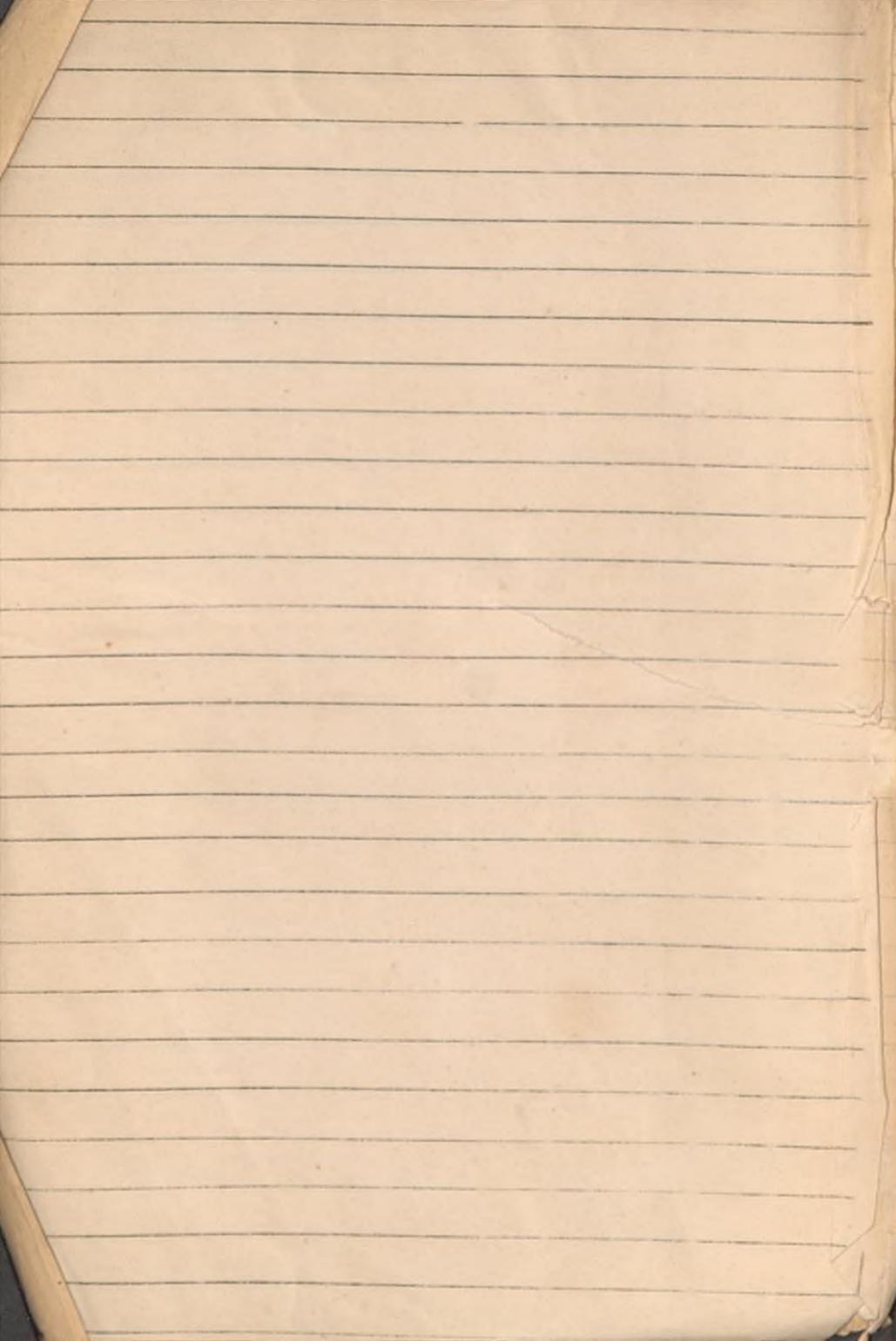
LIBRERO DE CÁMARA DE SS. MM., DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL
DEL CONGRESO DE LOS SEÑORES DIPUTADOS Y DE LA ACADEMIA DE
JURISPRUDENCIA Y LEGISLACION.

— Plaza del Príncipe Don Alfonso, núm. 8. —

PARIS, | LONDRES, | NUEVA-YORK,
Bailliere é hijo. | H. Bailliere. | Bailliere hermanos.

1863.

L47
519



AIMARD. *La Ley de Lynch*: novela escrita en francés por Mr. Gustavo Aimard; traduccion de D. J. F. Saenz de Urraca. Madrid, 1862. Un tomo en 8.º, 14 rs. en Madrid y provincias, franco de porte, y solo diez reales para todos los que han sido suscritores en Madrid al periódico *La Lectura para todos*, y 12 para los de provincias.

Los **Tramperos del Arkansas**,—el **Rey de las tinieblas**,—**Valentin y Curumilla**,—y los **Piratas de las Praderas**, novelas escritas tambien por Gustavo Aimard, y traducidas por Saenz de Urraca, se han dado á luz en el periódico *La Lectura para todos*, el cual contiene además otras muchas escelentes é interesantes novelas; tanto que esta hermosa coleccion puede considerarse como el *Almacen* de las novelas mas escogidas de la época. Consta de tres tomos con láminas. Precio de cada uno, 38 rs. en Madrid y 48, franco de porte, por el correo.

SCHREBER. *Manual popular de Gimnasia de Sala*, médica é higiénica, ó Representacion y descripción de los movimientos gimnásticos que, no exigiendo ningun aparato para su ejecucion, pueden practicarse en todas partes y por toda clase de personas de uno y otro sexo; seguido de sus aplicaciones á diversas enfermedades, por D. G. M. Schreber; vertido del aleman por H. Van Oordt; traducido al castellano, por D. E. S. O. *Tercera edicion*. Madrid, 1862. Un tomo en 18.º, con 45 figuras intercaladas en el texto, 10 rs. en Madrid y 12 en prov., franco de porte.

LANDELLE. *Un Odio á bordo*: novela escrita en francés por Mr. G. de la Landelle; traducida por D. Felipe Carrasco de Molina. Madrid, 1862. Un tomo en 8.º, 14 rs. en Madrid y provincias, franco de porte, y solo diez reales para todos los que han sido suscritores en Madrid al periódico *La Lectura para todos*, y 12 para los de provincias.

Basta decir, por todo elogio de esta gran novela, que ha sido traducida en todas las lenguas, que en todas partes se han repetido las ediciones, tirando un número fabuloso de ejemplares, y que es la mas hermosa é interesante novela marítima de este siglo.

MAQUET. *La Hermosa Gabriela*: novela traducida por D. Gabriel Florentino Valens. Un magnifico tomo en folio con hermosísimas láminas, buen papel y lindísima impresion. 26 rs. en Madrid y 28 en provincias, franco de porte.

3565



EL ASNO DEL SEÑOR MARTIN

EL ASNO DEL SEÑOR MARTIN.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR CH. PAUL DE KOCK

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR D. MANUEL GARCIA GONZALEZ.

Ilustrada con una preciosa lámina grabada en acero.



MADRID

CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE

LIBRERO DE CÁMARA DE SS. MM., DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL
DEL CONGRESO DE LOS SEÑORES DIPUTADOS Y DE LA ACADEMIA DE
JURISPRUDENCIA Y LEGISLACION.

— Plaza del Principe Don Alfonso, núm. 8. —

PARIS, | LONDRES, | NUEVA-YORK,
J. B. Baillière é hijo. | H. Bailliere. | Bailliere hermanos.

1863.

EL AÑO
SEÑOR MARTÍN
POR CH. PAUL DE ROON
Su editor D. Carlos Bailly-Baillièere tiene adquirido de los propietarios franceses el derecho esclusivo de traduccion, segun el Convenio de propiedad literaria entre España y Francia, y por lo tanto perseguirá, con arreglo á las leyes, á quien la reimprima en todo ó en parte.

EL ASNO

DEL

SEÑOR MARTIN.

I.

UNA REUNION DE PROVINCIA.

Cierta noche del año de gracia de mil ochocientos sesenta y dos, —ya ven VV. que no tomo las cosas de muy lejos, —hallábase reunida en la ciudad de... una sociedad bastante numerosa en casa de los señores de Grospré, personas que gozaban de mucha consideracion, por la sencillísima razon de que eran ricas. Podria decir el nombre de la ciudad; pero

no lo diré, porque creo que es enteramente igual, y si no lo es, traten VV. de adivinarlo. Continuemos.

El señor Grospré era una de las notabilidades del pueblo; habia sido destajista, ó acaso arquitecto, ó maestro albañil; ¡tal vez habia empezado por ser albañil ó peon! Pero, en fin, lo cierto es que habia llegado á ser álguien. ¿Saben VV. lo que es un hombre que llega á ser álguien?... Se lo diré por si lo ignoran.

Una persona que llega á ser álguien, es aquella que consigue reunir, si no una gran fortuna, al menos lo suficiente para vivir con holgura sin hacer nada: cuando se ve á un amigo, ó conocido, que pone casa, y da comidas, y recibe tertulias y no se ocupa en nada, se dice: «¡Parece que fulano es álguien!»

Y desde el momento en que uno llega á ser álguien, se da tono, se contonea al andar, toma cierto aire de importancia que muchas veces raya en imperitencia, y se le recibe bien en todas partes. ¡Hasta es bastante raro que se informen de los medios que ha empleado para subir como la espuma, y eso que no siempre son bastante puros, ni rectos, ni delicados!... Pero si hubiese que penetrar siempre en el

fondo de las cosas, se hallarian tantas de mala ley, que vale mas no mirar.

El señor Grospré era un hombre de cincuenta y cinco años, alto, gordo y de una constitucion hercúlea; era, en fin, lo que se llama generalmente un hombre sólido. No era ni guapo ni feo, pero su elevada estatura y sus formas atléticas le habian hecho el héroe de algunas aventuras amorosas; hay mujeres que tienen una gran predileccion por los hombres hercúleos, olvidando que las apariencias engañan muchas veces; pero esto es cuenta de ellas.

El señor Grospré habia sido feliz haciendo conquistas por su estatura, porque jamás habria podido hacerlas por medio de su talento, del que carecia completamente. Pero para estas cosas no se necesita talento; todos los dias tenemos pruebas de ello: el talento de los necios consiste en saber hacerse ricos.

¡No pretendemos decir tampoco que sea absolutamente necesario ser bestia para hacer fortuna; no, gracias al cielo! Por otro lado, ahí están Voltaire y Beaumarchais para contradecirnos.

Pasemos á la señora de Grospré, que tiene diez años menos que su marido, que es tan poco espiritual como él, pero que ha sido bastante linda; una

de esas figuras ajadas ya á los diez y seis años, y que lo están mucho mas á los cuarenta, que tienen constantemente una risita en los labios, que lanzan ojeadas y ligeros suspiros, que tienen arranques de sensibilidad que embarazan, y lánguidas miradas demasiado fáciles de comprender.

Febé, tal es el nombre de bautismo de esta dama, es una parisiense de raza pura; pero en Paris hay tantas mujeres lindas, graciosas, espirituales y seductoras, que Febé, con todos sus atractivos, no producía mucho efecto; por eso, despechada sin duda porque no habia sobresalido en el mundo parisien, habia consentido en casarse con el destajista Grospré, quien, en un viaje que hizo á la capital, conoció á esta señorita y supo que tenia un buen dote.

Nuestro hombre no vió en el casamiento sino un negocio, y un medio de llegar mas pronto á la fortuna. La señorita Febé habia consentido en ir á vivir á una pequeña ciudad de provincia, lisonjeándose de que allí no tendria rivales que compitieran con sus gracias y su lujo en el vestir. Tal vez las formas hercúleas de su futuro habian entrado por algo en su determinacion. Pero desde veinte años que hacia estaba casada, la señora de Grospré habia

repetido muchas veces lanzando ardientes suspiros: «¡Que se hacia muy mal en juzgar por las apariencias!»

Ahora que conocen VV. á los Grospré, pasemos á otros. Aquí está el señor Liroquet, solteron recalcitrante de cincuenta años, diciendo siempre que va á casarse, aunque malditas las ganas que de ello tiene; pero es un modo bastante sagaz para hacer que le reciban bien en las casas donde hay señoritas casaderas. Por lo demás, es un hombre bastante amable en sociedad, que juega á toda clase de juegos, pero que prefiere aquellos en que se dan prendas y hay abrazos.

La señora Riffard, viuda de su cuarto marido, y que, aunque llega á los cincuenta, contraeria con gusto quintas nupcias, si se presentase un hombre con bastante valor para proponérselo; pero no se presenta.

El señor y la señora Postulant, pareja ya madura. El señor Postulant es farmacéutico con pretensiones de médico, y dice que ha curado á mas gente con un elixir que ha inventado, que el doctor del barrio con sus recetas.

La señora de Postulant es muy fea, no es tonta, pero habla mal de todo el mundo, hasta de las per-

sonas á quienes no ha visto nunca. ¡Juzguen VV. lo que debe decir de sus amigos! Es además muy pretenciosa en la conversacion, y afecta emplear con preferencia el imperfecto de subjuntivo.

El señor Boulingrin, antiguo notario, muy buen hombre, que deja hablar á todo el mundo, y que no pide mas que una cosa para ser feliz: poder jugar todas las noches su partida de whist, ó de piquet, ó de tric-trac, ó aunque sea de dominó: con tal que juegue, poco le importa lo que hagan los demás.

El señor Boulingrin tiene una sobrina de veinte años, la señorita Mignonnette, guapa, alegre, risueña, pero muy curiosa y demasiado parlanchina para una jóven; es una falta que se tolera en las viejas, pero que es lástima tenga una señorita.

El señor y la señora de Breillet, esposos jóvenes aun, que se adoran y pasan su vida disputando y volviendo á hacer las paces, lo cual da lugar algunas veces á escenas demasiado íntimas para las personas que asisten á ellas como testigos.

Arturo Breillet comercia en vinos, pero al por mayor, muy al por mayor, segun tiene su mujer mucho cuidado de repetir. Esta solo se ocupa en su tocado. Está suscrita á todos los periódicos de mo-

das de Paris que tratan á fondo del corte de un vestido y envian á sus suscritores grabados de modas con las señas de las tiendas de géneros mas en boga.

En fin, la señora de Beurivage, antigua marquesa, ó condesa, ó no sé qué, pero esta dama debe ser muy noble, segun dice; porque si hemos de creerla, sus antepasados se remontan á Godofredo de Bouillon. Ha sufrido grandes desgracias; sus padres, que eran franceses, han emigrado, y no puede decir precisamente cuál es su patria, porque su madre se hallaba en estado interesante, y salió de su ocasion en el buque que la trasladaba á Inglaterra. Segun esto, ¿ es francesa, ó es inglesa?... Hé aqui una cuestion que dejo para que la decidan VV.

Pero el señor Monfignon, poeta de la ciudad donde esta dama ha fijado su residencia, no ha dejado de compararla á Vénus, puesto que es hija del mar. A la señora de Beurivage le ha parecido bien la idea, y se cree de la familia de Cypris y de Cupido. Por desgracia al envejecer esta señora se ha vuelto muy sorda, lo cual hace que incomode muchas veces á los que hablan con ella.

En fin, añadan VV. á esto el poeta de que acabamos de hablar, rentista entre dos edades, que trabaja hace doce años en una comedia de costumbres,

cuyo desenlace no acierta á combinar, despues dos jóvenes empleados en la alcaldía, y de los cuales uno solo se ocupa en mirar y examinar si su pantalon le sienta bien, mientras el otro, infinitamente mucho menos bestia, no sueña mas que con comidas, bailes y cenas, y tendrán una idea bastante exacta de la sociedad que se hallaba cierta noche reunida en casa del señor Grospré, como tuve el honor de decir al empezar este capítulo.

II.

LA SEÑORA DE VALBRUN.

Creíamos haber dado á conocer las personas reunidas en casa del señor Grospré, y no hemos hablado de aquella á quien podria mirarse como la mas amable y mas seductora de esta reunion. Talvez me dirán VV. que esto no probaria mucho en su favor, puesto que los retratos que hemos bosquejado no son muy halagüenos.

Esta vez se trata de una señora bastante linda;

no es sin embargo una belleza, pero ¿se necesita tener facciones muy regulares, nariz, boca y dientes irreprochables para parecer bien? ¡No! porque aun con un magnífico perfil griego, la nariz mas correcta y la boca mejor dibujada, puede una mujer dejarnos frio y no hacernos sentir la menor emocion! Mientras que una persona que nos parece bien, prueba que nos agrada; y ¿qué se necesita para agradar? Algunas veces consiste en el modo de sonreír; otras en la espresion de la mirada: los ojos mas grandes no son siempre los mas espresivos; se puede tambien seducir con la dulzura de las facciones ó con el encanto de la voz..... Pero no sé [por qué digo esto..... porque es probable que lo sepan VV. tan bien como yo.

La señora de Valbrun tiene veintiseis años, ¡edad preciosa para una mujer! ¡Tampoco es desagradable para un hombre, pero qué diferencia! ¡Un hombre á los veintiseis años es todavía un aturdido, un loco; no piensa mas que en los placeres, ama á todas las mujeres! Si sus facultades se lo permitiesen tendria cien mujeres.

¡Ustedes dirán sin duda que hay jóvenes cuerdos, constantes y fieles! No lo niego, pero son escepciones; y ya se sabe que la escepcion prueba la

regla... Por mi parte preferiria una regla sin excepcion; pero, en fin, ya está arreglado de otro modo.

Vuelvo á las mujeres de veintiseis años, y repito: ¡Qué diferencia con un hombre de la misma edad! Una mujer á los veintiseis años ó es razonable, ó no lo será nunca. Entonces solamente conoce su corazon, no se entrega con facilidad, y no ama ya por capricho, aun suponiendo que sea capaz de amar, porque vemos mujeres que nunca han sabido lo que era esto, y en general son las que tienen mas aventuras galantes... Tal vez van siempre en busca de ese amor que no pueden ni consiguen llegar á sentir.

Clementina Valbrun es de mediana estatura, pero bien formada; tiene cierta gracia hasta en sus menores movimientos, y eso que no lleva miriñaque, ¿lo oyen VV., señoras? VV. que se encastillan en círculos de hierro, y se parecen desde lejos á embudos boca abajo. Siento enfadarlas al decir esto; pero les aseguro que hablo en su interés, y que hay muy pocos hombres que no sean de mi opinion. Vamos á ver: ¿no agradaban VV. antes de llevar miriñaque? no conquistaban VV. corazones? ¡Sí, tantitos como ahora! Entonces ¿á qué se ahuecan de esa suerte?...

¡Ah! ya oigo que me van á responder:— ¡Las mujeres bien formadas podian pasarse sin él; pero las que no lo son... las que carecen enteramente de... formas!... Tomo acta de esta declaracion, y saco por consecuencia que todas las señoras *enmiñacadas* se parecen mucho á palos de escoba.

Sin duda van VV. á decirme:— ¡La señora de Valbrun, con su esbeltez y su talle, llevaria probablemente muchas enaguas almidonadas! En cuanto á eso, no puedo responder; no he llegado hasta el extremo de contar el número de enaguas que llevaba esa señora... y lo siento. Pero no critico las enaguas; al menos no nos lastiman las piernas cuando estamos sentados junto á VV. en el teatro ó en un carruaje.

Clementina es morena; sus ojos son del color de sus cabellos. No detallaré ni el tamaño ni la forma de su nariz; solamente diré que su boca era grave, pero que se volvia encantadora cuando sonreia, lo cual por otra parte era muy raro, porque esta señora tenia habitualmente el aire sério, y algunas veces algo melancólico.

¿Por qué tenia el aire melancólico?— Voy á decirlo ahora mismo.

Clementina, nacida en Paris, educada en Paris

por una madre que la adoraba y que habia enviudado muy jóven; Clementina, digo, habia llegado á la edad de diez y ocho años sin haber sufrido la menor pena ni la mas ligera contrariedad. La fortuna de la madre bastaba para las dos, cuyos gustos eran sencillos, y modestos los placeres, sin que necesitasen tomar butacas de orquesta cuando iban al teatro.

La señora Darbelle, madre de Clementina, deseaba ver casada á su hija, pero la dejaba en completa libertad de elegir esposo, bien persuadida de que su hija no escucharia mas que su corazon. Clementina no se daba prisa á elegir marido; era tan feliz al lado de su madre, que decia con razon:—

La dicha que se tiene vale siempre mas que la que se espera.»

Muchos partidos se le presentaron. Algunos eran muy convenientes, pero no convenian á Clementina, quien, por primera condicion para casarse, exigia que no habia de separarse nunca de su madre.

Hay hombres] que no gustan tener sin cesar á su lado una suegra que fiscalice sus menores acciones... que dé la razon á su mujer cuando no la tiene, y que les eche la culpa de todo cuando tienen razon. ¡Verdaderamente esos hombres son muy ridículos!

En fin, presentóse un jóven muy cuerdo, dulce

y razonable, que habia sido educado como una señorita, que no habia cometido en su vida la menor locura, ni tenido la mas pequeña intriga, y que habria aceptado media docena de suegras si se las hubiesen impuesto.

Eduardo Valbrun era además un chico muy guapo, cosa que no disgusta á las mujeres. Agradó á Clementina, sobre todo por su aire tímido, cuerdo y reservado, y por el respeto y sumision con que acogia hasta los menores deseos de la señora Darbelle, que dijo para sí:—«¡ Con este marido seré feliz, me será fiel; sus gustos son sencillos como los míos, aprecia á mi madre; no es aturdido, ni fátuo, ni seductor, como lo son la mayor parte de los que me hacen la corte, y que no se sonrojan de alabarse de sus conquistas! Casémonos con Eduardo Valbrun.»

Y de este modo, á los diez y nueve años, Clementina era ya la señora de Valbrun. Diez y ocho meses despues de su casamiento perdió á su madre; un año despues, aquel marido tan dulce, tan cuerdo, empezaba á descarriarse, á cansarse de su mujer para correr en pos de bailarinas y de actrices... y de figurantas del teatro de la Opera, hasta que al fin se batió en duelo y se hizo matar por haberse atre-

vido á sostener que su figuranta levantaba la pierna al bailar tan alto como la famosa *Rigolboche!*

¡Oh tiempos! oh costumbres!... ¡Casáos pues con un jóven que nunca se ha atrevido á mirar á una mujer cara á cara, para que al cabo de tres años de matrimonio haga tantas necedades como el mayor calavera del tiempo de la Regencia!

Clementina perdió entonces completamente todas sus ilusiones; la muerte de su marido la hizo llorar, pero la causa de esta muerte impidió que su dolor fuese muy vivo, porque verdaderamente no se puede sentir por mucho tiempo á un esposo que se ha hecho matar por una querida... y por un paso de batiman!...

Pero si la jóven viuda dejó de llorar demasiado pronto á su marido, en cambio conservó profundas penas por sus ilusiones perdidas: todo cuanto habia soñado, todas sus ideas sobre el amor, sobre la union de dos corazones, todos sus proyectos para lo porvenir, todo esto se desvaneció como un castillo de naipes á impulsos del viento. De ahí ese aire habitualmente sério contraído por la jóven, que engañada por un hombre á quien habia creído un modelo de cordura y de razon, tenia ahora la peor opinion de los hombres, juzgando de toda la pieza por

la muestra, como sucede la mayor parte de las veces.

La jóven viuda poseia diez mil francos de renta, y no deseaba mas; sus gustos eran limitados; vestia con sencillez, y era aun bastante rica para socorrer á los desgraciados, lo cual constituia su mayor placer. En cuanto á volver á casarse, habiase jurado Clementina no hacer nada para ello, y francamente, despues de lo que le habia sucedido, se comprende que no tuviera muchas ganas de volver á encadenarse. ¿Habia hecho juramento de no amar ya?... No es probable; tenia demasiado talento para formar este proyecto... y á los veintiseis años hubiese sido querer echar una gasa sobre su porvenir.

La madre de Clementina era prima de la señora de Grospré. Cuando esta supo que la hija de su prima era viuda, la invitó á que fuese á pasar algun tiempo á su lado para distraerse, cambiar de aires, y gustar los placeres tranquilos y la vida dulce y pacífica de la provincia.

La promesa de una existencia dulce y tranquila sedujo á Clementina, que ya una vez salió de Paris para habitar en el campo, sin haber hallado entre los aldeanos esa vida de tranquilidad que deseaba gozar. Al fin accedió á las instancias de su prima, y

partió diciendo: — «Gozaremos un poco de la existencia feliz, de los sencillos placeres de los provincianos, que valdrán tal vez mas que los hombres de la naturaleza; y si allí me va mejor que en Paris, nada me impedirá que me fije en aquel punto.»

Y hacia quince dias que la señora de Valbrun vivia en casa de los señores de Grospré, que poseian una casa magnífica, en la que podian alojar fácilmente á los amigos de Paris que iban á visitarlos.



partido dividido: — «Elegirémos un poco de la ex-
traña folla de los sencillos parajes de los provin-
cias, por tal vez tal vez uno de los hombres de
la naturaleza: y si allí me va mejor que en París,
nada más que iré con los amigos.»
Y todo aquello dice que la señora de Vanderm-
bilt en una de las señoras de Ginebra, que posan
una casa magnífica, en la que posan diez mil-
lones de los señores de París que han á se hacer.

III.

LOS CHISMES DE UNA PROVINCIA.

Picard ha escrito una comedia titulada la *Provincia*; es una de sus mejores obras, sobre todo es verdadera, y no ha exagerado nada el cuadro. No ha hecho mas que cuatro actos. Podrian hacerse infinitos sobre los hábitos, las ridiculeces, las preocupaciones, las habladurías, los chismes y las costumbres de los habitantes de una provincia. Pero en el teatro no se puede decir todo; es necesario que la

accion marche; Picard ha hecho bien lo poco que ha hecho. Hay menos riesgo en bosquejar un asunto que en desarrollarlo. En un libro hay derecho á estenderse, puede hablarse con toda facilidad.

El sábado era el día de recepcion de los Grospré, en cuya casa se reunia lo mas florido de la sociedad de aquel pueblo. Jugábase á diferentes juegos, se charlaba, se referian las noticias del día, que era sobre todo la ocupacion principal.

En fin, en la sala había un piano, pero raramente se tocaba: primero, porque entre todos los tertulianos había muy pocos que supieran tocarlo; y despues porque aquella gente preferia ocuparse en los chismes y noticias de la ciudad, á oír una romanza ó una fantasía de Schubert. ¡Oh! los necios!... que no aman, que no aprecian la música! ¡Esto solo debe bastar para juzgarlos!

En cambio, Clementina gustaba mucho de la música; tocaba muy bien el piano, y con su grata y dulce voz cantaba admirablemente una romanza. Los primeros días de su llegada, la señora de Grospré, que saltaba de gozo por presentar á su prima de Paris, y á quien creía rica con veinte mil francos de renta, y tan artista como la Alboni, no había dejado de rogar á Clementina que se pusiese al

piano. Esta consintió en ello, creyendo agradar á la reunion. El primer trozo que tocó fué oído con bastante atencion, salvo algunos bostezos que se le escaparon á la señora Riffard, y una tos tenaz en estremo de la señora Postulant; pero al cantar la segunda romanza, ahogaban ya la voz de la jóven las conversaciones y los cuchicheos de la reunion, y se apresuró á suprimir las dos estrofas últimas de su romanza, y dejó el piano, prometiéndose no sentarse á él sino cuando no hubiese nadie en la sala, si bien al levantarse y volver á su puesto estalló una esplosion de aplausos; pero Clementina podia decir con razon: — « ¡ Aplauden porque se alegran de que haya concluido ! »

Aquella noche, Clementina no habia bajado aun á la sala. Como era dia de recepcion, quiso subir á su cuarto despues de comer para mudar de traje, porque habia advertido que su prima tenia gran empeño en que se fuese muy elegante, en que se sobresaliese por el tocado, y habria sido imperdonable que una dama que llegaba de Paris no hubiese llevado las modas mas recientes.

La jóven viuda habia elegido con preferencia, desde los primeros dias de su llegada, un hermoso jardin muy bien cuidado, que formaba parte de la

propiedad de su prima. Los jardines son raros en Paris; verdad es que ahora se nos gratifica con *squares*. La vista se recrea en una plaza, y es un sitio de paseo muy grato para las niñeras y los chicos; pero no puede reemplazar á un jardin que es absolutamente vuestro, y en el que estais libre y en vuestra casa, sin que un pollo impertinente se os ponga delante mirándoos con descaro, ó sin que un chico os arroje su pelota entre los piés, esponiéndoos á dar un mal paso.

Clementina permanecía pues una parte del dia en el jardin, siempre que lo permitia el buen tiempo; no tardó en advertir que allí solamente era donde podia gustar una existencia feliz y tranquila; porque si bien en las calles de la ciudad no oia ese ruido incesante de carruajes que aturde tanto en Paris, en cambio, en la casa de su prima era un ruido de voces continuo, y todos parecian empeñarse en quién hablaria mas tiempo y en voz mas alta.

Hacia algun tiempo que los esposos Grospré no vivian en perfecta inteligencia: el marido echaba en cara á la mujer los escesivos gastos que esta hacia para vestir y para las suscripciones de los periódicos de modas de Paris. La señora llamaba á su marido: ¡hércules falso! y suponía que este no tenia

fuerzas ni aun para destapar una botella de vino de Burdeos. Estas pequeñas disensiones intimas desaparecian delante de gente, ó al menos eran reemplazadas por frases picantes de la señora, y malos modos del señor.

Una criada que tenian hacia quince años, y que se jactaba de ser la mejor cocinera de la ciudad porque hacia espinacas con tostadas, servia tambien de doncella á la señora, y se ponía de mal humor cuando habia mas de tres personas convidadas á comer.

El señor Grospré tenia un criado que limpiaba la casa, daba lustre á las botas, limpiaba las prendas de ropa de su amo, y fregaba la vajilla los dias de gala.

En fin, un aldeano, viejo y sordo, cuidaba el jardin, y servia tambien de portero, si bien su enfermedad hacia estar dos horas de planton á la puerta á las personas que llamaban en casa de sus amos.

Pero cuando la señora regañaba á su criada, el señor se apresuraba á reñir á su criado, para demostrar que tenia derecho á gritar tanto como su mujer, y el jardinero, algo sordo, que creia que le llamaban, gritaba por su parte con todas sus fuerzas:

— ¡Allá voy! allá voy ahora mismo! ¡Yo no puedo estar en todas partes!...

Estos pequeños conciertos vocingleros constituían parte de la vida tranquila que se gozaba en casa de los Grospré.

En las reuniones de los sábados, y en las tertulias donde la había presentado su prima, la maledicencia y la murmuración habían sido casi constantemente el asunto de las conversaciones, tal vez hasta la calumnia, pero siempre la necesidad de burlarse de los ausentes, de hallar faltas á sus amigos, y ridiculeces á sus conocidos.

Este modo de divertirse no era del agrado de Clementina, que si bien se reía algunas veces de una broma de buen género, no gustaba de modo alguno oír sin cesar hablar mal de todo el mundo, hasta de las personas á quienes en seguida abrumaban á cumplidos y con mil protestas de amistad.

— Esta gente es mas mala y mas falsa que la de Paris, dijo entre sí la jóven viuda; y si no fuese por el jardín, que es tan hermoso y que me gusta tanto, creo que ya habría renunciado á la vida dulce y tranquila de provincia.

— ¿Está acaso indispuesta su señora prima, que no la vemos? pregunta el señor Liroquet, que acaba de entrar en casa de los Grospré.

— No, va á bajar, está aun en su tocador.... ¡Una

señora parisiense!... ya comprenderá Vd. que no se viste tan pronto como nosotras las provincianas!

— De todos modos, dice el señor Postulant, dudo que la señora de Valbrun pueda echar mas tiempo en vestirse que la esposa del teniente alcalde. Anteayer fuimos á buscarla con mi mujer para ir con ella á la tertulia del notario, nos dijo que no le faltaba mas que ponerse su sombrero, y para eso nos hizo esperar media hora!

— ¡Tres cuartos de hora, hijo mio! te aseguro que esperamos tres cuartos de hora!

— Es posible... ¡lo cierto es que estuvo hasta inconveniente!...

— ¿Vamos á echar una partidita? dice el señor Boulingrin arrellanándose en su sillón.

— Ahora mismo, vecino, todavía no es tarde; el señor Monfignon va á venir, y completará el cuarteto al whist.

— Yo prefiero el whist á tres, haciendo un *muerto*; se asegura que ahora está de moda en Paris jugar entre tres.

— ¡Gracias! yo no estoy por hacer el muerto! dice el señor Grospré; cuando se pierde hay que pagar doble, y eso no me parece muy divertido!

— ¿Tocará el piano su señora prima de V. esta

noche? pregunta la señora de Beurivage; ayer se negó á cantar en casa de la señora de Riffard, y eso que se le rogó con una insistencia!...

— ¡Ah! estas damas de Paris... ya saben VV., no están siempre dispuestas á hacer lo que se les pide...

— Se me figura que su señora prima de V. es algo caprichosa, continúa la esposa del farmacéutico... Para que yo pudiese juzgar de su talento en el piano, seria preciso que la oyese tocar la obertura de *Guillermo Tell*.

— Ó de la *Caravana*, dice Grospré.

— ¡Ah! ¡cáspita! ¿qué dice V., señor Grospré?... ¡La obertura de la *Caravana*!... esclama riendo la señorita Mignonnette... Eso no se toca mas que en los organillos... y con todo, ¡ya es música vieja!

— Oiga V., señorita; yo he visto representar esa ópera en Burdeos... y me ha parecido soberbia.... ¡Verdad es que ya hace mucho tiempo!...

— ¡En la época en que V. era fuerte como un turco! esclama la señora de Grospré con aire burlon.

— Vamos, vamos, ¿no se juega? replica el antiguo notario ahogando un ligero bostezo.

— Un minuto, vecino... ¡Habrás visto jugador como este señor Boulingrin!... seria capaz de jugarse

hasta la camisa... en el mes de enero!... ¿Le gustaba á V. tanto el juego cuando era notario?

— ¡Por qué no!... Con tal que no se juegue á la bolsa ni á la ruleta...

— ¡Ni al lansquenet! esclama la señora de Breillet. Ese es un juego que no debería tolerarse en las reuniones decentes... Sin embargo, la otra noche se jugó en casa de la señora de Pigache...

— Sí, es un juego endemoniado, ya me acuerdo, dice el señor Postulant... ¡Perdí á él cerca de tres francos!...

— ¿Y quién propuso esa partida?

— ¡Toma! eso no se pregunta! Fué el señor Fre-mont, que desde que estuvo en Paris ha echado unos humos... que ya! ya!...

— ¿Y á qué fué á Paris?

— ¡Quién sabe!...

— ¡Yo, yo lo sé! dice uno de los empleados en la alcaldía. Fué á cobrar un premio que ganó en la última lotería de las obligaciones del Crédito territorial.

— ¡De veras! ¡Ha ganado un premio!... Hay gentes que tienen una suerte irritante. Y ¿á cuánto subía ese premio?...

— Creo que á cincuenta mil francos; pero como

no tenia mas que medio billete, no cobró mas que veinticinco mil francos.

—Vamos, no es poco... ¡pero esa no es una razon para que nos obligue á jugar al lansquenet!...

—Ni para que me haga perder dos francos y diez y ocho sueldos, á mí que no he ganado premio alguno!...

—Eso no es nada, ¡si ganó apuestas de doce francos!...

—¡Si de ese modo se juega en casa de la señora de Pigache, no volveré á poner allí los piés!... yo no frecuento garitos!

—¡Veinticinco mil francos!... ¡Ah! si yo ganase eso!... dice el empleado que se mira sin cesar.

—Y bien, ¿qué haria V., señor Sautrond?

—¡Señora, en seguida iba á Paris, y me hacia un vestido completo en casa de Dusautoy!...

—¡Bah! estos jóvenes son tan coquetones como las mujeres!

—Señora, no está prøhibido querer ponerse á la moda.

—Sin duda que no... pero V. va siempre muy bien vestido, señor Sautrond.

—Me parece que así debe ser, cuando se tiene la ventaja de ser recibido en las mejores reuniones.

— ¡Se puede vestir bien sin tener pretensiones!... exclama el bueno del empleado. Yo no echo media hora en hacerme el lazo de mi corbata.

— ¿Dice V. eso por mí, Dupetral!

— Tómelo V. como guste... y si quiere aplicárselo....

— Me parece que esa observacion es insólita... y aun podria decir inconveniente....

— Pues á mí me parece justa, y no la retiro... como se dice en las Cámaras.

— Señores, no se enfaden VV.... por el lazo de una corbata... Dos amigos... dos compañeros... porque VV. están en la misma oficina... Mas vale que nos den VV. noticias del señor Martin... ¿Se sabe algo nuevo acerca de ese misterioso personaje?...

— Yo no sé nada, señora.

— Yo le encontré ayer fuera de la ciudad, estaba parado, y parecia pensativo y en muda contemplacion.

— ¿Ante qué cosa?

— Solo tenia delante un monton de heno; no sé si era esto lo que le tenia inmóvil.

— ¡Contemplaba un monton de heno!... ¡Yo creo que ese hombre está loco!...

— Está tocado, dice Dupetral.

— ¡Oh! tocado!... bonita palabra... solo á Dupe-

tral se le ocurren esas cosas... Tocado... ¿oyen VV., señoras?

— Sí, responde la señora de Postulant; pero para reirme, era preciso que me hubiese hecho gracia.

— He querido decir que no tiene el espíritu sano.

— No lo hubiera adivinado...

— Vamos á ver; puesto que no se juega al whist, Grospré, propongo á V. una partida de piquet...

— Bien, jugaremos al piquet.

— Decididamente, señora, su prima de V. echa mucho tiempo en vestirse, dice la señora de Riffard.

— ¡Puede que no baje! dice la señora de Beau-rivage.

— ¡Nos pasaremos sin ella!

— ¡Qué! si va á bajar.

— Parece que no se divierte nunca esa señora... ¿no lo ha notado V. como yo, Postulant?

— Sí, es tan seria...

— No importa, es una mujer muy guapa, dice Breillet.

— ¡Oh! guapa!... ¿qué tiene de guapa?... cíteme V. una de sus facciones que sea notable, exclama la esposa de este señor.

— Tiene veinte mil francos de renta, murmura el jóven Sautrond, y eso es una fortuna.

— ¡Ya! esa es la mejor de sus facciones.

— Es muy buen partido... es una viuda muy linda á quien hay que *consolar*. V. debería hacerle la corte, señor Sautron.

— ¡Oh! señora, creo que esa 'dama no tiene ganas de volver á casarse.

— ¿Se lo ha dicho á V.?

— No, pero... es tan séria, que no se atreve uno á dirigirse á ella aventurando una galantería.

— ¡Yo me atrevo á todo! dice Dupetral, y creo que esa señora no se ha ofendido por mis cumplidos!

— A fé mia, yo tambien le haré la corte... dice el viejo Liroquet... y... si me escucha... ¡Oh!... lo que es ahora... me encadeno!

— ¡Vamos, no oyen VV. á ese viejo carcamal, que cree que le va á hacer caso!... dice Dupetral en voz baja dirigiéndose á su compañero que se ocupa en mirarse al espejo.

— La verdad es, continúa la señora de Grospré, que mi prima volverá á casarse, y quiero que elija en nuestra ciudad... aunque no fuese mas que por hacer rabiar á sus pretendientes de Paris.

— ¿Pues qué, tiene talento esa señora? pregunta la viuda Riffard.

— Sí, en Paris pasaba por una señora muy avisada.

— Entonces se lo ha dejado en Paris, dice la de Postulant, porque todavía no le he oído decir una palabra que merezca la pena de citarse...

— ¡ Y para una parisiense, dice la señorita Mignonnette, no encuentro nada notable en su modo de vestir ni en sus adornos!...

En este momento ábrese una de las puertas, y entra en la sala la persona de quien se hablaba.

Acto continuo apresúranse á rodearla todos, y solo se oyen estas frases:

— ¡ Ah! ya está aquí... qué hermosa viene!... esperábamos á V. con impaciencia!... — ¡ Qué vestido de tanto gusto!... ¡ La reunion habria sido muy triste si no hubiese V. venido á alegrarla!... — ¡ Qué gusto en el peinado!... — ¡ Qué bien puesta!... — ¡ Vamos, por mucho que digan, solo en Paris saben lo que es elegancia!... — ¡ Vamos, esta noche está V. encantadora!...

La señora de Valbrun responde con bastante frialdad á todos estos cumplidos, y va á sentarse al lado de su prima, cuando llega otro personaje, cuya entrada produce sensacion en todos los tertulianos.

IV.

EL POETA MONFIGNON.

Es un hombrecillo de cuarenta y cinco años, rechoncho, fresco, hasta coloradote, con una cara de zorra, ojos á flor de cara, que parecen buscar continuamente alguna cosa, y en su rostro hay este-reotipada una sonrisa burlona; este señor ha tenido un pelo rubio bastante bueno; lo ha perdido casi todo por delante, pero lleva con cuidado y con bastante pomada hácia su cráneo algunas mechas que le

quedan todavía encima de sus orejas.—Este grotesco personaje es lo que se ha convenido en llamar un poeta de provincia.

Solo que cuando tiene la imprudencia de quedarse al aire libre sin su sombrero, ó entregarse al ejercicio del baile, los pocos pelos que con tanto cuidado ha reunido sobre su frente, se destacan revoloteando á derecha é izquierda, y dan de lejos á su cabeza el aspecto de un plumero.

Este individuo es el señor Monfignon, el poeta que hace doce años está escribiendo una comedia de costumbres, y que ha comparado á la señora de Beaurivage á Vénus saliendo de la espuma. Pero la poesía no ocupa enteramente los ocios de este señor; le gusta lo que se llama hacer el gasto en las reuniones; quiere que le citen por su amabilidad; ahora bien, como para divertir á sus oyentes se necesita naturalmente tener cosas nuevas que contarles, el poeta Monfignon trata de ser el primero que sepa las noticias de la ciudad. Se informa con cuidado de todo lo que se hace y se dice; en fin, si se forma una intriga, si hay una querella, si ha llegado á la ciudad algun extranjero, lo sabe antes que todo el mundo, y se apresura á ir á decírselo á sus conocidos. Por lo demás, Monfignon es erudito, y le gusta

probarlo; así es que á falta de noticias, las da de cosecha propia, á fin de alimentar la conversacion.

El señor Monfignon es, pues, un hombre precioso y muy buscado en sociedad.

Esta vez entra con aire triunfante, radiando de alegría; saluda á todos restregándose las manos, y exclama:

— ¡Oh! hay novedades!... traigo buenas noticias!... ¡Vaya una cosa chistosa!

Aguzan todos el oído, y empiezan á preguntarle:

— ¡Vamos á ver, señor Monfignon! cuéntenos V. lo que sepa de nuevo... ¡V. se pinta solo para estar al corriente de cuanto pasa!

— ¿Ha sabido V. alguna cosa acerca del señor Martin?...

— Justamente, de ese misterioso Martin...

— ¡Oh! hable V... ya escuchamos.

El señor Monfignon se sienta en medio del círculo; se suena la nariz, tose, saca su caja de rapé, toma un polvo, mira á derecha é izquierda para ver á todas las personas que están en el salón, y luego, irguiéndose como un abogado que va á hablar, empieza al fin:

— Preciso es que diga á VV., señores y señoras, que esta mañana... es decir, entre once y doce...

mas bien era cerca de las doce que de las once, despues de almorzar muy bien con un ala de capon y una jicara de chocolate...

— ¿Toma V. chocolate? dice el señor Postulant: para la digestion vale mas el café...

— ¡Ah! señor Postulant! esclama la señora de Grospré, haga V. el favor de no interrumpir...

— Sí, tomo chocolate... y ¡me sienta muy bien... chocolate con leche... Acababa, pues, de almorzar, y salí para tomar el aire... cavilando al mismo tiempo en mi comedia... Creo que ya he hallado el desenlace... al menos estoy muy próximo... La dama jóven se niega á casarse, porque su futuro gasta peluca, que se le cae en el momento de ir á firmar el contrato... ¿Eh?... qué les parece á VV.?... yo creo que es de un efecto enteramente nuevo en el teatro... y es lógico, ¡ porque un hombre que usa postizos está espuesto á muchos chascos!...

— ¡Vamos, señor Monfignon! ¿Y las noticias que nos ha prometido V.?

— Es justo, á eso voy. Paseábame por el lado de esa casa aislada, que está casi fuera de la ciudad... y hasta se puede decir que está en el campo, y que ha alquilado ese singular individuo que llegó aquí hará unas seis semanas, y que ha tomado el nombre de

Martin... ¡Adviertan VV. que digo : ha tomado el nombre! porque tengo muchas razones para creer que no es su nombre verdadero.

— Y ¿por qué cree V. eso, Monfignon? pregunta el señor Liroquet.

— Despues se lo diré á VV... es un medio bastante ingenioso que he empleado mas de una vez... tengo con frecuencia ideas ingeniosas...

— ¡ Ah! señor Liroquet, que interrumpe V. á nuestro narrador... le hace V. salir de su asunto...

— Entro en él, señora, entro en él. Dirigi, pues, mi paseo hácia el lado de la casa ocupada ahora por ese... le seguiremos llamando Martin, y no sin intencion, porque se asegura que en casa de ese señor entran personas que no vuelven á salir...

— ¡ De veras!... Y ¿qué hace de ellas?

— Esa es justamente la cuestion. ¿Qué hace de ellas?

— No sabia yo esa particularidad acerca de ese singular personaje, dice la señora de Riffard; verdaderamente, eso haria estremecer... si una no hubiese tenido cuatro maridos.

— Sí, murmura el joven Dupetral; pero cuando se ha pasado por cuatro maridos, ¡no hay que tener miedo á nada!

—La casa donde vive ese señor está aislada enteramente de las otras... la mas próxima es la del señor Fremont; pero ya saben VV. que se conocen, porque el señor Fremont fué quien alquiló la casa aislada al especiero Girard, que es su propietario... diciéndole que era para uno que venia de Paris á pasar el verano en el campo para restablecer su salud.

—¡Pues ese Martin no tiene cara de enfermo!

—¿Crée V. que no?... Yo le encuentro muy amarillo, dice la señora de Breillet.

—¡Acaso se le puede ver la cara con esa gran barba que se la cubre toda! esclama la señora de Postulant.

—Es verdad, lleva toda la barba y bigote... como los bandidos que he visto en el teatro en *La Selva peligrosa*... ¡Qué pieza tan bonita, señoras! ¡Me ha hecho estremecer tantas veces!...

—No la conozco... ¿Es una tragedia?

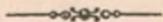
—No, es un melodrama... ¡Hay un subterráneo donde está encerrada una mujer con una banda de bribones que ni siquiera la tocan con las puntas de los dedos!

—¡Qué bribones tan honrados!

—Cuando estas señoras hayan concluido, continua-

ré, dice con despecho, y cruzándose de brazos, el poeta Monfignon.

— ¡Oh! hable V., querido amigo! ya le escuchamos sin siquiera pestañear!



The first part of the history is a general description of the country, its situation, extent, and the nature of the soil. It is then divided into several chapters, each of which treats of a particular part of the country. The first chapter is of the city of London, and the second of the county of Middlesex. The third chapter is of the county of Surrey, and the fourth of the county of Kent. The fifth chapter is of the county of Essex, and the sixth of the county of Hertfordshire. The seventh chapter is of the county of Bedfordshire, and the eighth of the county of Buckinghamshire. The ninth chapter is of the county of Northamptonshire, and the tenth of the county of Northumberland. The eleventh chapter is of the county of Durham, and the twelfth of the county of Westmoreland. The thirteenth chapter is of the county of Yorkshire, and the fourteenth of the county of Lancashire. The fifteenth chapter is of the county of Cheshire, and the sixteenth of the county of Derbyshire. The seventeenth chapter is of the county of Staffordshire, and the eighteenth of the county of Warwickshire. The nineteenth chapter is of the county of Gloucestershire, and the twentieth of the county of Wiltshire. The twenty-first chapter is of the county of Oxfordshire, and the twenty-second of the county of Berkshire. The twenty-third chapter is of the county of Hampshire, and the twenty-fourth of the county of Dorsetshire. The twenty-fifth chapter is of the county of Devonshire, and the twenty-sixth of the county of Cornwall. The twenty-seventh chapter is of the county of Somersetshire, and the twenty-eighth of the county of Gloucestershire. The twenty-ninth chapter is of the county of Wiltshire, and the thirtieth of the county of Oxfordshire. The thirty-first chapter is of the county of Berkshire, and the thirty-second of the county of Hampshire. The thirty-third chapter is of the county of Dorsetshire, and the thirty-fourth of the county of Devonshire. The thirty-fifth chapter is of the county of Cornwall, and the thirty-sixth of the county of Somersetshire. The thirty-seventh chapter is of the county of Gloucestershire, and the thirty-eighth of the county of Wiltshire. The thirty-ninth chapter is of the county of Oxfordshire, and the fortieth of the county of Berkshire. The forty-first chapter is of the county of Hampshire, and the forty-second of the county of Dorsetshire. The forty-third chapter is of the county of Devonshire, and the forty-fourth of the county of Cornwall. The forty-fifth chapter is of the county of Somersetshire, and the forty-sixth of the county of Gloucestershire. The forty-seventh chapter is of the county of Wiltshire, and the forty-eighth of the county of Oxfordshire. The forty-ninth chapter is of the county of Berkshire, and the fiftieth of the county of Hampshire. The fifty-first chapter is of the county of Dorsetshire, and the fifty-second of the county of Devonshire. The fifty-third chapter is of the county of Cornwall, and the fifty-fourth of the county of Somersetshire. The fifty-fifth chapter is of the county of Gloucestershire, and the fifty-sixth of the county of Wiltshire. The fifty-seventh chapter is of the county of Oxfordshire, and the fifty-eighth of the county of Berkshire. The fifty-ninth chapter is of the county of Hampshire, and the sixtieth of the county of Dorsetshire. The sixty-first chapter is of the county of Devonshire, and the sixty-second of the county of Cornwall. The sixty-third chapter is of the county of Somersetshire, and the sixty-fourth of the county of Gloucestershire. The sixty-fifth chapter is of the county of Wiltshire, and the sixty-sixth of the county of Oxfordshire. The sixty-seventh chapter is of the county of Berkshire, and the sixty-eighth of the county of Hampshire. The sixty-ninth chapter is of the county of Dorsetshire, and the seventieth of the county of Devonshire. The seventy-first chapter is of the county of Cornwall, and the seventy-second of the county of Somersetshire. The seventy-third chapter is of the county of Gloucestershire, and the seventy-fourth of the county of Wiltshire. The seventy-fifth chapter is of the county of Oxfordshire, and the seventy-sixth of the county of Berkshire. The seventy-seventh chapter is of the county of Hampshire, and the seventy-eighth of the county of Dorsetshire. The seventy-ninth chapter is of the county of Devonshire, and the eightieth of the county of Cornwall. The eighty-first chapter is of the county of Somersetshire, and the eighty-second of the county of Gloucestershire. The eighty-third chapter is of the county of Wiltshire, and the eighty-fourth of the county of Oxfordshire. The eighty-fifth chapter is of the county of Berkshire, and the eighty-sixth of the county of Hampshire. The eighty-seventh chapter is of the county of Dorsetshire, and the eightieth of the county of Devonshire. The ninety-first chapter is of the county of Cornwall, and the ninety-second of the county of Somersetshire. The ninety-third chapter is of the county of Gloucestershire, and the ninety-fourth of the county of Wiltshire. The ninety-fifth chapter is of the county of Oxfordshire, and the ninety-sixth of the county of Berkshire. The ninety-seventh chapter is of the county of Hampshire, and the ninety-eighth of the county of Dorsetshire. The hundredth chapter is of the county of Devonshire, and the hundred and first of the county of Cornwall.

V.

LAS MULTAS.

—Decía, pues... ¿á dónde estaba yo?... Ya comprenden VV. que cuando le interrumpen á uno á cada instante, pierde el hilo de su discurso...

—Es justo, dice la señora de Grospré; así, pues, propongo que se eche una multa al primero que interrumpa á V., ó que se permita una sola reflexion antes que V. haya concluido.

—¡Bravo! aprobado!

— Sí, sí, una multa.

— Pero ¿de cuánto?

— Es preciso que sea algo fuerte para que asuste á los charlatanes.

— Propongo veinticinco céntimos, que despues emplearémós como sea mas conveniente.

— ¡ Veinticinco céntimos!... es mucho!...

— No... es una cosa regular... Es preciso contener las lenguas...

— ¡ Se adoptan los veinticinco céntimos!

— Está concluido el incidente, y el señor Monfignon tiene la palabra.

No necesitamos decir que la señora de Valbrun habia permanecido estraña á todas estas discusiones, á toda esta charla. Escuchaba en silencio, guardando para sí las reflexiones que podia inspirarle lo que oia.

El señor Monfignon se ha vuelto á sonar, ha tosi-do de nuevo y tomado un polvo. Durante algunos segundos parece que quiere estornudar... pero no estornuda. Vuelve á tomar la palabra.

— Luego que llegué delante de la casa de nuestro personaje misterioso, examino...

— ¿ Estaba allí?...

— ¡ Ah! la multa, señor Liroquet... la multa!

— Permitame V.... el señor ha dicho : « Exami-

no! »—¿Hablabas del personaje misterioso ó de la casa? porque al fin es preciso que yo sepa á qué atenerme, ó no comprendo.

—Caballero, si no me hubiese V. interrumpido, habria sabido de quién hablaba, se hubiera fijado... ¡Me parece que acostumbro hacerme comprender... que sé referir sin ser difuso!...

—¡Sí, sí, la multa, señor Liroquet!

—Dé V. sus veinticinco céntimos.

—Eso es injusto... pretendo que es injusto; no es por los veinticinco céntimos, soy superior á eso; pero yo queria que se me ilustrase.

—¡Cómo! ¿con que se hace una ley, y V. la infringe en seguida?

—Esas son cosas que suceden todos los dias...

—Dé V. sus veinticinco céntimos, querido amigo, y asunto concluido.

El señor Liroquet se decide con trabajo á pagar la multa; busca en el bolsillo izquierdo de su chaleco, luego en el derecho, luego en los del pantalon, y por último, en los del frac; al fin halla su porta-moneda; y despues de mirar en él bastante tiempo sin abrirlo demasiado, dice:

—No tengo mas que oro... ¿hay quién tenga cambio de veinte francos?...

Cansada ya la reunion del tiempo que este caballero ha echado en buscar el bolsillo, esclama en masa :

—No, no, despues pagará V... Señor Monfignon, dígnese V. continuar... ¡ya ve V. que hacemos que se cumpla el reglamento!

—Lo que veo es que si continuamos á este paso, no sabrán VV. nada hoy... y lo siento, no por mí...

—¡Chut! chut!... chut!..

—Llegué, pues, ante la casa de nuestro individuo misterioso. La casa es bastante buena exteriormente; se compone de un piso bajo, principal y boardillas. Cuatro ventanas en el primero, tres en el piso bajo, y además la puerta; detrás hay un jardin cercado que tiene una salida á un sendero de saúcos...

—Ya sabemos todo eso, murmura Postulant.

Pero acordándose en seguida de la multa, el bueno del boticario se pone á toser como si tuviese un catarro, y cuando la señora de Grospré esclama :

—¿Quién ha hablado?

El señor Postulant responde :

—¡Nadie! es que toso; ¡si estará prohibido tener catarro!

Monfignon prosigue :—Noté que todas las persianas de las ventanas del piso bajo estaban cerradas, y

esto me pareció singular, porque generalmente á las doce del dia gusta ver la luz del sol... Y dije para mí: —«Ese hombre teme la luz, esto es evidente; y en general, los que temen la claridad, no dan muy buena espina.» — Miré al primer piso, las persianas estaban abiertas, y advertí tambien que una de las ventanas no estaba cerrada. Involuntariamente dirigi mis pasos hácia aquel lado; llegado que hube debajo de la ventana, pude oír lo que hablaban; en seguida me arrimé contra la pared, y me puse á escuchar. Al principio solo oí palabras vagas y sin hilacion, pero al fin pesqué esta frase que escribí al momento en mi agenda, temeroso de olvidarla; aquí está, palabra por palabra: —«Es preciso que concluya con él!... ha venido á vivir á esta ciudad solo con esa intencion... y además, necesita una suma bastante considerable!...

—¡Es un ladron! esclaman espontáneamente todas las señoras, que esta vez no pueden resistir al deseo de espresar su pensamiento.

—¡Que paguen la multa todas estas damas! dice entonces el señor Liroquet! acaban de interrumpir á este caballero!

—¡Poco á poco, señor Liroquet! dice la dueña de la casa; el caso es muy distinto!... Aquí se trata

de una revelacion grave que interesa á nuestra fortuna... ¡La frase que se nos ha escapado es muy natural!

— Señora, todas las cosas que se escapan son en general muy naturales; pero no por eso han dejado VV. de infringir el reglamento... debe pues cada una cinco sueldos.

— ¡No los pagaremos!

— De ningun modo; no señor, no los pagaremos.

— Como VV. gusten; pero entonces pueden estar seguras de que no pagaré los míos.

— ¡Ah! ya! á eso quería V. ir á parar!...

— Hago juez de la cuestion á su señora prima de V. la parisiense, que es la única que no ha dicho una palabra. Hable V., señora: ¿tengo razon ó no?

— Caballero, responde la señora de Valbrun; soy poco apta para juzgar esas cuestiones; sin embargo, si V. me pide su opinion, creo que estas señoras se han apresurado un poco á decidir que ese señor Martin era un ladron por las palabras que ha dicho este caballero.

Todas las damas se miran, y parecen hallar muy mal que la linda viuda tenga otra opinion que ellas.

El señor Monfignon esclama:

— ¡Permítame V., señora! yo no he dicho que ese

señor era un ladrón; he referido solamente lo que he oído...

—Está bien, Monfignon... eso es un detalle. Además, mi prima no sabe como nosotras quién es ese señor Martin, y de qué modo se ha conducido desde que ha venido á esta ciudad; luego se lo diremos nosotras. Haga V. el favor de continuar su interesante narracion... comprimiremos nuestras emociones, seremos mudas...

—Habia pues recogido y anotado esta frase... continué escuchando... pero las voces, porque eran dos, habian bajado el tono... Hasta me pareció que se cuchicheaba por lo bajo, y alzé la cara creyendo que cerraban la ventana... cuando de pronto recibo en mi cabeza... el contenido de un... ya me comprenden VV. Afortunadamente no era mas que agua de jabon, segun ví despues; hasta creo que era agua de rosa. Pero esto no me impidió esclamar con violencia:—«¡Cáspita! tengan VV. cuidado!... ¡Bien podian avisar antes!» Entonces oí una voz que respondia en tono bastante burlon:—«¡Y qué hace V. ahí... pegado á la pared?—¿Qué hago? ¡Pardiez! me paseo!...— Cuando uno se pasea, no se queda clavado junto á las casas. Es V. un...—¡No sé qué epiteto me dirigió!... ya me habia retirado, porque

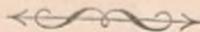
sentí que me iba encolerizando... y cuando me encolerizo... no me conozco... ¡Voy demasiado lejos! Sin embargo, no quería alejarme de la casa, tenía curiosidad por ver á los que habia oido. Dije para mí: —« ¡Alguno ha de salir!... pero puesto que no se les ve salir, se irán probablemente por la puertecilla del jardin que da al sendero sembrado de saúcos.» Es preciso, pues, que nos apostemos por allí. Creo que mi razonamiento era bastante lógico... Dejo mi puesto... echo á andar á lo largo de las tapias del jardin, doy la vuelta por detrás, y me encuentro á diez pasos de la salida secreta. Podia ver entrar y salir, pero habria sido visto... Para no serlo, me oculté entre unas matas de saúco, donde por desgracia habia tambien zarzarosas... Ya saben VV... rosas silvestres... y como no hay rosas sin espinas... aunque sean silvestres... en fin, creo que seria mas justo decir, sobre todo, las silvestres!... hé! hé! hé!...

Despues de haberse reido solo de lo que acaba de decir, continúa nuestro hombre:

— A pesar de algunos pinchazos y de algunas picaduras que me hice entre las matas, estaba decidido á no abandonar mi puesto, cuando un rumor, lejano al principio, llegó hasta mí; púseme á escuchar, y el ruido se acercaba... entonces digo...

— ¡Quinta, catorce y el punto! ¡Hé!... vecino, creo que este es un buen golpe!

Y el señor Boulingrin suelta una carcajada homérica.



—(Gouin, chapitre V et paratextes)
L'œuvre est un roman
Y a de belles, belles choses
mais...

VI.

EL ASNO DEL SEÑOR MARTIN.

La exclamacion ha escitado la indignacion de toda la tertulia... menos de la señora de Valbrun, que en vez de irritarse, no ha podido menos de reirse.

—¡En verdad, señor Boulingrin, que es V. cruel! dice la señora de Grospré. Juegue V., puesto que es su pasion; pero no nos impida que escuchemos al señor Monignon, al que ha interrumpido V. en lo mas interesante.

—¿Cómo?... he interrumpido al señor?... yo?... pero si él no juega...

—¡Basta... basta!... juegue V... pero en silencio!... Prosiga V., señor Monfignon... Estaba V. metido entre unas matas... y le habian picado las ortigas...

—No, no eran ortigas... sino rosas silvestres...

—Justo, y habia V. recibido en la cabeza el contenido de un orinal... añade Dupetral riendo.

—Poco á poco, permítame V... yo no he nombrado ese objeto nocturno... Distingamos...

—¡Continúe V., querido poeta, y concluya! ¿Oyó V. un rumor lejano?...

—¡Si señora!... el ruido se fué acercando hasta que se volvió formidable!... ¡Era el de un galope monstruoso!

—¡Calla! bailaban la galop en el sendero!...

—Señor Dupetral, está V. insoportable... haga V. el favor de callar... si quiere.

—No, señoras, no era un baile como el señor ha creído, no era el galope de un baile, sino el de un animal... que llegaba á todo escape, ó poco menos. Se me figuró que trotaba por encima de mis espaldas una cabalgata, y me estremecí de horror... En fin, el ginete, porque no habia mas que uno, pasó casi rozando conmigo... y ví... ¿á quién di-

rán VV.?... Al señor Martin montado en un asno... Esta locucion está admitida... porque era un asno tan fuerte y tan robusto como un mulo... La tia Grivois, la frutera, tiene uno magnífico, que lleva la verdura... pues bien, comparado con el que montaba el señor Martin, es un perrillo faldero.

— ¡Ah! Con que es decir, que ahora salimos con que ese señor Martin tiene un asno...

— ¡Qué cosa tan rara!... ¿Y para qué?

— ¿Será molinero ese hombre?

— ¿Pues qué, solo los molineros tienen asnos?

— Dejemos que Monignon continúe. ¿Qué hizo en su asno el señor Martin?...

— ¡Se paró delante de la puertecilla del jardín, y despues dejó oír una especie de silbido muy agudo... muy penetrante!...

— ¡El silbido de los ladrones, probablemente!

— Al oír esta señal... porque debía ser una señal... no tardaron en abrirle la puerta, y oí soltar grandes carcajadas. El ginete entró con su asno en el jardín, volvióse á cerrar la puerta, las risotadas fueron disminuyendo, y luego ya no oí nada... Me decidí á dejar mi escondite, encantado de mi descubrimiento, y prometiéndome dar á VV. parte de él... lo cual acabo de hacer en este instante... *Dixi.*

Y el hombrecillo se enjuga la frente y da un resoplido como si acabase de subir seis pisos.

— De todo eso, dice Dupetral que le gusta llevar la contraria al poeta, lo único que se saca en limpio es que ha visto V. á un hombre montado en un asno.

— ¿Y qué, no le parece á V. original, caballero?

— Hasta ahora, no veo nada de extraño...

— ¡Y las palabras tan singulares que el señor Monfignon ha oído! esclama la señora de Riffard. ¡Y las persianas cerradas herméticamente á las doce del día!

— Sí, sí, dice la señora de Grospré, todo eso es muy extraordinario, y anuncia que ese Martin teme mucho se vea lo que pasa en su casa. Pero he ofrecido á mi prima hacerle conocer ese personaje que tanto escita nuestra curiosidad, y voy á decirle lo que acerca de él sabemos... Figúrese V., hija mia, que hará unas cuatro ó cinco semanas, el especiero Girard anunció á nuestras criadas, restregándose las manos, que al fin habia alquilado su casa de las espinacas... Así se llama el pabellon aislado, que tan bien nos ha descrito el señor Monfignon, porque se halla casi rodeado de sembrados de espinacas: escepto la parte de atrás donde están los saúcos, los terrenos que están delante y á los lados se ven ocupados con

este cultivo... Esa casa estaba deshabitada hacia mas de un año, y nadie queria vivir en ella... ¿Por qué? en primer lugar porque está aislada, estramuros de la ciudad; despues, porque la última persona que la habitó, se ahorcó en ella... Era un inglés, que acostumbra ahorcarse en todos los paises á donde iba.

—Y no se moria, ¿segun parece?

—No, se servia siempre de una cuerda que se rompía. Por un criado se han sabido todos estos pormenores. Pero esta vez murió, porque su criado, fastidiado de servir á un hombre que solo se ahorcaba á medias, puso esta vez una cuerda bastante sólida en vez de la que habitualmente empleaba su milord. Lo hizo con un objeto laudable, y para curar á su amo de su manía de ahorcarse.

—¿Y el amo sin duda dejaria algo en el testamento á ese criado precioso? dice sonriendo el señor Postulant.

—No sé, pero es probable...

—Señor Boulingrin, V., como antiguo notario, ha debido notar una cosa...

—¿Cuál, señor Postulant?... Tengo seis cartas...

—Que á no verse uno obligado á ello porque tenga embrollados sus asuntos, es una tontuna muy

grande hacer testamento... es un medio indirecto para que á uno le asesinen, le envenenen ó le ahoguen!

— ¡Ah! señor Postulant... cuatro á la sota... ¿no puedo ser de su opinion de V.!

— Como notario; es posible, pero como observador...

— Ve V. el mundo por el lado feo... y tres ases.

— Lo veo tal como es desgraciadamente...

— ¡Un boticario! murmura Dupetral... no puede ver el mundo por el lado bueno...

Esta broma, algo arriesgada para las personas que la oyen, hace fruncir las cejas á la señora de Grospré, que lanza una mirada descontenta al jóven empleado en la alcaldía, diciendo:

— Parece que esta noche no se quiere dejar que nadie hable aquí... En fin, mi querida prima, el especiero Girard habia alquilado su casa de las espina-cas perfectamente amueblada...

— ¿Con la soga del ahorcado?

— Es probable que quedáran allí algunos pedazos... Se le preguntó naturalmente á quién, y respondió que se la habia alquilado al señor Fremont para un amigo suyo de Paris, que necesitaba respirar el aire libre. El especiero preguntó el nombre de su inquilino, y

dijo que se llamaba Martin. ¡Esto era algo vago!... hay tantos Martin! En nuestra ciudad teníamos ya cuatro... así es que nos hemos visto obligados á ponerles sobrenombres para distinguirlos : ¡teníamos Martin el Grande, Martin el Rojo, Martin el Chato y Martin Bancroche!...

— ¡Sin contar los Martin secos! esclama el poeta meciéndose en su silla con aire satisfecho.

— Esparcióse la noticia de este alquiler, empezaron á acechar con impaciencia la llegada del nuevo personaje, y esperaban que comenzase á visitar á todas las notabilidades del pueblo, como es uso y costumbre en un recién venido. Pasaron ocho dias, y no venia nadie... Una mañana, mi esposo Grospré encontró delante de la tienda de Girard á un personaje cuyo aspecto era muy singular... tenia una especie de saco-paletó, un pantalon estremadamente ancho por abajo, un hongo gris muy chato y de desmesurados bordes... como los de los bandidos españoles, ó italianos... ú otros... en fin, sombreros que nadie lleva... y que le sentaba muy bien, caido sobre los ojos, de modo que no se le veia mas que la punta de su nariz, sus bigotes y su barba, que se la ha dejado toda. Naturalmente, le chocó á Grospré este personaje.

— ¡Ya lo creo! exclama la señora de Riffard. Un hombre á quien no se le ve mas que la nariz... eso no basta.

— Grospré entró en casa del especiero y le preguntó si conocia al individuo tan singularmente vestido que acababa de pasar. — «Sin duda, respondió Girard, si es mi inquilino el señor Martin... — ¿Aquel á quien V. ha alquilado su casa de las espinacas? — El mismo. — ¿Cuándo ha llegado? — Hace siete dias que habita la casa. — Qué facha tan particular tiene su inquilino... créame V., exíjale que le pague adelantado. — Ya lo ha hecho, dice el especiero; me ha alquilado por seis meses, y me los ha pagado. — Además, ¿sabe V. que su inquilino es muy poco político?... pasa por junto á mí, y no me saluda. — ¡Si no le conoce á V.! — Eso no importa, debia saludarme. En fin, V. dice que hace siete dias que ha llegado, y no ha hecho ninguna visita, no se ha presentado en ninguna parte. Repito á V. que es un hombre que no sabe vivir, que no conoce los usos de la ciudad...» — ¿No es verdad, señor Grospré, que V. dijo esto al especiero Girard?

El antiguo hércules pone sus cartas encima de la mesa, y responde :

— Es la exacta verdad... Hasta añadiré que son casi

las mismas palabras de que me he servido. El especiero Girard no halló nada que replicarme, y se fué á pesar ciruelas á la señora de Coquenard que las compraba para su marido, el cual hace tiempo necesita de ese laxante...

—Yo le he ofrecido mi elixir, esclama el señor de Postulant, y no ha querido que su marido lo tome; si solamente hubiese bebido una botella, hace mucho tiempo se habria curado.

—Mi tia ha bebido dos para el catarro que tiene, y no le ha servido de nada, dice el barbilindo Sautrond.

—Dispense V., señor Sautrond, su señora tia de V. está mejor; y la prueba es que ahora espectora, y antes ni aun escupia.

—Creo que pierde V. de vista al señor Martin, dice la señora de Breillet.

—Tiene V. razon, replica la señora de Grospré. La culpa es de mi marido que siempre se aparta del camino recto, y no tenia ninguna necesidad de hablarnos de la señora de Coquenard ni de sus ciruelas!... Ese Martin, ó mas bien, ese extraño desconocido, habia llegado, pues. La noticia corrió en seguida, y todo el mundo tuvo curiosidad de ver á ese personaje cuyo retrato les habia yo hecho por lo que me dijo Grospré.

— Me parece, dice la señora de Valbrun, que para tener noticias sobre el nuevo habitante de esta ciudad, no tenia V. mas que haberse dirigido al señor Fremont que le ha alquilado la casa, y que precisamente debe conocerle.

— ¿Crée V., mi querida prima, que no se nos ha ocurrido esa idea? En seguida se ha ido á tomar informes del señor Fremont; pero este es otro original, en cuyas palabras no se puede fiar, porque parece que siempre se está burlando de todo el mundo. Es un parisiense que hace tres ó cuatro años vino aquí á establecerse con algunos restos de una fortuna que habia disipado en Paris, donde llevaba una vida de Sardanápalo. No pudiendo ya continuar manteniendo á sus bailarinas de la Ópera...

— ¡Sus ratas!...

— ¿Quién ha dicho *sus ratas*?

— Yo, responde Dupetral, porque esa es la frase de que se sirve todo el mundo cuando se habla de esas coreógrafas.

— ¡Qué chistosos son en Paris! dice la señorita Mignonnette; llamar ratas á las mujeres!... Si fuesen ratones, pase; porque al fin ese animalito es vivo, listo y bullicioso... pero la rata! un animal tan roedor!...

—Por eso justamente llaman así á esas saltarinas...

—Basta, jóven... V. olvida que está hablando á una señorita... á una doncella!... Decia, pues, que el señor Fremont, no pudiendo ya continuar su vida de calavera en Paris, se vino á guarecer á nuestra hermosa ciudad.

La señora de Grospré apoya estas últimas palabras, mirando á la reunion, como quien dice: — «Para enseñar á mi prima á que trate nuestra ciudad como se debe!» Y la reunion deja escapar una sonrisa, que significa: Hace V. muy bien... ¡ya comprendemos!

—Si, ese señor Fremont vino aquí, diciendo para su capote: yo no puedo hacer ya el calavera en Paris, vamos á hacerlo en provincia; con lo que me queda puedo deslumbrar todavía á esos provincianillos; porque hay parisienses que creen que en provincia somos unos tontos!

—¡Es verdad!... oh! es mucha verdad! dice el señor Liroquet... y sin embargo, no lo somos!

—¡Oh! ya conozco yo algunos que lo son! murmura Dupetral riendo.

—No señor, sostengo que en provincia tenemos todos talento, tanto mas, cuanto que no hacemos uso de él.

— ¡Entonces, creo que hay muchos que lo guardan demasiado; sin duda quieren tenerlo reunido para la vejez!

— Si señor, por eso dijo Montaigne... ¿fué Montaigne?... no estoy muy seguro, pero no importa... La cita es esta: — « ¡Cuántas gentes vienen al mundo y se van sin haber desbalijado todas sus mercancías! »

— ¿Qué quiere decir eso? esclama el señor Grospré, dejando sus cartas; ¿qué mercancías pueden haberse comprado antes de venir al mundo? Su cita de V. me parece una filfa... VV. dispensen, señoras, pero la palabra ya se ha adoptado... el señor Monfignon lo ha dicho.

— No es muy fuerte en conceptos el destajista, dice en voz baja Dupetral á Sautron, que responde:

— Siento que no se lleven ya trabillas... estiraba tan bien el pantalon por abajo, que vestia mejor que ahora.

— Mi buen Grospré, dice el poeta Monfignon en son de burla, la frase de Montaigne es una metáfora; por mercancía se entiende aquí el talento, la capacidad, el alcance de que cada individuo viene dotado al nacer.

— ¡ Ah! muy bien... entonces... Tengo cinco cartas y dos ases. ¡ Lo eché á V. á pique, Boulingrin!

— Y esto me recuerda las aventuras de un literato amigo mío. Aventuras muy picantes y muy singulares, que prueban que no todo es felicidad en este mundo... verdad bastante conocida!...

— ¡ Ah! ¿qué aventuras son esas, querido poeta?... ¿Podría V. referirnoslas, si es que no hay indiscrecion en preguntárselo?... dice la señora de Grospré.

— No hay indiscrecion ninguna, bella dama; pero yo creia haber referido ya las desgracias del pobre Tartenpomme...

— ¡ Tartenpomme! esta es la primera vez que oigo pronunciar ese nombre, y en verdad que es bastante original para que pueda olvidarse despues de haberlo oido una vez.]

— Pues bien, voy á contar sus aventuras... pero esto nos alejará de nuestro asunto... del interesante Martin.

— ¡ Qué importa! [tiempo [tenemos! de] volver á él... ¡ A mí me gusta [bastante] una conversacion variada!...]

— Aseguro á V., [señor Boulingrin, [que ha marcado diez puntos mas... V. ha creido que tenia el as, y no lo tiene.

— Señor Grospré, yo no he marcado mas que los puntos que he hecho; estoy de ello segurísimo... ¿me cree V. capaz de hacer trampas?...

— No, señor Boulingrin, libreme Dios de creer semejante cosa, pero á veces puede uno engañarse... como que uno no es infalible...

— *Errare humanum est...* dice Monfignon.

Y el señor Grospré, como no entiende latin, saludaba diciendo :

— ¡ Como VV. quieran !

Pero el antiguo notario, que no quiere [que se dude de su palabra, esclama :

— ¡ Yo no me engaño nunca, señor mio ! yo solo he marcado los puntos que he hecho !

— ¡ Hola ! señores del piquet ! quieren VV. gritar menos alto, ó mejor dicho, no gritar ! El señor Monfignon va á contarnos las aventuras de su amigo Tartenpomme, y esperamos de la amabilidad de VV. que nos permitan oírle.

Al oír este apóstrofe de la señora Riffard, los jugadores de piquet se callan, ó se contentan con murmurar por lo bajo :

— Estoy seguro de que ha marcado diez puntos mas...

— No comprendo cómo hay personas que se atre-

van á dudar de mis puntos... pero Grospré juzga por él á los demás...

—Si pierdo por diez puntos, siempre tendré sobre mi corazón esta partida.

El poetilla Monfignon espera que se restablezca completamente el silencio. Entonces, después de haberse sonado como si quisiese hacer una trompeta de su nariz, empieza su relato.



VII.

LAS AVENTURAS DEL SEÑOR TARTENPOMME.

Preciso es que diga á VV., señores y señoras, que Tartenpomme, mi héroe, nació en Chartres, patria de los pasteles de este nombre; se diferencia de Homero en que nadie le ha disputado su patria, porque ya saben VV. que muchas ciudades han pretendido haber sido cuna del gran poeta griego, entre otras Smirna, Rodas, Colophon, Salamina, Chio, Argos y Atenas. ¡Pero mi Tartenpomme tampoco era un Homero!

Y sin embargo, ¡vean VV. cómo no están al abrigo de la crítica los grandes hombres de la antigüedad! ¡Persona ha habido que ha osado publicar que Homero habia tomado de Hesiodo lo mas bello y mas admirable de la *Odisea* y la *Iliada*!

Calígula ordenó suprimir todas las obras de este gran poeta, añadiendo que tenia tanto poder como Platon, que le habia desterrado de su república.

No sé si habia censura entonces; pero esto podria hacernos presumir que Calígula fué uno de los primeros censores. El emperador Claudio tambien se mostró hostil á Homero, cuyos versos no podia sufrir... tal vez porque no los comprendia. Y en poco estuvo, segun se dice, que el emperador Adriano ejecutase lo que Calígula no habia podido hacer.

¡Pero en todos tiempos hemos visto la poca justicia que los hombres saben hacer al talento, al mérito y aun al genio! ¡No fué Sófocles citado ante la justicia por sus hijos, que querian hacerle pasar por loco! ¡Algunos críticos han condenado el estilo pretencioso de Píndaro! ¡Otros la dureza que reina en el de Esquiles, y la trama de las tragedias de Eurípides!... ¡Qué dirian ahora, gran Dios, si fuesen á ver á *Lázaro el pastor de Florencia* ó el *Campanero de San Pablo*!... ¡No comprenderian una palabrat

Y advierto á VV. que no digo esto con intencion de criticar estos dos dramas de Bouchardy; al contrario, me gustan mucho esas piezas complicadas, donde se cruzan las intrigas, y se multiplican, y se enlazan unas á otras... lo único que digo es ¡que con *Lázaro el pastor* habria hecho Eurípides, no una tragedia, sino lo menos doce!...

— ¡Cáspita! murmura el jóven Sautrond estirándose el cuello de su camisa; pero hasta ahora no he visto llegar al señor Tartenpomme.

— ¡Oh! poco á poco, querido, responde Dupetral; ese charlatan de Monfignon quiere pasar á toda costa por erudito, y estará haciendo digresiones hasta el dia del juicio final.... Mire V. el reloj, apuesto seis docenas de ostras á que de aquí á una hora no ha terminado su historia. Pedirle la relacion de una aventura es absolutamente lo mismo que si se escuchase á Scheerazade cuando refiere un cuento al sultan en las *Mil y una noches*... Vamos, ¿apuesta V.?

— No á fé mia, temo perder... porque veo que nuestro hombre se interna cada vez mas en las citas.

En efecto, Monfignon continúa, animándose á medida que habla:

— Sí, señoras, sí, señores, el genio fué siempre

blanco de críticas tan falsas como malas... No digo esto por mí, puesto que no habiendo terminado aun mi comedia de costumbres, no la he entregado al público todavía; pero ya veo caer sobre mí los Aristarcos de todos colores, que no serian capaces de escribir una escena, y arrastran por el fango al que ha tenido la audacia de hacer una pieza sin pedirles permiso! Soportaré todas las críticas sin chistar, sin quejarme, y me consolaré diciendo: ¿Por qué habia yo de estar al abrigo de los sarcasmos de esos señores? Sócrates fué tratado de usurero por Ciceron, y de ignorante por Atenea. Platon tuvo que sufrir una multitud de críticas: Teopompo le acusa de mentiroso; Suidas, de avaro; Porfiro, de incontinente; Aulu-Gelle, de ladron; Aristófanes, de impío; y otros, de cierto vicio que no me permitiré nombrar. Aristóteles, que escribió mas de cuatrocientos volúmenes, y que recibió de Alejandro mas de ochocientos talentos...

Tal vez me preguntarán VV. lo que valia un talento... yo les contestaré que el talento ático pesaba ciento cinco marcos de nuestra plata... lo cual importa... no me acuerdo ahora, pero despues volverémos á tratar de eso... decia, pues, que Aristóteles tampoco se libró de la critica.

Si hemos de creer á Plinio, Virgilio no brilla por la inventiva, y Calígula decia que no tenia pizca de talento... advertiré á VV. de paso que el señor Calígula era muy poco amable con los literatos. Herenio le echó en cara muchos defectos. Perilio Faustino ha dicho que su *Eneida* era una pieza muy comun... la *Eneida* una pieza comun... ¡Ah! señoras, si yo tuviese tiempo, recitaria á VV. algunos versos... Verdad es que, como no saben VV. latin, se distraerian muy poco... Cuando tenga tiempo, haré una traduccion libre.

Horacio... el poeta... censura con bastante acritud las chanzas de Plauto. Quintiliano y Marcial dicen que Lucano debe colocarse mas bien entre los oradores que entre los poetas. Se ha echado en cara á Tito Livio su aversion á los galos. A Dion la suya á la república. A Velejo Paterculus su vergonzosa aprobacion á los vicios de Tiberio. A Herodoto y Plutarco su pasion á su país. En fin, ¡Demóstenes, llamado por el mismo Ciceron el mas célebre, el mas grande de los oradores, tiene, segun Hermippas, mucho mas arte que naturaleza! Sus oraciones parecian demasiado estudiadas, y si hemos de creer á Esquine, su lenguaje no era siempre puro.

Aquí se detiene Monfignon para tomar aliento, y

la señora de Beurivage se inclina hácia la señora de Postulant, y creyendo hablarle en voz baja se pone á gritarle al oído :

— Diga V., ¿está hablando todavía del asno del señor Martin?

Esta pregunta, que es oída por toda la reunion, escita una risotada general.

VIII.

— DONDE MONFIGNON DISPUTA CON POSTULANT.

— No señora, responde la esposa del farmacéutico á la dama atacada de sordera. No; hace mucho tiempo que estamos lejos del señor Martin, que, á mi parecer, era [un asunto de conversacion mucho] mas interesante que todos esos poetas de otra época, á quienes se nos quiere hacer admirar, y los cuales no se lavarian siquiera las manos... ¿no es V. de mi opinion?...

—Sí... sí... á mí me gustan los rábanos; pero no puedo comerlos, porque me repiten... es una fatalidad.

La señora de Postulant se vuelve hácia otro lado, y no cree necesario prolongar la conversacion con la señora de Beurivage.

Mientras el orador Monfignon se enjuga el sudor que corre por su frente, la señora de Grospré se aventura á decirle con voz melosa :

—Dispense V., mi querido autor, está V. diciéndonos cosas... en extremo interesantes, no lo niego, pero tal vez algo abstractas para nosotras... Si V. quisiera referirnos las aventuras de ese Tartenpomme, que probablemente no es del tiempo de Homero ni de Virgilio, puesto que V. le ha conocido... y hasta ahora estamos como la hermana Ana de *Barba-Azul*; hasta ahora no hemos visto nada que tenga relacion con ese caballero.

Monfignon aspira con cierta gracia su polvo de rapé, y despues contesta sonriendo :

—¡Ah! hé aquí las mujeres! siempre impacientes, deseosas siempre de llegar al fin!... y una vez que han llegado, Dios sabe si se tranquilizan y dan por satisfechas!... *Quid femina possit!*... perdonen VV.... siempre me olvido de que no saben la-

tin... pero ahí está el señor Postulant para traducirlo...

Sí, señoras, sí, voy á contar á VV. las aventuras del pobre Tartenpomme; pero antes de emprender ese relato, no tiene nada de extraño que me haya detenido algo. En cuanto á mí, confieso que desde mi infancia me ha gustado siempre, no solo divagar, sino vagar un poco; sobre todo, cuando iba á la escuela, tomaba con frecuencia el camino mas largo. Pero no vagaba sin fruto, eso no: miraba, observaba, y sacaba siempre algo de provecho; estén VV. persuadidas de que para los espíritus observadores nunca deja de haber algo que ver, que estudiar; y por donde el hombre indiferente, ó el imbécil, pasa sin detenerse, verá por el contrario el hombre observador un descubrimiento, bien para la ciencia, ó para la higiene, ó para el espíritu, ó para la simple curiosidad en fin.

A propósito, esto me recuerda un hecho, sencillo en apariencia, pero que fué para mí un descubrimiento de la mayor utilidad durante el curso de mi vida. Tenia yo entonces doce años, trece todo lo más. Acababa de obtener un premio de latin, y dos de memoria... mis padres, que estaban muy contentos y satisfechos de mis progresos, me habian mimado y

acariciado, permitiéndome que fuese con algunos compañeros á la fiesta de una aldea, en los alrededores de nuestra casa. Siempre se ha hecho mal en dar demasiada libertad á los niños, porque es muy raro que no abusen de ella. Digo esto, y sin embargo, nadie mas que yo es tan partidario de la libertad... ¡Oh Dios!... la libertad!... qué cosa tan bella!... cuando es una verdad; desgraciadamente cada cual la entiende á su modo, y todos los que predicán tanto la libertad, concluyen por batirse y destrozarse entre sí, porque cada cual quiere tener la libertad de hacer y tomar lo que le agrada... ¿Y qué es lo que le agrada?... Generalmente son los primeros puestos y los mejores bocados.]

Por ejemplo, confesaré á VV. que no me ocuparía de modo alguno de esa libertad que Francia creía darse en 92 y 93, ¡y que solo era una tiranía espantosa! Cuando se leía á cada paso, en todas las paredes: *¡Libertad! fraternidad, ó la muerte!* esa libertad no debía ser muy alegre, ni dar ganas de bailar. Entonces la muerte estaba á la orden del día, era mucho peor que la nuez moscada, que ya saben VV. se echaba en todas las salsas. En la puerta de un peluquero se leía: *¡Aquí se afeita con toda libertad, ó la muerte!* Un especiero hacia pintar encima de su almacén

un muchacho que servia de queso de Gruyere, y detrás de él la Muerte, para asegurarse de que vendia sin sisar.

En fin, un bodegonero, queriendo ponerse de moda, y hacerse con muchos parroquianos *sans culottes*, puso en la lista de su fondin: *Sopa de caldo ó la muerte, carne con coles ó la muerte, fricase de pollo ó la muerte*, etc., etc. Esta frase tan grata acompañaba á todos los platos. Tanto, que unos pobres provincianos que habian entrado á comer en este bodegon, se pusieron á llorar amargamente al leer la lista, y dijeron al mozo: «¡ Ciudadano mozo! comerémos de todo! lo prometemos, aunque nos haga daño; pero, por favor, no nos deis la muerte!...»

—¡Cáspita! qué bien he hecho en no apostar! dice el jóven y bello Sautrond á su vecino Dupetral. Tenia V. razon, esto se parece á las *Mil y una noches*, con la diferencia de que estos no son cuentos árabes.

—Á mí no me disgusta, y además tengo curiosidad por saber de qué modo va á conducirnos el reinado del terror en Francia á las aventuras de Tartenpomme.

El señor Postulant, que probablemente no es de la misma opinion que Dupetral, y cree que Mon-

fignon abusa de su memoria y de su facilidad de locución, esclama:

—Diga V., vecino, ¿se me figura que se aleja V. del asunto? ¿Ha pedido V. la palabra para hablar-nos del tiempo del Terror? Entonces hable V.; sé que hay anécdotas muy curiosas de esa época... pero si ha de referirnos V. las aventuras de su señor Tartenpomme, háganos el favor de volver á su héroe, á su contemporáneo, como V. dice. Le repetiré con Prudhomme en *La Familia improvisada*, que tan bien desempeñaba Enrique Monnier: — «¿Quiere V. hablar de Dazincourt? hablemos entonces de Dazincourt; pero fijémonos en el asunto que queremos tratar...»—¡Ah! Enrique Monnier!... ese sí que es un hombre de chispa!... ¡Y qué talento como dibujante, como caricaturista!... Es preciso oírle en sociedad cuando representa la escena del señor que llega de noche en la diligencia... Se entiende, en la época en que habia aun diligencias... Vamos, es cosa para morir-se de risa... Yo le oí una vez en Paris, en casa de un literato amigo suyo; pasé una noche deliciosa... Hablé mucho con él... Si pasase por esta ciudad, lo presentaría á VV., señoras, y estoy seguro de que me habian de dar las gracias...

El señor Monfignon, que empieza á disgustarle que el farmacéutico le corte tanto tiempo la palabra, esclama:

— Yo conozco muy poco á Enrique Monnier; he oido hablar de él. Tengo un primo que quiso verle representar en el Odeon en *Monsieur Prudhomme*... Fué á este teatro, pero por desgracia no vió el cartel antes de entrar; habian cambiado la funcion, y en vez de *Monsieur Prudhomme*, vió *Andrómaca*. Así es como conozco á Enrique Monnier.

— Diga V. de una vez que no le conoce... en cuanto á mí, prefiero conocer á Enrique Monnier, á saber lo que Caligula quiso hacer á Homero y á Virgilio... Este es mi modo de pensar...

— Dígame V., señor Postulant, me parece que esa es una piedra que echa V. en mi jardín... ¿Pre-tende V. acaso mortificarme?

— ¡No señor! pero digo mi modo de pensar: si V. no es de la misma opinion!, maldito lo que me importa; no por eso cambiaré yo la mia!

— ¡Pardiez! señor mio, tampoco se me da una higa de que V. piense como se le antoje... Comprendo que le fastidie lo que denota ciencia y erudicion... solo nos gusta lo que está á nuestro alcance... En otro tiempo los boticarios, porque farma-

céuticos ó boticarios es lo mismo, estaban obligados á haber hecho buenos estudios, á saber el latin, hasta el griego; en fin, á tener una educacion decente. Hoy es muy distinto, hay mucha menos severidad; yo conozco uno que escribe siempre emético con *h*.

— ¡Caballero! V. insulta al cuerpo de farmacéuticos, y no lo sufriré!

— Y V. ¿por qué insulta á los sabios?... por qué prefiere Enrique Monnier á Calígula?

— Porque me agrada así... ¿No soy dueño de mis opiniones?... ¿Qué necesidad tenia V. de meterse en camisa de once varas?

— ¡Oh! demasiado sé yo donde V. tambien se mete.

— Vamos, vamos, señores, ¿van VV. á reñir?... esclama la señora de Grospré. ¿Cómo es esto?... ¡amigos como VV.... vecinos... hombres que se estiman y se quieren mutuamente!... porque estoy segura que en el fondo se quieren VV.!

— Sí; muy en el fondo, murmura el señor Postulant.

— Vaya, vaya, señores, no está bien turbar la perfecta armonía que reina siempre en nuestras reuniones... pero estoy cierta de que ya estaban VV. enfadados.

—Tiene V. razon, señora, dice el poetilla; he hecho muy mal en formalizarme por lo que decia este caballero... no valia la pena...

—Ea, ya está la paz restablecida, y el señor Monfignon va á anudar el hilo de su discurso.

— ¡Qué hilo! santo Dios! murmura Dupetral, si no es una madeja, sino un ovillo enorme lo que hay que devanar.



IX.

¡ABAJO EL LATIN!

—Decía á VV... ¿pero dónde quedé?... esclama Monfignon.

—Hablaba V. de esos provincianos bonachones que bajo el reinado de la libertad se veían obligados á comer de todo lo que habia en la lista de un bodegonero, para no verse sentenciados á muerte...

—¡Oh! es singular... ¿cómo diablos llegué yo á eso?... ¡Ah!... ya me acuerdo, mis padres me per-

mitieron ir á la f eria de una aldea con algunos de mis compañeros... y en esa f eria, abusando de la libertad que me habian otorgado, compr e mas de cinco francos de pan de especia, del cual regal e á mis amigos, pero tambien com  tal cantidad... que tuve una indigestion que por poco las l o. Durante algunos dias anduve algo indispuerto...

— Es decir, que juzgó V. conveniente ponerse en el mismo estado que la aldea... dice Dupetral riendo.

— Eso es, V. lo ha adivinado,   mas bien, ha vuelto la oracion por pasiva. Hall bame, pues, en la situacion de la aldea, pero infinitamente menos grata para mí. La aldea era feliz en tener tanta gente... al paso que yo buscaba la soledad y los sitios mas desiertos. La f eria de la aldea convidaba al baile y á los placeres... mientras lo que yo experimentaba, me impedia por el contrario entregarme á todos esos juegos que se hallan en las fiestas campestres. En fin, volv  á casa de mis padres en un estado lastimoso.

— ¡ Vaya una historia interesante para nosotros! murmura el farmacéutico inclinándose hácia el señor Liroquet, mientras la señora de Beurivage, que procura dar á entender que comprende, esclama:

— ¡ Ah! s , comprendo... eso sucede con frecuen-

cia; lo mismo me pasó á mí el dia que me casé con mi difunto Beaurivage, de lo cual se alegró mucho, y me dijo tomándome en sus brazos:—«¡No te sonrojes de lo que has dejado escapar, tierna amiga! porque eso me hace el mas feliz de los mortales!»

—¿Pero qué diablo dejó V. escapar, señora? esclama Dupetral poniendo su nariz casi dentro del oido de la sorda.

—¡Qué habia de ser!... ¡La confesion de mi amor!... Al volver de la vicaría, exclamé:—«¡Ah! qué gusto es casarse!»—¡Era yo tan niña!... tan inocente!... ya hace de esto mucho tiempo.

—¡No necesitaba añadirlo!... dice el señor Breillet.

—Hallábame en un estado... muy crítico, continúa Monfignon, y ya llevaba así mucho tiempo; habíame puesto pálido, delgado, de color de azufre; si me hubiesen VV. visto entonces, les habria dado pena...

—¡Ahora mismo me la está dando! murmura el farmacéutico, porque no habla mas que disparates, y dudo que de ese modo llegue á concluir su historia.

—Pero, como ya he tenido hace poco el honor de decir á VV., señoras, yo era observador en estremo, queria verlo todo, me gustaba instruirme...

hay gentes que no comprenden ese gusto... peor para ellos... dejémosles en su ignorancia...

— *Beati pauperes spiritu! quoniam ipsorum est regnum cælorum!*... caballero, dice á su vez el farmacéutico, que se alegra de probar que tambien puede soltar en ocasiones sus citas latinas.

— Si señor, ya lo sé, responde Monfignon; pero eso no me importa; prefiero ser espiritual aquí abajo. Además, el que dijo: — «Bienaventurados los pobres de espíritu,» — fué porque tal vez carecia de él.

— ¡Fué San Agustin, caballero!

— Creo que V. se engaña.

— ¿Por qué quiere V. que me engañe!

— Porque está V. en un error.

— *Plus negare potest asinus quam probare philosophus!*

— ¿Es decir, señor Postulant, que ahora quiere V. compararme á un asno?

— ¡Oh! se enfada V. ahora porque le doy con el latin en la nariz! ¿Por qué me lo ha metido V. antes por los ojos?... ¡Hola! ¡Decía V. que los farmacéuticos son ignorantes!... ¡Pues bien, ellos le probarán lo contrario, señor mio! ellos le remacharán á V. el clavo! *Vita brevis, ars longa, occasio præceps, experientia fallax, iudicium difficile*, caba-

llero. ¡Ah! ah! esto es de Hipócrates! ¡Hable V. ahora si puede!

— ¡Eh!... diga V. de una vez que quiere impedirme que continúe mi relato, y será mejor, porque de ese modo no me interrumpirá á cada instante!

— ¡Señores! señores!... ¿van VV. á volver á empezar?... esclama la soberbia Febé, medio levantándose de su asiento; y por el latin!... Francamente, no es nada galante que lo citen á cada paso en sus discursos, cuando saben que las señoras no lo entienden... Una vez por todas, señores, nosotras les suplicamos que supriman en su conversacion esa antigua lengua muerta. Y esta vez multarémos, pero sériamente, al primero que infrinja nuestra prohibicion. ¿Son VV. de mi opinion, señoras?

— ¡Sí, sí! nada de latin! que se multe el latin! esclaman todas las damas agitando al aire sus manos.

Y la señora de Beurivage, que quiere hacer como las demás, aunque no sabe por qué se entregan á esta demostracion, levanta á su vez la mano agitando su pañuelo, y gritando:

— ¡Sí! sí! vivan los ferro-carriles!... ¡Esa ha sido siempre mi opinion!... Ha llegado el caso de decir como Luis XIV: — «¡Ya no hay Pirineos!»

heros! Ah! ali está o teu filho! (V. 1)
 agora ai podes! (V. 2)
 — (V. 3) ... (V. 4) ... (V. 5) ...
 dize que cominho me trouxe e sei melhor, porque
 he esse modo no me trazerem a casa instante!
 — (V. 6) ... (V. 7) ... (V. 8) ...
 podes! ... (V. 9) ... (V. 10) ...
 fadado de se saber; e por se saber! ...
 mente, no se sabe quem que se chama a casa
 em sua liberdade, mas se se sabe quem se
 esclamam! Um tempo mais, e depois, mais
 se se sabe quem que se chama a casa
 antigas letras e cartas. Y esta vez mais, mais
 se sabe quem que se chama a casa
 (V. 11) ... (V. 12) ... (V. 13) ...
 e se se sabe quem que se chama a casa
 Y se se sabe quem que se chama a casa
 se se sabe quem que se chama a casa
 esta liberdade, porque a se se sabe quem
 se se sabe quem que se chama a casa
 se se sabe quem que se chama a casa
 — (V. 14) ... (V. 15) ... (V. 16) ...
 se se sabe quem que se chama a casa
 se se sabe quem que se chama a casa
 se se sabe quem que se chama a casa

X.

EL FRUTO DE LOS ROSALES.

Monfignon deja pasar el efecto que producen siempre las exclamaciones de la señora de Beurivage, y cuando todos han cesado de reir, vuelve á tomar la palabra :

— Estaba, pues, incómodo, estaba enfermo, y no sabia cómo volver á mi estado normal, cuando un dia paseándome por el campo, vi á un chico ocupado en coger esos pequeños frutos encarnados que que-

dan en los rosales despues que han caido las flores , y que se llaman , segun creo... cuando digo que creo , es porque estoy cierto... se llaman escaramujos...

— Bien , bien , ya lo sabemos , dice la señora Riflard. — ¿Qué mas ?

— Como el muchacho parecia comer con mucho gusto los escaramujos , entré en ganas de probarlos , y comí en bastante cantidad. No es una gran cosa ; sin embargo , tienen un gustillo ácido , que sabe bien. Pero juzguen VV. de mi sorpresa , de mi alegría , de mi dicha , cuando , de resultas de esta golosina , advertí que habia vuelto á hallar... que ya no tenia... en fin , que ya no estaba enfermo. Desde entonces hice una buena provision del tal fruto , que tengo siempre en reserva , porque se conserva muy bien... y cada vez que se altera mi salud... ¡zas ! me trago cuatro ó cinco , y me quedo como un reloj !

— ¡Y para venir á eso nos tiene aquí hace una hora ! murmura la señora Postulant. Vamos , ese hombre se está burlando de nosotras. ¡ Tenia mas que haber tomado el elixir de mi marido !... le habria hecho mas efecto que todos los escaramujos y astringentes habidos y por haber del reino vegetal !

— Pero , señora , dice Febé , puesto que entonces señor Monfignon era todavía un niño , es probable

que su señor esposo de V. no habria compuesto aun su elixir milagroso.

— Pues yo, dice la viuda de los cuatro maridos, cuando me hallo en la posicion en que estaba nuestro querido literato, cómo nísperos, y me produce absolutamente el mismo efecto que los frutos del rosal.

— ¡Pido Tartenpomme ó mi dinero! grita Dupetral riendo.

— A eso voy... ¡oh! lo que es ahora no me separo mas de él!... responde Monfignon lanzando una mirada de ira sobre el farmacéutico que se hace el dormido. Creo haber dicho á VV. que mi héroe nació en Chartres. No necesito decir que, antes de la era cristiana, Chartres era la ciudad de los Carnutos, y que César le dió el nombre de *Autricum*, que llevó hasta el siglo cuarto; despues tuvo condes particulares que se volvieron condes de Champagne... despues...

— ¡Basta! basta! puesto que no necesita V. decirnos eso, ¿por qué nos lo dice? esclama Dupetral en el colmo de la indignacion.

Monfignon ahoga un suspiro, diciendo para sí: ¡Querer enseñar ciencia á los necios es lo mismo que querer volver lo negro blanco!... Luego dice en voz alta:

— El padre de Tartenpomme era pastelero, y se llamaba Beuglant...

— ¿Entonces Tartenpomme es un nombre de bautismo? dice Liroquet. Lo estraño, porque nunca lo he visto en el calendario.

— No señor, el pronombre Tartenpomme no está en el calendario; pero si V. no hubiese vuelto á interrumpirme, habria sabido que no era mas que un apodo dado á mi jóven pastelero, porque demostraba un gusto particular por esa pasta que se llama *torta de manzanas*; apenas los sacaba su padre del horno, abalanzábase á ellos el chico; era, pues, imposible conservarlos en la tienda del señor Beuglant; su señor hijo los hacia desaparecer al momento. De ahí la idea que se les ocurrió á los padres y padrinos de llamar al chico Beuglant, Tartenpomme, en vez de Nicolás que era su verdadero nombre de bautismo.

Con la pasion que habia demostrado á la pastelería, debia creerse que el pequeño Tartenpomme tendria mucho gusto en tomar el mismo estado que su padre, y que seria un célebre pastelero; pues bien, no hubo nada de esto: al hijo del señor Beuglant le gustaban los pasteles para comérseles, pero no queria hacerlos. Su vocacion era la de escribir, hacer piezas de teatro, en fin, ser autor. Cuando su padre le regañaba diciéndole que hiciese pasteles, Tarten-

pomme le respondia : « Se gana mas dinero con los que se hacen para el teatro ! »

Y en apoyo de esto citaba las comedias de fulano... y de zutano... que eran un puro pastel! y luego decia :—El maestro Andrés el peluquero ha hecho una tragedia; ¿ por qué no he de hacer yo un drama?

El papá Beuglant, que era algo listo (yo he conocido pasteleros de mucho talento), respondia á su hijo : — ¡ Sí, el maestro Andrés el peluquero ha escrito una tragedia que hasta ha tenido el atrevimiento de enviar al mismo Voltaire tratándole de compañero! Pero el ilustre Voltaire le ha contestado en una carta que solo contenia esta frase : — « Haga V. pelucas... pelucas... y nada mas que pelucas... » — Ya lo sé, papá, responde Tartenpomme; y al leer esta respuesta, el maestro Andrés exclamó : — « Se conoce que Voltaire envejece... ¡ cómo se repite! » — Pero yo no tengo ánimo de escribir tragedias, porque sé que ese género no está ya en moda. Quiero hacer dramas. — Haz tortas, que valen más, y que estás seguro de despacharlas. — No haré fortuna vendiendo tortas ni galletas. — ¡ Por qué no? Podria citarte muchos ejemplos de vendedores de galletas que se han retirado con un fortunon hecho. Si prefieres las tortas, mejor... se venden como el pan, y mas bien

que el pan; y para establecerse se necesita poco dinero.

Pero el jóven Beuglant no queria hacer galletas ni tortas...

—Cómo, señor Grospré, ¿toma V. á copas?

—Sin duda, tomo la sota de V. con mi caballo; esto es muy sencillo.

—En efecto, seria muy sencillo si no hubiese V. renunciado á copas, cuando jugué yo hace poco...

—Yo no he renunciado á copas, he servido á ellas, señor Boulingrin.

—Usted ha echado al as, no digo que no; pero no ha servido al rey.

—Si señor, siempre he servido.

—No señor; además, ¡V. no podia tener el caballo, puesto que yo he tenido seis copas!...

—¡Cinco!... V. ha contado cinco.

—¡Porque me descarté de una!

—¡Ah! eso es otra cosa.

—Veré mi baza...

—Es inútil, señor mio; lo mas sencillo es que demos por nula esta partida.

—¡Cómo nula! ¡Pues me gusta!

—¡Silencio! que callen los jugadores de piquet! esclama la señora de Grospré, ó se van VV. á jugar

á otra pieza; porque no hay medio de que oigamos al señor Monignon con sus eternas disputas!

—El señor renuncia á copas, ¡y luego gana con su caballo!

—¡Basta! ni una palabra mas! ¡En virtud de nuestra autoridad privada anulamos la partida!

—Pero, señora...

—Pero, señora...

—Mi querido Monignon, dispense V. á esos malditos jugadores, y dignese continuar su interesante relato... quedó V. en las tortas y galletas.

—Que pase de seguida al flan, y que concluya de una vez, murmura Postulant.



XI.

EL TÍTULO DE UNA PIEZA.

—El papá Beuglant resistía á las súplicas de Tar-tenpomme; no quería creer que un autor ó un literato pudiese hacer fortuna, y tenía bastantes ejemplos que oponer á su hijo. No se los citaba, porque no era bastante instruido para conocerlos, en cuyo caso habría podido decirle:—; Hijo mio, es muy raro que la fortuna acompañe al mérito! Homero, pobre y ciego, iba por las calles y las plazas públicas recitando

sus versos para obtener con qué subsistir. Plauto, poeta cómico, lleno de gracia y de originalidad, tuvo que resolverse, para ganar su vida, á dar vueltas á un molino. Xylander vendía por un plato de sopas sus notas sobre Dion Cassius. Alde Manuce estaba tan miserable, que se hizo insolvente solo por haber pedido prestado para poder trasladar su biblioteca y todos sus manuscritos de Venecia á Roma.

Juan Bodin, Segismundo Gelenius, Lelio Giraldi y otra infinidad de sabios han muerto en la indigencia. Agrippa murió en el hospital, y hasta el inmortal autor de *Don Quijote*, de esa obra maestra admirada y traducida á todos los idiomas, Miguel Cervantes en fin, murió de hambre y de miseria (1). Paul Burghese, poeta italiano que escribió tambien una *Jerusalen libertada*, sabia catorce oficios, y no tenia con qué vivir. El Taso se veia reducido á tal pobreza, que iba pidiendo prestado un escudo, con el que vivia toda una semana. Luego, en un lindo so-

(1) Como amantes de nuestra literatura patria, agradecemos con toda nuestra alma al célebre novelista M. Paul de Kock la honrosa mencion que hace de nuestro inmortal autor, prodigándole, no alabanza, sino la justicia que merece. (N. del T.)

neto, rogó á su gata que le prestase, durante la noche, la luz de sus ojos... diciéndole:

Non avendo candele per iscrivere i suoi versi!...

¡Oh! señoras!... ya veo que van VV. á abrumarme, queriendo imponerme una multa, pero no tienen ustedes derecho á ello, porque esto no es latin, es italiano! Ese idioma tan dulce, tan tierno, con el que se espresa tan bien el amor... idioma de los enamorados y de los cantantes, por lo bien que se presta á la música; y no hay cantatriz que no lance un *si*, ó un *dó* de pecho en una ópera bufa, que no podría dar si tuviese que cantar el mismo trozo en francés. Así pues, ¡no proscriban VV. tambien el italiano!

—Pero ¿quién nos probará que es verdaderamente italiano y no latin lo que V. ha dicho? pregunta la viuda Riffard.

—Señoras, supongo que en la reunion habrá alguno de estos señores que comprenda algo el italiano.

—¡*Yes! yes!* esclama el jóven Sautrond meciéndose en su silla. Es italiano, si señor, yo lo entiendo; cuando yo estaba en Paris, iba con frecuencia á la Opera-Bufa, que es el punto de reunion de la sociedad mas escogida de la capital.

—Permítame V., ¿nos dice V. *yes* para probarnos que sabe italiano?... Me parece que eso es inglés.

—Me engañé, quise decir : *Si signor*.

—Ha concluido el incidente , esclama Dupetral ; el orador puede continuar.

— ¡ Ah ! no quieren latin , dice para sí Monfignon ; pues bien , voy á endosarles italiano , con tanto mas placer , cuanto que el farmacéutico no debe saberlo !

—Vamos , esclama Febé , continúe V. , querido poeta ; decia V. que un autor habia tomado los ojos de su gato por una luz ; lo creo y no me estraña ; yo , que quiero mucho á los gatos , he notado que sus ojos brillan infinitamente más de noche que de dia .

—¿ Y los ha acariciado V. á contrapelo cuando está enteramente oscuro ?

—No , nunca... ¿ por qué ?...

—Porque entonces habria visto V. que despiden chispas de su cuerpo , porque esos animales tienen mucha electricidad .

— ¡ Es posible ! ¡ Oh ! pero si yo viese á mi gato despedir fuego , me asustaria mucho ! creeria que era el diablo !

—¿ No he esplicado á V. lo que produce ese efecto ?...

—No importa , ¡ me asustaria !

— Pues bien, yo, dice la señora de Riffard, tengo un gato negro hermosísimo, y cuando vaya esta noche á casa, le voy á pasar la mano por el lomo... ¡á contrapelo!

— Decía, pues, continúa Monfignon, que muy raramente se han visto los literatos favorecidos por la fortuna. El cardenal Bentivoglio, la gloria de la Italia, de las bellas letras, el bienhechor de todos los desgraciados, á quien se debe la *Historia de las guerras civiles de Flandes*, obra del mayor mérito; pues bien, el cardenal Bentivoglio se halló, cuando era anciano, en la necesidad de vender su palacio para pagar sus deudas, y murió sin dejar para que le enterrasen.

No abandonaré la Italia sin hablar á VV. de ese poeta que dirigia estos versos encantadores á la señora de sus pensamientos:

¡Felice chi vi mira, ma più felice chi per voi sospira!

¡Felicissimo chi sospirando fa sospirar voi!...

— ¿Eso es italiano? pregunta la señora de Riffard.

— Sí, bella dama, y del mas puro.

— Señor Sautrond, ¿qué quiere decir eso?

El jóven se rasca la oreja, se rasca la nariz, se

rasca tambien en otra parte , y despues dice con voz balbuciente :

— ¡ Eso quiere decir... ya ve V.... es muy fácil de comprender... eso quiere decir... que nada hace tan feliz... como la felicidad!

— ¿ Es eso , Monfignon?

— Eso precisamente palabra por palabra , no... pero es una traduccion libre.

— ¿ Y Tartenpomme no llega?

— Me parece , señoras , que estoy refiriendo su historia. Dejo á un lado los poetas de Italia , ya que tan poco interés se toman VV. por ellos. Pero en Francia , ¿ fueron mas felices los literatos?... Andrés Duchesne , sabio historiógrafo ; Vaugelas , uno de los primeros escritores de su tiempo ; Baudoin , de la Academia francesa ; de L'Etoile , fecundo cronista , todos esos murieron pobres.

Viniendo á nuestra época , podria citar á VV. á Gilbert , que murió en el hospital ; á Hegésipo Moreau , que tampoco fué feliz , y á otros muchos que se han ahorcado , ó ahogado. Verdad es que algunos quisieron ser poetas á pesar de Minerva , y sin haber recibido el menor de esos dones que constituyen el escritor. Pero estamos en una época en que los jóvenes se dicen : — Quiero ser autor , novelista , lite-

rato, como en otro tiempo decían:—¡Quiero ser platero, abogado, médico, arquitecto, dentista! Todas esas profesiones pueden adaptarse al que quiere estudiar, pero no exigen absolutamente talento... Sin embargo, exceptúo la profesion de abogado, porque un abogado imbécil ó tonto es mucho mas peligroso que si no se tuviese, Pero tampoco es bueno que abuse de su facilidad de elocuencia y sea demasiado hablador.

Focion llamaba á los charlatanes *ladrones de tiempo*. Los comparaba además á toneles vacíos, que suenan mas que los llenos, y ¡tenia razon! ¡Vosotros todos, oradores de cafés, oradores de periódicos, oradores de saloncillos de teatros, vosotros no sois la mayor parte de las veces sino toneles!...

—¡Quisiera yo saber en qué especie de tonel se arregla él! dice Dupetral á su vecino; habla contra los charlatanes!... y ya esto es demasiado! Razon hay en decir: *Nemo in sua causa judex!*

—¿Quién ha hablado latin?... esclama la señora de Grospré dando un salto en su silla.

—De seguro no he sido yo, señora, dice Monfignon, respeto demasiado la prohibicion de V.

—¿Ha sido V., señor Postulant?

Pero el farmacéutico que hace que duerme para vejar á Monfignon, no dice una palabra.

—¿Entonces es V., señor Boulingrin?

El antiguo notario se contenta con responder:

—Tres ases, tres reyes y una quinta mayor, esta vez sí que he ganado.

—Segun parece, no es nadie... continúe V. Monfignon.

—El jóven Tartenpomme tapaba la boca á su padre citándole á Scribe y á Dennery. El pastelero habia visto en su juventud *El Juicio de Salomon* y *La Selva de Hermanstad*, melodramas que tuvieron un éxito inmenso, y respondia á su hijo:—Estas obras, que fué á ver todo Paris, eran de M. Caigniez, autor modesto, pero que escribia naturalmente. Sin embargo, yo ví á M. Caigniez en su vejez, casi en la indigencia; vivia en Belleville, y solo tenia para vivir una pension que le pasaban sus colegas los autores. ¿Cómo es que sus triunfos no le enriquecieron?

Pero el jóven Tartenpomme que iba instruyéndose á medida que crecia, respondia á esto:—Mi querido padre, ya han pasado los tiempos en que un autor recibia *nueve francos* cada noche que se representaba su melodrama; entonces solo los direc-

tores se hacian ricos, y esto no era justo. Ahora es muy distinto, el autor tiene su derecho á los ingresos, y por consiguiente cuanto mas se haga su obra, mas gana. Hé ahí por qué hacen fortuna muchos autores y compran casas de campo.

El papá Beuglant fué vencido. Dejó que su hijo se entregase á su vocacion, al mismo tiempo que se tragaba los pasteles tan pronto como salian del horno, hasta que al fin el jóven dió á luz un drama en treinta y seis cuadros, titulado: *Las Mujeres antes de la creacion del mundo*.

— ¡Cáspita! dice Dupetral, hé ahí un titulo que me parece anfibológico y hasta anfigórico!

— Yo confieso que no lo comprendo, dice el señor Liroquet.

— ¡A mí me parece soberbio! esclama la señora de Riffard. ¡Las mujeres antes de la creacion del mundo; por consiguiente, antes de los hombres! ¡Eso es magnífico!

— Y á V., señor Postulant, ¿qué le parece? pregunta la señora de Grospré.

— El farmacéutico se contenta con estornudar, diciendo que no ha entendido.

— Pero, en fin, ¿dónde toma V. esas mujeres? pregunta Dupetral á Monfignon, que responde:

— ¡Yo no las tomo! digo á VV. el título que tenía la pieza de mi amigo Tartenpomme, y no estoy encargado de explicárosla, lo cual no me impide que conozca, como la señora de Riffard, ¡que era un título soberbio! un título que hizo ir á todo París!...

— Pero es incomprendible.

— ¡Por eso justamente! Porque siempre gusta ver las cosas que no se comprenden, penetrar el misterio en que están envueltas. Si se le pone á una pieza por título *Fanfan y Colette*, ó *Dos y dos son cuatro*, ¿créen VV. que escitará la curiosidad? De ningun modo. Todo el mundo pasará por delante del cartel, sin entrar en el teatro. Pero pongan VV. títulos rimbombantes, horripilantes, como: *Los Hijos del Espectro*, *La Caverna de la tumba*, *Los Novios ahorcados*, y esto llamará la atención, escitará en alto grado la curiosidad, y la muchedumbre invadirá el teatro que anuncie estas obras.

— ¡Eso depende del gusto! dice la señora de Breillet; en cuanto á mí, que no me gustan los horrores, huiria de él en vez de entrar.

— En fin, continúe V., Monfignon, y veamos lo que hizo su autor pastelero, ó su pastelero autor, con sus mujeres antes de la creacion del mundo... eso ha picado nuestra curiosidad. ¿No es cierto, se-

ñora de Beurivage, que desea V. conocer tambien la suerte de esa pieza?

— ¡Oh!... sí!... sí!... seguramente, los tontillos embarazaban menos que los miriñaques... pero volveremos á esa moda, no hay que dudarlo; antes de dos años verán VV. á todas las señoras con tontillo!

— No me parece mal la moda, dice Dupetral mirando á la señorita Mignonnette, que hace como que baja la vista, pero de manera que ve perfectamente todo lo que pasa á su alrededor.

Desconfien VV. en general de los ojos que parece que miran al suelo, de las voces melosas, de las bocas que tienen constantemente una sonrisa en los labios, y de los hombres que no pueden estar un minuto sin fumar. ¡Pero hay en el mundo tantas cosas de que es preciso desconfiar, que habria que estar siempre en guardia, lo cual haria enfriar las relaciones; es, pues, mas prudente no desconfiar de nada, y decir: — ¡Salga lo que Dios quiera! »

XII.

LA SEÑORITA CUNEGUNDA.

Disponíase Monfignoncito á volver á tomar la palabra, y la señora de Valbrun, que estaba ya cansada de oír hablar siempre á este señor, y á la que no importaba saber lo que eran las mujeres antes de la creacion del mundo, se aprestaba ya á pretestar una jaqueca para subir á su cuarto, cuando de pronto ábrese la puerta del salon, y detiene otra vez la palabra en los labios del narrador.

Fijan todos su vista en la puerta, deseando saber

quién viene tan tarde á la reunion, y muchas personas se felicitan entre sí de esta visita inesperada que impedirá al señor Monfignon que continúe su historia de Tartenpomme.

Pero todos se quedan sorprendidos, cuando en vez de una notabilidad, solo se ve á la entrada del salon á la señorita Cunegunda, la cocinera de los Grospré, que, parada en el dintel de la puerta, y sin decir una palabra, se pone á pasar revista á todos los que están reunidos en casa de sus amos.

Preciso es decir que la señorita Cunegunda tenia entonces una figura y un adorno tan extravagantes, que hacian mas chocante aun su aparicion. La cocinera era mujer de cuarenta y cinco años, con una cara muy gorda, mejillas mofletudas habitualmente amoratadas, nariz chata, ojillos bastante brillantes, boca enorme, cejas espesas y muy unidas, y en fin, con un verdadero par de bigotes que hubiesen hecho honor á un tambor de la guardia nacional.

Además, esta señorita, que tenia pretensiones de buena moza, no se ponía cofia casi nunca, sino que se adornaba como las criollas con un pañuelo de seda de colores muy chillones, y cuyas puntas disponia de modo que formasen una especie de rosa sobre su ojo izquierdo.

Pero la señorita Cunegunda, como la mayor parte de las cocineras, profesaba una tierna afición al zumo de cepas. Comía naturalmente despues de sus amos, y entonces, como rara vez se la necesitaba, la cocinera se daba bastante prisa á destapar botellas. Aquel dia se habia bebido justamente Madera y Champagne en casa de los Grospré. Habia quedado algo en las botellas, pero la señorita Cunegunda se habia apoderado de ellas en seguida y en detrimento de Francisco, el criado, limpia-botas y groom del antiguo destajista.

Francisco, tan aficionado al vino como la cocinera, tenia con esta frecuentes altercados con motivo del resto que quedaba del vino encima de la mesa. Suponia, con bastante razon, que debian repartirlo entre los dos, y no bebérselo ella sola. Cunegunda continuaba guardándose todo para sí, y respondia á Francisco :

— ¡ Me gusta que me pida V. lo que queda en las botellas! V. que está todo el dia en la cueva!

— ¡ Señorita! respondia el viejo groom, verdad es que voy á la cueva, pero no me quedo con las llaves; el señor me las da cuando hay que ir, y me dice: — Suba V. una botella de Burdeos y otra de Champagne; cuando subo de la cueva, demasiado ve el amo que

no hay en el cesto mas que lo que me ha pedido; si hubiese una botella más, lo conoceria al momento, y le doy las llaves en seguida. Ya ve V. que no tengo el vino á mi disposicion como se ha atrevido á suponer.

— ¡A mí no se me comulga con ruedas de molino! respondia Cunegunda; ¿si me querrá V. hacer creer que cada vez que baja solo á la cueva no toma lo que se le antoja?... V. esconderá las botellas en alguna parte, porque no le creo tan tonto que fuera á subir las en el cesto que ha de ver el amo; pero despues volverá V. á bajar para recoger las que ha escondido.

— Eso no es cierto; ¡yo nunca he hecho eso! soy incapaz de semejante cosa!

— ¡Pues bien! si no lo hace, merece que le pongan una albarda!

Estas discusiones degeneraban algunas veces en riñas escandalosas, y como aquel dia habia quedado en la mesa media botella de Champagne, Francisco quiso cogerla; la cocinera se la arrancó de las manos; pero en esta lucha, habíase deshecho la rosa del pañuelo de seda; las dos puntas se habian desatado formando sobre la cabeza de Cunegunda una especie de cuernos que parecian amenazar á los que hubiesen intentado acercarse á ella.

La vista de la cocinera, que ignoraba la transformación de su pañuelo, produjo mucho efecto en la reunion, tanto más, cuanto que Cunegunda, sin decir una palabra, continuaba avanzando su cabeza y enseñando sus cuernos al mismo tiempo que pasaba revista á todas las personas que se hallaban en el salon.



XIII.

UN VIAJE POR UN DIENTE.

—¿Qué quiere V., Cunegunda? esclama la señora de Grospré. ¿Qué viene V. á hacer aquí? Yo no la he llamado. ¿Qué significa ese peinado tan descompuesto?... ¿Cómo se atreve V. á presentarse así delante de nosotras?...

—¿Cómo?... ¿De qué, señora? ¿No estoy como todos los dias?...

—Ya le he dicho á V. cien veces que se ponga cofia, que es mucho mas conveniente.

— Ya he tenido el honor de responder á la señora que habiendo servido en Longjumeau, en casa de un señor muy rico, un plantador que vino de América con negros y negras, tomé la costumbre de ponerme un pañuelo de seda; en aquel país tan cálido, donde hay *particulares* mas ricos que aquí, no está mal mirado que los criados, blancos ó negros, se pongan en la cabeza lo que les dé la gana.

— ¡Basta, Cunegunda! basta! Pase por el pañuelo, pero al menos ¡no se ponga V. ese par de cuernos que amenazan al cielo!

— ¡Cuernos! cuernos!...

Y la cocinera, llevando la mano á su cabeza, advierte la transformacion y prominencia de su tocado, y esclama:

— ¡Ese viejo borracho de Francisco me ha puesto así!... ya me las pagará!...

— ¡Cómo! Cunegunda, ¿se deja V. despeinar por Francisco? dice Dupetral riendo.

— ¡Ah! señor, no crea V. que ha sido retozando! ¡Dios me libre! Retozar yo con un hombre como Francisco! ¡Jesús! primero me tiraba á un pozo!

— ¡Basta, Cunegunda! respóndame V.: ¿qué viene á hacer aquí?... viene V. á buscar á alguien?

— Pues bien, sí señora, justamente, busco á uno;

pero no está, ya veo que no está... demasiado lo sabia yo; pero ese imbécil de Francisco se empeñó en que estaba, y por mas que le decia, no ha dejado de decirme que subiera á verlo.

— Pero á ¿quién busca V. ?

— Al señor doctor Mordicus.

— ¡ El doctor Mordicus!... no, no está.

— Y lo que es esta noche ya no viene, dice el señor Postulant, porque esta mañana salió para Paris; vinieron á buscarle para un parto.

— ¡ Cómo! envian de Paris á buscar aquí un comadron! esclama el señor Breuillet. A fé mia, ¡ me parece eso extraordinario!

— ¿ Por qué, caballero?

— Porque en Paris es donde se hallan los hombres mas sabios, mas espertos, y en fin, los mas fuertes para esa clase de operaciones.

— ¿ Y eso qué prueba, caballero? Hay señoras que habiendu salido con felicidad una vez de su ocasion con el auxilio de un médico, no quieren confiarse á otros cuando se vuelven á hallar en la misma posicion, y no saldrian de su cuidado, no señor, no saldrian, mientras su facultativo no se hallase presente. Lo mismo sucede con los dentistas; hay quien tiene su dentista predilecto, porque le ha sacado un diente

ó una muela sin hacerle sufrir, y no quiere buscar otro... Mire V., yo conocí una señora muy decente, muy distinguida, y bastante linda... pero que por desgracia tenia unos dientes muy feos, que además la hacian sufrir demasiado... Algunas veces se tiene una dentadura fea, que no incomoda, pero esta dama sufría mucho.—;Sáquese V. el diente que tanto daño le hace!... ¡Que si quieres!... La buena de la señora no se resolvía á ello por temor á la operacion; yo conozco muchas personas que en su vida han tenido valor para que le saquen una muela. Un día, su marido... porque esa señora era casada... su marido, cansado de ver sufrir siempre á su esposa, tuvo una idea feliz; conocia perfectamente cuál era el diente que le causaba tan grandes dolores. Busca un dentista, y le dice :

—¿Podria V. extraer un diente á mi esposa cuando esté durmiendo?

— Sí señor, adormeciéndola por medio del cloroformo.

— ¡Oh! no; cloroformo no, no tengo confianza en él... suele producir consecuencias muy peligrosas; quiero que sea durante su sueño natural, cosa por otro lado bastante fácil, porque mi mujer duerme siempre con la boca abierta.

— ¡Ah! pues si duerme con la boca abierta, dice el dentista, no hay mas que hablar, le arrancaré hasta las mandíbulas si V. quiere.

«La cosa marcha bien, y queda convenida la hora de la cita. La señora acostumbraba dormir hasta bien tarde por la mañana; su marido introduce al dentista en la alcoba de la señora, que aparece en efecto durmiendo con la boca abierta y dejando ver una hilera de dientes á cual mas averiados. El dentista los examina con detencion y esclama:

— » ¡Vaya una boca horrible! qué boca tan espantosa! Caballero, tiene V. una esposa que le va á infectar si se descuida.

— » ¡No! ya estoy hecho á eso, replica el marido; pero será cosa de que mi mujer me envenene!

— » Espere V., ahora mismo remediarémos todo eso.

» Y el operador, con su instrumento en mano, quita un diente con tal destreza, que la señora dormida solo se contenta con volverse un poco. El marido no ve de gozo, y el dentista le dice:

— » Déjeme V. continuar; dentro de unos dias esos dientes que V. ve, la harian sufrir tanto como el que acabo de sacarle.

» El marido consiente.

» Arráncale otro diente el bueno del saca-muelas; la señora no hace mas que toser un poco; al tercero, estornuda; y al cuarto se despierta al fin del todo. Entonces su marido le enseña los cuatro dientes que acaban de sacarle, diciéndole:

— » Mira, hija mia, alégrate, porque ya no sufrirás mas. Ya estás libre de lo que te molestaba.

» Al reparar que tiene cuatro dientes menos, empieza la señora por dar un bofetón á su marido, exclamando:

— » ¡ Esto es horrible, señor mio! V. me ha dejado desfigurada! ¡ Ya no me atreveré de hoy más á abrir la boca, ni á reir, ni aun á sonreir!... ¡ Voy á parecer diez años mas vieja!

— » Desengáñese V., señora, dice el dentista, está V. ahora mucho mejor que estaba; ni sufrirá de aquí en adelante, ni tendrá mal olor en la boca. Creo que debería V. dar gracias á su señor marido en vez de regañarle, porque esté V. segura, señora, de que la boca mejor adornada no puede agradar si exhala mal olor.

» La señora se apacigua y se tranquiliza; despues, contenta porque ya no padece, todos sus elogios son pocos para alabar y dar gracias al dentista por haberle sacado cuatro dientes, sin haberla despertad

hasta el último. — Ya comprenderán VV., que la señora juró no recurrir á otro cuando le doliesen las muelas.

» Pero pasaron diez años sin haber vuelto á sentir otros dolores. Al cabo de este tiempo perdió á su marido, pero conservó sus demás dientes: era una compensacion. Sin embargo, una mañana que se empeña en comer dulce, siente un dolor agudo en una muela. Se aguanta un poco, pero en vez de calmarse, el dolor aumenta. La muela está cariada, y se presenta una fluxion.

— » Concluyamos de una vez, dice la dama. Busquemos á mi admirable dentista; esta vez solo se trata de un diente... algo abultado, es verdad; pero estoy segura de que me lo sacará sin sentir.

» La señora vive en el campo; apresúrase á ir á Paris, donde vivia su dentista. Tan pronto como llega á Paris, corre á su casa, tapándose la cara con el pañuelo. El portero le dice:

— » Señora, el dentista por quien V. pregunta no vive ya aquí. Salió de Francia para establecerse en Suiza, en Friburgo, donde creo que tiene parientes. Pero el que ha quedado en su lugar es un hombre muy hábil; todas las personas que vienen á verle se

hacen lenguas de su talento, de su habilidad; la señora puede subir, y no saldrá descontenta.

—» ¡Oh! no en verdad, dice la señora, no quiero dirigirme á otro dentista que al que me sirvió la otra vez. Él solo me sacará mi diente sin hacerme daño. ¿Dice V. que ha ido á establecerse á Suiza, en Friburgo? Pues bien, allá voy. ¿No hay quién hace viajes de recreo? Pues bien puedo yo hacerlo por no sufrir.

» En efecto, la dama vuelve á su casa, hace sus preparativos, siempre con su pañuelo aplicado á la parte dolorida de la cara, lo cual debia incomodarla mucho, y ya la tenemos viajando para Suiza en busca de su escelente saca-muelas.

» Luego que llega á Friburgo, se aloja en la mejor fonda del país, y pregunta dónde vive el dentista, cuyo nombre dice. Pero el fondista le responde:

—» No conozco ningun dentista de ese nombre. Por lo demás, tranquilícese V., señora; aquí tenemos hombres de gran mérito que le sacarán á V. una muela antes de que haya tenido tiempo para abrir la boca. No tema V. confiarles su mandíbula.

» Pero la señora no quiere otro dentista que el que ella conoce. A fuerza de recorrer la ciudad, en-

cuentra al fin á una vieja que dice que es Suiza, y le da las noticias siguientes:

—» Ya sé de quién quiere V. hablar... En efecto, ese dentista se hallaba aquí establecido; yo misma fui á su casa: me puso dos dientes falsos, que me tragué comiendo un dia chuletas. Él mismo me lo previno, diciéndome:—«Señora, cuando se tienen dientes falsos, no debe comerse chuletas, porque es muy raro que resistan á esa prueba.»—El tal dentista se aburría mucho en Suiza; casi nadie padecía de la dentadura, y se fué á Italia, creo que á Nápoles, donde debe haberse establecido.

» La señora da las gracias á la vieja Suiza, que la ha puesto en camino de hallar al que buscaba, y ya la tenemos viajando para Italia. Afortunadamente su fluxion empezaba á calmarse algo, si bien no dejaba de molestarla del todo.

Llegado que hubo á Nápoles, se informa de donde vive su dentista; pero aquí no es como en Suiza, aquí todo el mundo le conoce, todos le elogian. Es un hombre que no tiene igual, que no hace daño; al contrario, ¡tiene el talento de hacer reir cuando opera! Sabe una porcion de chascarrillos á cual mas chistosos, y al oírle, hasta se olvida el motivo porque se va á su casa.—Hace reir tanto, que el pa-

ciente abre una boca enorme; y entonces opera él sin que este lo advierta.

» Pero á todos estos elogios, se añade: — «¡Qué lástima que lo hayamos perdido!»

— » ¡Ah! Dios mio! ¿Acaso ha muerto? esclama la señora.

— » No, no ha muerto; pero nos dejó hace seis meses; el clima de Italia era demasiado cálido para él, y no le sentaba bien;... además no le gustaban los *macaroni*, ni los *ravioli*, ni el queso parmesano!... Mucho sintió alejarse de nosotros, pero al fin tuvo que resolverse.

— » ¡Preciso es confesar que tengo desgracia! dice la señora; no encontrar nunca á ese hombre sin igual, despues que corro tras él hace tanto tiempo. Pero, en fin, ¿dónde está ahora? dijo al menos á dónde iba?

— Si, sí, ha ido á establecerse á Inglaterra, en Lóndres; porque en un pais donde la niebla es casi continua, donde llueve, donde siempre hay humedad, parece imposible que no se sufran dolores de muelas. Así lo ha comprendido él, y ha dicho: — «En poco tiempo me haré rico en Inglaterra.» Y además, parece que le gusta el rosbif y el plumpuding, esto es lo que le decidió.

— »Vamos á Inglaterra, dice la pobre mujer volviendo á taparse la cara con el pañuelo. Y se embarca en un buque que se daba á la vela para Southampton; pero la travesía no es feliz: una borrasca, una tempestad, asaltan al buque que lleva á nuestra dama y su cariada muela; vése espuesta muchas veces á perecer, y lo primero que se la ocurre en el momento del peligro es:

— » ¡Tendré que morir sin que me hayan sacado la muela!

» En fin, serénase el tiempo, pasa el peligro, y el buque llega á Southampton. Pero nuestra dama había cogido durante su permanencia en el mar un gran constipado que degeneró en horrible coqueluche.

» De Southampton á Lóndres solo hay veinte leguas. La dama se hace conducir á la capital de Inglaterra... Llega tosiendo como una desgraciada; pero llega, y al informarse de la habitacion de su dentista, le dan inmediatamente las señas.

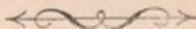
» La señora da gracias á la Providencia; al fin ha llegado al término de su viaje y de sus sufrimientos. Toma un vehículo que la lleva al punto que la han indicado.

» Párase ante la casa del dentista; ve su nombre

escrito en gruesos caracteres encima de la puerta ; ¡ juzguen VV. de su alegría ! Paga con largueza á su cochero ; y ¿ cómo no?... Baja del vehículo , entra en la casa , penetra en la antesala ; pero allí le acomete un golpe terrible de tos , y en este acceso , al espectorar con todas sus fuerzas , escupe la muela que iba á hacerse sacar.

» Tal fué el resultado de los viajes de esa señora. Todo lo cual he referido para probar á VV. que bien se puede hacer ir al doctor Mordicus á Paris , puesto que por tener su dentista , se habian recorrido tantos países ! »

— ¡ Canario ! dice Dupetral , creí que eso iba á ser la continuacion de la historia de Tartenpomme.



XIV.

EL SEÑOR POSTULANT SE SACRIFICA.

Mientras Postulant ha referido la historia de la dama que corre en busca de su dentista, Monignon ha permanecido mirando constantemente al techo, teclando con sus dedos en la silla. La señorita Cunegunda, que se ha quedado á la entrada del salon, se ha apresurado á volver á arreglarse su pañuelo en la cabeza, lo cual hace bastante bien, hasta el extremo de que la señora Riffard deja su sitio y va corriendo á donde está Cunegunda.

— ¡ Con qué gusto se pone el pañuelo esta chica! Diga V., Cunegunda, ¿quién la ha enseñado á hacerse tan bien y tan pronto esa rosa con las puntas del pañuelo?

— Señora, las negras que servian en casa de mi amo el plantador. Esas guachinangas tienen para esto un gusto extraordinario. Preciso es que tengan algo bueno en cambio de su piel de cuero cocido.

— ¿Me enseñará V. á ponerme así el pañuelo, Cunegunda?

— Cuando V. quiera, estoy á su disposicion.

— A propósito, Cunegunda, continúa la señora de Grospré, no nos ha dicho V. quién preguntaba por el médico; ¿es tambien para un parto?

— ¡ Oh! no lo creo, señora; tampoco se me ha ocurrido preguntar... pero en la ciudad hay otros médicos, mandaré llamar al señor Fouillelard... no estará tan malo que deje morir á todos sus enfermos, lo que por otro lado no es extraño, porque es su oficio.

— La persona que ha venido ¿espera todavía?

— Sí señora; abajo está.

— Pero ¿quién es el que envía? de parte de quién viene? No nos lo ha dicho V.

— ¿De parte de quién?... ¡ah!... espere V. No sé

si lo he preguntado... ¡Ah! sí, ya me acuerdo... Es para ir á la casa de las espinacas, á casa del señor Martin.

Al oír pronunciar este nombre, todo el mundo pónese á escuchar con atencion; en todos los rostros se pinta un vivo sentimiento de curiosidad; acércanse á Cunegunda, se interrumpen las conversaciones particulares, y el señor Monfignon cesa su música de tecleo, que constituye su ocupacion favorita cuando no habla.

— ¡Cómo! ¿envian á llamar de casa del señor Martin?... dice la señora de Grospré; de casa de ese oso... de ese extranjero misterioso é impolitico... ¡Por qué no lo ha dicho V. al instante, Cunegunda!

— No se me ocurrió... y además ¡yo no sabia que eso le interesaba tanto á la señora!

— ¡Nos interesa á todos! dice la señora Riffard; porque eso puede ponernos en camino de averiguar quién es ese hombre. ¿No es V. de mi mismo modo de pensar, Monfignon?

— ¡Seguramente! Hasta creo que debe cogerse la ocasion por el cabello, como dice el refran; eso me impedirá concluir de contar á VV. esta noche la historia de Tartenpomme; pero á bien que tenemos

tiempo otro día... al paso que no siempre hay ocasión de tener noticias de ese señor Martin.

— Ante todo, dice el señor Postulant, preciso es saber quién ha venido de su parte.

— ¡Sí, sí! es justo! Cunegunda, ¿quién se ha presentado á preguntar si estaba aquí el señor Mor-dicus?

— Es un jóven... un muchacho de catorce á quince años, una especie de pilluelo...

— ¡Ah! una especie de *granuja!* dice Monignon; ya he visto yo á ese pillastre... tiene una facha bastante descocada...

— ¡No señor! no señor! dice la cocinera; al contrario, se ha presentado con mucha cortesía... y es muy guapito... tiene unos ojos... tres veces mas grandes que los míos.

La reflexion de la criada despierta vivamente la curiosidad de las damas, que esclaman:

— Es preciso hacer subir á ese jóven... nosotras le interrogaremos.

— ¡Sí! le harémos que hable... á su edad... se charla todo, y se dice cuanto se sabe.

— Le sacarémos las palabras del cuerpo, dice el farmacéutico.

— Le harémos que charle cuanto sepa acerca de su

amo... sabrémos por él quién es ese señor Martin.

— Yo me encargo de preguntarle con mucha sagacidad, dice Monfignon. Señora de Grospré, dé V. órden de que suba la persona que está abajo...

— ¿Lo oye V., Cunegunda? diga V. á ese jóven que suba...

— Pero y ¿si no quiere subir?...

— ¿Cómo que no?... No le diga V. que el señor Mordicus no está aquí... sino solamente que se le ruega que suba.

La señorita Cunegunda se aleja, despues de haber tenido cuidado de asegurarse de que su pañuelo no forma ya cuernos. Todo el mundo se acerca, menos los jugadores de piquet y la señora de Valbrun, que no tiene intenciones de tomar parte en el interrogatorio que se proponen hacer sufrir al enviado del señor Martin.

Ábrese otra vez la puerta del salon, y aparece un adolescente. Su figura es fina y espiritual, sus ojos, su sonrisa, toda su fisonomia tiene ese aire de sagacidad que tanto agrada en la adolescencia, sobre todo cuando no va unido á ella el refinamiento procaz adoptado con tanta frecuencia por los pilluelos que quieren hacerse hombres.

Este va vestido con una blusa muy limpia, lleva

en la mano una gorra de paño azul, y saluda con gracia á la reunion diciendo :

— Perdonen VV., ¿está aquí el señor Mordicus?

— ¡Entre V., jóven! éntre V.! no se quede así á la puerta, dice la señora de Grospré.

— ¡Es muy guapo! murmura la señorita Mignonnette.

— ¡En efecto, tiene muy buenos ojos! dice la señora de Breuillet.

— ¡Calla! es un mozo de café! esclama la señora de Beurivage.

— El doctor á quien V. busca no está aquí.

— ¡Ah! entonces VV. dispensen, me voy...

— Espere V. un poco... hay otros médicos en la ciudad...

— Sí, dice Monfignon; pero ante todo se trata de saber quién es el que está enfermo... qué enfermedad sufre, y si hace mucho tiempo que está atacado... en fin, quién es la persona enferma. ¿Viene V. de parte del señor Martin?... ¿Es él el que está en cama?

Mientras el hombrecillo habla, nuestro jóven le examina con atencion, su boca se frunce, una expresion de malicia aparece en sus ojos; y cuando Monfignon deja de hablar, suelta una risotada que

no parece muy del gusto del sabio, que replica :

—¿De qué se rie V. así, jóven imberbe?

— De V., señor.

—¡De mí!... ¿Y en qué he podido provocar esa hilaridad?

—¡Ah! es que le conozco á V.

—¡A mí!... ¿Y á dónde ha tenido V. el gusto de verme?

—He tenido el gusto de ver á V. pegado á la pared de nuestra casa, donde tuve el gusto de verter sobre su cabeza el contenido de cierta vasija... que tuvo V. el gusto de recibir...

El tono burlon del jóven al dar esta respuesta, y el gesto que pone Monfignon, divierten mucho á la tertulia. El farmacéutico lanza una carcajada que raya en insolente.

—¡Ese chico es un pillastre! murmura Monfignon... ya lo dije yo al principio.

—Pero, en fin, jóven, dice la viuda Riffard, en la ciudad hay hombres de talento que pueden reemplazar al señor Mordicus. ¿Está enfermo el señor Martin?

—No señora, no es él.

—Entonces, ¿es alguno de su casa?

—Si señora.

— ¿Es V. su criado?

El adolescente permanece un momento sin responder, y luego dice al fin:

— Soy su cajero.

— ¡Su cajero!

Y todo el mundo se mira, sorprendido con esta respuesta. El señor Liroquet murmura: — « ¡Su cajero!... ¿Luego entonces ese señor tiene una caja?... ¿Y qué es lo que hace?... ¿Es banquero, negociante, agente de negocios?... En fin, ¿qué hace?

— Hace lo que quiere, señor.

— Ese no es un estado. ¿Con qué es rico ese señor Martin?

— Lo ignoro, señor... ¡nunca se lo he preguntado!

El tono burlon con que responde el adolescente hace comprender á la reunion que no sacará de él las noticias que esperaba. De pronto, levántase el señor Postulant, como si estuviese inspirado, y dirigiéndose al jóven, le dice:

— Amiguito, yo soy farmacéutico, conocido ventajosamente en esta ciudad, de lo cual me vanaglorio; he inventado un elixir que hace maravillas; es bueno para casi todas las enfermedades; hasta he curado personas que ya habian sido abandonadas de los médicos. Ahí está todo el mundo que puede decir á V.

que no digo mas que la verdad. Además, sabido es que generalmente los farmacéuticos están obligados en cierto modo á ser algo facultativos, porque todos los dias van á consultarles personas indispuestas. Digo á V. todo esto para hacerle saber que en caso de necesidad puedo reemplazar á un doctor. Y puesto que el señor Mordicus no está aquí, y que tampoco está en el pueblo, porque ha ido á Paris á asistir á un parto, ofrezco á V. mis servicios y estoy pronto á acompañarle á casa del señor Martin para prodigar mis cuidados á la persona enferma.

El jóven parece reflexionar; una sonrisa maliciosa se dibuja en sus labios, y al fin responde:

—Pues bien, señor, ya que es V. tan amable, que quiere tomarse esa molestia, venga V. conmigo y veremos si puede curar á nuestro enfermo.

El señor Postulant echa una mirada de triunfo á la reunion; abotónase su leviton, busca su sombrero, y se tienta los bolsillos exclamando:

—No me he traído ni un solo frasco de mi elixir, y tal vez necesite hacer uso de él... Pasar ahora por uno á mi oficina de farmacia seria perder mucho tiempo, puesto que está en el extremo opuesto á donde tenemos que ir... Señora de Grospré, V. debe tener uno, que hace poco le traje...

— Sí, sí, yo tengo un frasco que apenas está empezado...

— Hágame V. el obsequio de dármelo, le traeré otro mañana.

La bella Febé corre á buscar su frasco de elixir, que entrega al farmacéutico. Entonces este dice dirigiéndose al adolescente:

— Baje V., jóven, ya le sigo.

Después, parándose á la puerta del salon, se vuelve hácia los tertulianos diciendo:

— ¡Creo que lo que hago es bastante sagaz! voy á conocer á la persona que está enferma en casa del señor Martín; voy á ser introducido en la guarida del oso; veré, espiaré, observaré... ¡Esperen VV. todos mi regreso, porque es probable que entonces traiga cosas curiosas que contar!...

— Sí, sí, responden por todas partes... esperaremos á V... ¡Oh! no nos moveremos de aquí hasta que V. vuelva, aunque tuviésemos que pasar toda la noche esperando!

— Está bien; convenido, convenido.

Y el señor Postulant corre á reunirse al adolescente de blusa, que ya está abajo.

QUIEN ERA EL ENFERMO.

— ¿Saben VV., dice la señora de Postulant después de irse su marido, que la acción de mi esposo es heroica!

— ¡Heroica! responde Monfignon, ¿por qué?... ¿Quiere V. hacer el gusto de decirme qué heroísmo hay en que un farmacéutico vaya á visitar á un enfermo á falta de un médico?... Eso se ve todos los días.

—Pero no con las mismas circunstancias, caballero; en primer lugar, ya es de noche; despues, que esa casa de las espinacas tiene muy mala fama; luego, que él no sabe á casa de quién va... Siento que no haya llevado su baston... ¡Pero nadie preve lo que puede suceder!...

—Permítame V. le[haga observar, señora, dice Clementina sonriendo, que el chico que acaba de venir... porque es casi un niño, no tiene el aire de un bandido, y se puede ir con él sin desconfianza.

—Señora, los malhechores, la gente mal intencionada, se sirven algunas veces de jóvenes de aire cándido é inocente para hacer caer en el lazo á las personas que quieren dejar en cueros.

—¡Cáspita! dice la señora de Riffard, si el señor Postulant viniese en cueros... ¡qué cuadro!

—¡Oh! no temo por él! dice la señorita Mignonnette; el jóven era tan guapo!

—¡Y van dos veces que lo dice V.! murmura Dupetral dando con el pié á la silla de la sobrina del notario.

—Mientras Postulant vuelve, dice Monfignon, lo cual puede prolongarse, porque un boticario suele ser llamado para muchas cosas, si la reunion lo de-

sea, concluiré de referirle las aventuras de Tartenpomme.

Esta proposición es acogida con un murmullo poco halagüeño, y para que Monignon no lo oiga, la señora de Grospré se apresura á decir al poeta :

—No, mi querido Monignon, no; en este momento estamos demasiado preocupadas con otra cosa; otro asunto ha despertado en alto grado nuestra curiosidad, y no le escuchariamos bien. Nos concluirá V. á Tartenpomme en mi primera tertulia.

—A la que me guardaré muy bien de venir, dice para sí Dupetral.

Pasa un cuarto de hora, despues veinte minutos, luego veinticinco, y el farmacéutico no vuelve.

—Ustedes dirán lo que quieran... pero yo estoy inquieta, esclama la señora de Postulant paseándose con agitacion; y si dentro de media hora no ha vuelto mi marido, iré á buscarlo.

—Nosotros acompañarémos á V., señora, dice Dupetral.

—Sí, sí, irémos todos, añade Monignon; pero llevaremos armas, porque no se sabe lo que puede suceder.

—¿Cuánto tiempo se necesita para ir de aquí á la casa de las espinacas?

— Unos diez minutos.

— Y ya hace mas de media hora que se fué... ya ven VV. que deberia estar de vuelta.

Pasan otros cinco minutos, cuando al fin se abre la puerta del salon, y aparece el señor Postulant.

— ¡Se ha salvado! se ha salvado! esclama su mujer.

— ¡Oh! gracias, Dios mio! añade Dupetral; no hay que olvidar las palabras consagradas en el drama.

— ¿Y bien?... — Y bien, ¿qué noticias hay?... — ¿Qué ha visto V.?... — ¿Y el enfermo?

Tales son las preguntas que por todas partes se dirigen al farmacéutico, que parece humillado y de mal humor. Se adelanta en medio del círculo y esclama al fin:

— ¡El enfermo era su asno, y no he visto mas que la cuadra!... Ya comprenderán VV. que entonces eché á correr... sin preguntar una palabra más. Señora de Grospré, aquí tiene V. su elixir; no me ha servido.

Todo el mundo está consternado. Sin embargo, algunas personas se rien á escondidas, y Monfignon es de este número; porque goza con el chasco del farmacéutico.

— Segun veo, dice la señora de Valbrun dirigiéndose á su prima, es probable que se vea V. obligada

á preguntar al señor Fremont para saber quién es ese señor Martin.

—Nada de eso, mi querida prima, porque, como he dicho á V. antes, no debe tenerse confianza alguna en lo que dice el señor Fremont. Cuando se le fué á preguntar á quién habia alquilado la casa de las espinacas, dijo á unos: «¡Es un gran personaje que se oculta!»—A otros: «Es uno que tiene sus razones para huir del mundo...» Y á otro: «Es un misterio que no puedo revelar.»

—A mí, dice el señor Liroquet, me respondió... con un tono bastante singular: «V. lo conocerá posteriormente.»

—¡Oh! pues yo he sido mas malicioso que VV., dice Monfignon acariciándose la barba; yo he ido directamente á Fremont, y le he dicho:—«Su amigo de V. el de las espinacas... no, el individuo que ha alquilado la casa de las espinacas, lleva un traje muy singular; ¿de dónde viene con ese sombrero á lo *bandolero*?» Entonces Fremont, que no se esperaba verse interpelado tan bruscamente, se rascó la oreja y me respondió:—«¡Eso es lo que no se ha podido saber nunca!»

—Ya ve V., bella prima, que las respuestas del señor Fremont no nos han dado luz de ninguna cla-

se. Pero paseándonos un día por el lado de la casa habitada por ese Martin, no tardamos en verle; ¡ es un hombre horrible !

— ¿ Tan feo es ?

— No, feo no; ¡ pero tiene un aspecto !... dice la señora Breuillet. Yo acababa de leer justamente los *Mohicanos de Paris*, de Alejandro Dumas, y dije para mis adentros : — « ¡ Ese debe ser uno ! »

— Lo que yo no puedo comprender, dice Sautrond, es su pantalon de cuadros grandes á guisa de embudo; ¡ que no sé qué ventaja tenga ! En cuanto al sombrero... á fé mia que si se hiciese de moda, lo adoptaba inmediatamente... Tiene mas gracia que los nuestros.

— ¡ Ah ! señor Sautrond, no diga V. eso... es un sombrero horrible, y que oculta toda la cara !

— ¡ No me lo echaria á los ojos como ese señor !

— En fin, dice la señora de Valbrun, ¿ ese señor Martin es joven ó viejo ?

— ¡ Lo ignoro á fé mia !

— Yo creo que es viejo.

— Yo le he visto, y me ha parecido jóven.

— Pues á mí se me figura que ni es muy jóven ni muy viejo.

— Dice V. que huye de la gente, y el señor Mon-

fignon nos ha dicho, si no recuerdo mal, que se veia entrar en su casa á muchas personas que despues no salian.

—Justo; pero lo que hemos querido decir es que huye de nosotros, de nuestra sociedad. En cuanto á las personas que van á su casa, y que sin duda llegan de Paris, tienen una facha bastante singular.

—Yo ví un dia entrar en su casa un chico de blusa, de catorce á quince años.

—Seria el que estuvo aquí hace poco.

—No, era otro.

—Entonces era un *granuja*.

—No afirmaré que era un *granuja*; pero tenia el aire de un pillastre. Iba comiendo cerezas y arrojando los huesos á todo el que pasaba. Al ver que yo me habia parado para verle entrar, me sacó la lengua, y me lanzó un hueso de cereza que por fortuna no me dió.

—¡Qué gente, Dios mio! qué gente!

—Vi á una señora bastante linda que llevaba un saco de noche, como ahora se estilan, y que parecia contener muchas cosas. Y dije para mí: esa señora que baja del ferro-carril ¿á dónde irá?—Iba muy bien puesta... Empecé á seguirla... Ya iba á ponerme á su lado á fin de ofrecerle mis servicios, como debe

hacerlo todo hombre galante que ve llegar á sus muros á una extranjera...

— Muy bien, muy bien, señor Liroquet, ya se sabe que V. es aficionado al bello sexo... Continúe V.

— Cuando, en el momento de llegarme á ella, la oigo cantar... ¿y qué dirán VV.?... ¡la cancion del *Mirliton!*

— ¡Ah! qué horror!

— Francamente, confieso que esto me detuvo. Acorté el paso, y á poco rato ví entrar á la dama...

— ¿En la casa de las espinacas?

— No, en casa del señor Fremont; pero en seguida volvió á salir con él, y ambos fueron á casa del oso.

— ¡Una mujer que canta el *Mirliton!* ¡Dicho se está quién puede ser!

— ¡Pero en Paris todo el mundo canta eso! dice Dupetral.

— ¿Quiere V. callar, jóven?... ¿Querrá V. hacernos creer que por las calles de Paris va á cantar el *Mirliton* una señora distinguida? Repito que ese Martin recibe gente de baja estofa; diré más, gente sospechosa.

— ¿Y ese asno? esclama Monfignon. ¿Ese asno en el que ha vuelto á su casa esta mañana?... ¿Qué querrá hacer de él?

— Querrá hacer un caballo, probablemente.

— Verdad es que casi es un mulo; es magnífico. Debe ser un asno árabe.

— ¿Pues qué, hay asnos árabes?

— ¿Y por qué no ha de haberlos... puesto que en ese país hay caballos muy famosos? El señor Postulant que hace poco lo ha visto, puede mejor que nadie decirnos cómo es.

— Gracias, yo no lo he mirado; ¡todavía estoy corriendo!...

— En fin, dice sonriendo la jóven viuda, nadie mas que V. ha hablado con ese señor Martin, y ¿no sabe cómo se espresa?... ¿Acaso no lo juzga V. mas que por las apariencias?

— Sin embargo, mi querida prima, me parece que cuando se reune contra uno tal cúmulo de apariencias, bien puede uno permitirse juzgarle.

— Además, bella señora, dice el poeta tratando de tomar un aire á la vez espiritual y gracioso, ¿cómo quiere V. que se hable con ese señor, que vuelve la cabeza cuando se le mira, ó que acelera el paso cuando se le quiere alcanzar?

— Yo creo que tiene una nariz postiza, esclama la señorita Mignonnette; una de esas narices que se ponen en carnaval los que se disfrazan.

— ¡Oh! eso seria demasiado! dice la señora de Riflard; ¡servirse en nuestra ciudad de una nariz postiza!... donde no hay nada postizo!...

— ¡Escepto el pelo, los dientes, y alguna que otra cosa! dice por lo bajo Dupetral á Sautron, que murmura:

— Ahora se van á estilar zapatos de punta.

La tertulia continúa hablando algun tiempo del señor Martin, que ocupa tanto á los amigos del señor Grospré, que hasta se olvidan de jugar su partida de wisht ó de boston.

En fin, despídense del destajista y de su cara mitad, y al hacerlo de su linda prima, lo hacen con cierta socarronería, porque esta ha dicho: *el lugaron*, al hablar del sitio donde ha ido á habitar.

XVI.

TERRORS NOCTURNOS.

Es la una de la madrugada; todo el mundo está acostado en la ciudad; no diré á VV. que todo el mundo duerme... porque no me consta. De pronto, un rumor bastante extraño viene á] turbar la calma habitual de la ciudad, despierta á los que duermen, y hace poner en guardia á los que están despiertos. A poco, aumenta el ruido en vez de cesar; los habitantes se restregan los ojos, se incorporan en la cama; otros se levantan del todo y se acercan á las

ventanas para tratar de conocer la causa del ruido que turba su reposo.

— ¿Ha oído V., Grospré? dice Febé, que no hace como su patrona y se acuesta con su sol.

Pero el sol dormía profundamente, y no parece dispuesto á responder á la luna. Impaciente esta, decídese á pellizcar á su supuesto hércules, que hace oír un gruñido bastante pronunciado, murmurando:

— ¿Y bien, qué?... qué hay?... por qué me pellizas?

— Nada, nada, sosiéguese V., no es por... por lo que V. pudiera suponer... ¡Libreme Dios! ¿Pero no oye V.?... ¡Algo extraordinario pasa... creo que están tocando generala!...

— ¡Generala! ¿Y quién ha de tocarla, si aquí no tenemos gnarnicion?...

— ¿Pero no puede tocarla el tambor de la guardia nacional?

— Qué, si está roto, es preciso que compren uno nuevo.

— ¡Ah! escuche V... el ruido se acerca...

Aquí se vuelve el señor Grospré, y al hacerlo deja oír un ruido tan sonoro, que casi cubre el de la calle: indignada Febé, deja el lecho nupcial y esclama:

— ¡ Ah! para eso sirve V. ahora!!...

El destajista responde algunas palabras... muy sentidas... sobre las cosas de que no siempre es uno dueño de dominar, y luego, en vez de levantarse, se vuelve del otro lado y se echa á dormir.

Apresúrase la señora á abrir la ventana, y se acerca á ella respirando con placer el aire libre.

La noche era hermosa; la luna, medio velada por las nubes, aparecía por momentos para alumbrar las calles de la ciudad ordinariamente tranquilas; el aire era tibio, se podía, pues, sin temor ponerse á su ventana en el simple traje *de una belleza que acaban de arrancar al sueño.*

Por esto muchas personas estaban en sus ventanas, en conversacion con sus vecinos de enfrente ó de al lado.

— ¡ Ha oido V., vecina? dice la señora de Riffard, cuya casa estaba frente por frente á la de Grospré y que acababa de ponerse una bata y correr á su ventana.

— ¡ Ay! sí, vecina! ¡ He oido una porcion de cosas!... pero no puedo decir lo que es... es decir, no... ¡ Ya ve V. lo conmovida que estoy!

— ¡ Pues y yo! En un tris ha estado que no derribase la mesa de noche... tanto mas, cuanto que

mi criada Mónica, me despertó de repente gritando: — «¡ Señora! que hay jarana en las calles! Todo el mundo grita: — ¡Detenedle! detenedle! y luego echan á correr! — Entonces dije: — ¡ Si tendremos revolucion!... » ¡ Pero cuando se ha tenido cuatro maridos, no se asusta una fácilmente! Me puse la bata y me levanté... ¿ Y el señor Grospré duerme todavía?

— ¿ Mi marido? He querido despertarle... pero creo que se ha vuelto á dormir... y juro á V. que no intentaré despertarle otra vez. Parece que por ahora ha cesado el ruido. Sin embargo, quisiera saber lo que habia sido.

— Espere V... escuche... juraria que vuelven á empezar...

— ¡ Ah! sí... Dios mio! ya oigo el galope de los caballos...

— ¡ Y gritos!... Han dicho: ¡ Eh!... eh!...

— ¿ Si serán cosacos?...

— No estamos en guerra con Rusia; ¿ de dónde quiere V. que vengan?...

— ¡ En mil ochocientos quince alojaron á muchos aquí... no tuviera nada de extraño que hubiesen quedado algunos ocultos en las cercanías!

— ¡ Anda... anda!... entonces no serian muy jóvenes... ni muy peligrosos!

— Ahora está el ruido en la calle inmediata...
¡ Ah! ve V. á uno en la calle!

— ¡ Señora!... no tema V. nada... soy yo... Mon-
fignon!

En efecto, era el poetilla, que en su afan de levantarse por saber la causa del ruido que se oía, solo se habia puesto un pantalon y un paletó atándose alrededor un pañuelo á guisa de cinturon; se habia encasquetado su chacó sin pensar en quitarse el pañuelo que tenia atado á la cabeza; despues se habia apoderado de su fusil de guardia nacional, y no habiendo podido coger el sable, habia echado mano de las tenazas, diciendo:

— Siempre es un arma de fuego.

Nuestro poeta se habia lanzado á la calle con este equipo. Como en su casa no habia portero, él mismo habia abierto la puerta falsa que daba á la calle; pero en el momento en que aparecia en su dintel, pasaba al galope un animal, perseguido por tres personas, que al mismo tiempo que hablaban, iban gritando:

— ¡ Detente! Anacreonte!..... ¡ Ah! pícaro! bribon!... detente! ¡ Va á hacernos correr toda la noche!... detente!... ¡ Si pudiésemos asustarlo!...

Estas palabras iban seguidas ó acompañadas de

grandes risotadas, despues de palmadas, y todo esto pasaba rápidamente.

Al ver huir á galope un animal, al ver que los hombres corrian y gritaban, Monfignon retrocede hácia su casa y cierra la puerta. Cuando se aleja el ruido, vuelve á abrir su puerta, sale como un héroe de su casa, y despues de haberse asegurado de que no hay nadie en la calle, lánzase á ella gritando:

— ¡A mí! á las armas! la ciudad está infestada de bandidos! ¡Despertad, mis queridos conciudadanos! no os dejeis sorprender durante vuestro sueño!

Y así es como nuestro hombre llega delante de las ventanas de las señoras de Grospré y de Riffard.

— ¿Qué hay, mi querido Monfignon? ¡Por favor, oriéntenos V.! dice la viuda Riffard inclinándose hácia fuera desde su ventana con tanto abandono, que una parte de sus encantos escápase de su bata y parece que quiere irse hácia la calle.

— ¡Qué hay, señoras! no quisiera asustar á VV.; pero estamos en peligro... en mucho peligro.

— ¡Ah! Dios mio... ya me lo figuraba yo!

— Una horda de bandidos á caballo recorre la ciudad á todo galope, con intencion probablemente de ponerla á sangre y fuego...

— ¡Ah! ¿ha visto V. á esos miserables?

— Es decir... en el mismo momento en que yo abría la puerta de la calle, pasaron por delante de mí, vociferando, gritando, ahullando!...

— ¿Y son muchos?...

— No tuve tiempo para contarlos... ¡iban tan de prisa!... pero, por el ruido que hacían, lo menos debían ser unos veinte...

— ¡Somos perdidas!... ¡Este bravo señor Monfignon se ha atrevido á salir... no ha temido esponerse!

— Sí; pero yo quisiera refuerzo... no puedo hacer frente solo á una horda de bandidos... Despierten VV. al señor Grospré... él es sólido... y luego... con su estatura es capaz de asustarlos á todos

— No seré yo la que despierte á mi marido... ya lo he intentado una vez... y no me han quedado ganas... ¡si supiesen VV. cómo me respondió!... no quiero volver á esponerme á otro... ex-abrupto... Además, mi marido no es tan sólido como V. cree...

— Pero, dice la viuda Riffard, si esos bandidos tienen intención de sorprendernos en nuestro sueño, ¿por qué van alborotando de modo que se les oiga en veinte leguas á la redonda?

— Esa debe ser una táctica suya... deben tener su objeto... ¡Ah! ahí viene uno... ¡Quién vive!

—¿Cómo, quién vive?... ¡Eso mismo digo yo!...
¿Quién vive? responda V., ó hago fuego.

Y esto diciendo, el señor Postulant, vestido con una especie de bata y una gorra, desembocaba por la calle inmediata, llevando en la mano, á guisa de fusil, una enorme jeringa que habia cargado, no con pólvora, sino con agua de malvas, de que siempre habia provision abundante en su botica para los casos imprevistos.

—¡Calla! es el señor Postulant! esclama algo tranquilo el poetilla.—¿Ha visto V. á los malhechores?

—¡Yo no he visto á nadie! pero he oido á V. que gritaba:—«¡A mí! á las armas!» Entonces me he levantado, á despecho de mi mujer, que no queria dejarme salir...

—¿Y quiere V. hacer fuego con ese instrumento higiénico?

—¡Qué diablo! Cogí lo primero que hallé á mano... Menos pesado es que un mortero... ¿Con que hay ladrones?... ¿Dónde están?...

—En este momento recorren la ciudad á todo galope...

—¡A galope!... ¡Qué cosa tan rara!

—Seria preciso que despertásemos al alcalde.

—El alcalde no está aquí, ha ido por tres dias á

Paris para aprender á jugar en una mesa de billar sin troneras.

— Pero... ó yo no entiendo una palabra, ó creo que V. ha soñado con ladrones, señor Monfignon.

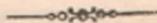
— ¡Soñado! soñado!... pregunte V. á estas señoras si no han oido el ruido que han hecho esos desalmados.

— ¡Sí!... sí!...

— ¡Ah! yo he oido muchas cosas! dice Febé alzando al cielo los ojos.

En este instante óyense hácia el fin de la calle pasos precipitados.

El señor Monfignon cruza la bayoneta, y el farmacéutico se dispone á hacer frente con el cañon de su jeringa.



XVII.

NUEVO REMEDIO CONTRA LOS DESMAYOS.

—¿Quién vive?—¿Quién vá? gritan casi al mismo tiempo los dos centinelas, mientras la señora de Riffard, queriendo secundar á sus defensores, va á buscar dos cacerolas de cobre y se dispone á cubrir una con otra, absolutamente como si fuesen cimbalos, y preludiando esta música con enérgicos juramentos.¶

Una voz temblorosa responde :

— No hagan VV. fuego... en nombre del cielo... soy yo... amigos... ¡ soy Liroquet!

— ¡ Es Liroquet! En ese caso, avance V. á la órden.

El viejo celibato lleva un traje mucho mas caprichoso que el de las dos personas á quienes se reúne. En su turbacion, y aterrado con la voz de alarma del señor Monfignon, ha olvidado ponerse los pantalones; pero en cambio se ha atado á la cintura el delantal de su criada, y se ha puesto en la cabeza el gorro que esta lleva habitualmente; despues se ha echado una capa sobre sus hombros, y ha tomado su baston, que empuña á guisa de lanza.

¿Cómo se hallaban en la alcoba del señor Liroquet el gorro y el delantal de la criada?... Misterios son estos que no procuraremos profundizar.

El solteron está tan asustado, que apenas puede hablar.

— Señores... mis queridos amigos... ¿saben VV. qué peligro nos amenaza?

— Sabemos que algunos vagabundos van galopando por nuestra ciudad, y solo pueden tener malas intenciones...

— ¡ Calla! esclama el farmacéutico, el señor Liroquet se ha disfrazado de mujer!

— ¿Qué quiere V.? En mi turbacion, en mi preci-

pitacion, me puse en la cabeza lo primero que hallé á mano... Señores, los bandidos han pasado por mi calle... y ¿saben VV. lo que han dejado á su paso?... ¡fuego!

—¿Fuego?

—Sí, sí, fuego; yo lo he visto... Vienen á poner fuego á la ciudad para robarnos en seguida á favor del desórden.

—¡Ah! por vida del Dios Baco!

¡Bum!...

La señora de Riffard, al saber que quieren poner fuego, empieza á tocar sus cacerolas, lo cual produce un ruido tan agudo, tan sonoro, que parece el toque de rebato. La señora de Grospré ha lanzado un grito terrible. Los tres hombres que están en la calle, dan cada uno un salto espantoso. Monfignon ha dejado caer su fusil, el señor Liroquet pierde la gorra de su criada, y el señor Postulant, que ha empujado involuntariamente su jeringa, envia un chorro de agua de malvas á Febé.

—¡Dios mio! ¿Qué ruido es ese? dice Monfignon recogiendo su fusil. ¿Han tirado algun cañonazo?

—No... no... he sido yo con mi cacerola, dice la señora Riffard. Tomé esto para asustar á los bandidos si se acercaban.

— Pues ha sido muy buena idea. Con eso despertará V. á media poblacion. Es verdaderamente como si tocasen á rebato.

— Y cuando todo el mundo esté despierto, los bandidos no se atreverán ya á incendiarnos... á prender fuego á todas partes.

— ¡Fuego! dice la señora de Grospré tentándose la ropa... Pues, señor, no lo entiendo... ¡Yo estoy toda mojada!

— Señora de Riffard, dé V. algunos cacerolazos; con eso recibiremos refuerzo probablemente.

— Con mucho gusto, señores, con mucho gusto. ¡Ah! verán VV. cómo toco el instrumento!

Efectivamente, nuestra marimacho se pone á armar un infernal ruido con sus muebles de cocina; toca con tanto ardor, qué aturde á todos los que están presentes. Llegan muchos habitantes, las mujeres en enaguas blancas, los hombres en calzoncillos; pero como es verano, afortunadamente para todos, se libran nuestros héroes de pescar una pulmonía.

El ruido es tan fuerte, que esta vez despierta al antiguo destajista, el cual se levanta medio aturrido exclamando:

— ¡Qué diablos de cencerrada nos están dando

ahora! ¿A qué viene eso, si ayer no se ha casado nadie?

— ¡Oh! no ciertamente, dice Febé.

Encantado Monfignon de ver que llegan los habitantes, se dispone ya á colocarlos en caballos de frisa en medio de la calle; pero el ruido bacanal que hace la señora de Riffard impide que se oigan sus voces de mando; le grita á esta señora que haga el favor de no tocar mas sus cacerolas; la viuda no oye al poeta y continúa tocando su música con un vigor que la hace acreedora á una plaza de timbalero en la orquesta del Circo.

Numerosas risotadas vienen á cambiar la escena; es el gran Dupetral que no puede contener la risa al ver los trajes de todos sus vecinos, y les dice:

— ¿Pero qué diablos teneis? ¿Qué significa ese ruido que hace la señora de Riffard en su ventana?... Parece que está llamando la gente como los saltimbanquis... ¿Y ese fusil?... y esa jeringa?... y esas ropas menores?... ¡Já! já! já!... ¿Estamos ya en carnaval?...

— ¡No se ria V., jóven!... no hay motivos para reir! responde Monfignon echando hácia atrás su chacó y las puntas de su pañuelo. V. ignora sin duda

que algunos incendiarios recorren la ciudad á caballo, sembrando el incendio en su camino!

— ¡Incendiarios!... ¡Por aquí!... ¿Á dónde los ha visto V.?... Lo que es yo, no he visto mas que al inquilino de la casa de las espinacas... á ese señor Martin, que en compañía de dos amigos suyos persigue á su asno que se ha escapado de la cuadra provisional donde le habian puesto, y se divierte en galopar por las calles de la ciudad... ¡No sé qué remedio le ha administrado el señor Postulant á ese asno, que parece le ha aplicado al vientre una cantárida de fuego!

Estas palabras hacen disminuir el terror que aparecia impreso en todos los rostros. La misma señora de Riffard deja de tocar las cacerolas para prestar atencion.

— ¡Pero y ese fuego, señor mio! y ese fuego que dejan á su paso! esclama el señor Liroquet; yo mismo lo he visto en el pavimento!

—No diga V. disparates; lo que hay es que esos señores iban fumando al mismo tiempo que corrian tras el asno, y habrán arrojado algunas puntas de cigarro al tiempo de perseguirlo, como sucede á los fumadores muchas veces.

Esta esplicacion acaba de disipar el terror de las

personas que han acudido al ruido de las cacerolas. Hombres y mujeres vuélvense á acostar diciendo:

— ¡Pues no valia la pena de haber hecho ese ruido infernal y despertar á todo el pueblo por un asno que rompe su ronzal!

— Y el señor Monfignon que grita: — ¡A mi! á las armas! ¡Eso lo ha hecho para burlarse de nosotros!

— ¡Que pida otra vez socorro! ya verá si me incomodo!

— No importa, el viejo Liroquet estaba delicioso en ropas menores con su delantal de cocina y su capa.

— ¡Y se puso el gorro de su criada, que le servia de red para que no se le escaparan los pocos pelos que tiene!

— ¡El gorro de su criada!... ¡Hola!... hola!... hábrase visto el viejo seductor! ¿Cómo lo tenia tan á la mano?...

— Ahí verá V...

— ¡Y el señor Postulant que coge una jeringa!... ese si que estaba en su elemento!... ¡já!... ¡já!... ¡já!...

Las tres personas á quienes alude este discurso hacen como que no oyen y se quedan en la calle esperando que todo el mundo se aleje. Además, Mon-

fignon se niega á creer las esplicaciones dadas por el jóven Dupetral. Continúa paseándose, con el fusil al hombro, de casa de los Grospré á la de la señora de Riffard, diciendo:

— Lo que es esa no cuela; á mí no se me hace creer que solamente un asno hace tanto ruido. Dupetral lo ha querido arreglar á su modo; yo no me convenzo hasta que vea... á los delincuentes.

— Vamos á ver, ¿está V. satisfecho?... dice el jóven Dupetral; ahí viene el asno justamente; mírelo V. como galopa hácia aquí... parece que no han conseguido atraparlo...

El ruido del galope del animal hace estremecer de nuevo al señor Liroquet; pero Monfignon que, gracias á la luna, ve que verdaderamente no se trata mas que de un asno, se coloca en medio de la calle y apunta con su fusil exclamando:

— ¡Pardiez! yo detendré á ese maldito animal que así turba nuestro sueño; yo enseñaré á esos señores que sin su ayuda puedo mas que todos tres, y soy mas listo que todos ellos!

La situacion se vuelve palpitante de interés: el señor Liroquet y el farmacéutico se arriman á las paredes de la casa, conservando siempre este último su jeringa apuntando hácia adelante; el jóven em-

pleado en la alcaldía tambien se oculta riendo al otro extremo de la calle: las señoras de Riffard y de Grospré continúan en sus ventanas con el cuerpo inclinado hácia adelante, y la viuda tiene aun en la mano las dos cacérolas que ha utilizado con tanto éxito; en fin, en medio de la calle aparece Monfignon, que al principio se ha puesto de pié, apuntando con el fusil; pero que despues se baja y se encoge á medida que se va acercando el asno, hasta que al fin se encuentra casi contra el suelo cuando el animal solo está á algunos pasos de él. La señora de Riffard, por un esceso de celo, y creyendo que el poeta está en peligro, empieza á tocar las cacérolas, esperando que esto asustará y detendrá al animal. En efecto, este ruido inesperado espanta al jumento, que en vez de detenerse, lánzase con nuevo vigor, y salta por encima de Monfignon, que se ha echado por tierra enteramente.

Pronto los tres personajes que persiguen á Anacreonte corren tambien y saltan igualmente por encima del desdichado poeta, que yace tendido en medio de la calle, y al cual sin embargo tienen cuidado de no tocar.

— ¡ Ah! es así como V. detiene los asnos! dice Dupetral acercándose á Monfignon; no valia la pena

de que se pudiese V. en medio de la calle para que pasara todo el mundo por encima de V.

Monfignon no chista una palabra, pero tampoco se mueve.

— ¡ Ah! Dios mio! está herido! esclaman los señores Postulant y Liroquet.

— ¡ Herido! dicen á su vez las dos damas... Esperen VV... vamos á bajar... les ayudaremos en lo que podamos.

— Traiga V. mi elixir, si lo tiene, dice Postulant; haré que trague algunas gotas, y esto lo reanimará en seguida.

— ¡ Pero si no puede estar herido! dice Dupetral. ¡ He seguido al asno con la vista... y noté que saltó por encima sin tocarle, como alma que lleva el diablo!

Las dos damas llegan en un *negligé* autorizado por la circunstancia. Febé lleva debajo del brazo un frasco de agua de Colonia, otro de vinagre de Bully, y en la mano otro de agua de melisa.

La viuda Riffard, en su precipitacion, habia traído una botella de aniseta y una piedra pómez, con un pedazo de queso de Roquefort, envuelto en un papel.

Rodean al hombrecillo, que se obstina en permanecer echado en el suelo. La señora de Grospré lo

rocía con agua de Colonia; la señora de Riffard da vueltas á su alrededor, ofreciéndole frotarle con su piedra pómez, y el señor Postulant no cesa de exclamar:

— Si necesita mi elixir... ¡ah! si tuviéramos aquí mi elixir... ya hubiera vuelto en sí!

Pero Dupetral, que acaba de acercarse á la señora de Riffard, exclama de pronto:

— ¡Ah! señora, ¿qué trae V. ahí en ese papel?... ¡Qué olor tan fuerte despide!

— No sé... ahora lo veremos... cogí cuanto hallé á la mano... creí que en este papel habia un poco de alcanfor...

— Qué disparate, señora... eso no es alcanfor... A ver... permítame V...

Dupetral toma el papel, lo desenvuelve, y ve que su contenido es un pedazo de queso de Roquefort, en el que los gusanos habian buscado alojamiento. Suelta una carcajada, y luego, acercándose á Monfignon, separa de allí á Febé que se obstinaba en inundarlo de agua de Colonia, diciéndole:

— Perdone V., señora, creo que lo conseguiré mejor que VV.

Y medio levantando la cabeza de Monfignon, coloca debajo de su nariz el pedazo de queso de Ro-

quefort. Casi instantáneamente levántase el poeta exclamando:

— ¡Canario! qué demonios me han dado VV. á oler!... eso es espantoso!... es un veneno!... ¡Quítenlo VV. de mi vista... si es peor que cloroforno!

— Para que vea V. si tenia yo razon en emplear ese queso, puesto que le ha devuelto en seguida el uso de la palabra.

— ¡Queso! servirse de queso para hacer que uno vuelva de un desmayo!... ¡Vaya, vaya, eso no es nada poético!

— Es verdad, pero en cambio es muy enérgico; y si no vea V. si su efecto ha sido rápido.

— ¿Está V. herido, mi querido Monfignon?

— No sé; pero debo estarlo, señora.

— ¿Y en dónde, querido amigo?

— ¡Dios mio!... en el lado izquierdo sobre todo es donde sufro. ¡Ay!... ese asno habrá pasado por encima de mí!...

— No, no... no le ha tocado á V... no ha hecho mas que saltar.

— Entonces habrán sido los imbéciles que lo seguian.

— Tampoco... yo los he seguido... con la vista.

—En fin, lo cierto es que sufro mucho del costado izquierdo.

Vuélvese Monfignon, y entonces se ve el par de tenazas que desde su cintura se han ido internando por su pantalon, y al volverse lo ha hecho de modo que presenta los ángulos en sus costados.

—¡Pardiez! si cayó V. encima de ese instrumento, no es estraño que se hiciese V. daño, dice Dupetral sacando las tenazas. ¿Pero por qué se le ocurrió á V. la idea de apoderarse de ese chisme de cocina?...

—¡Qué quiere V. !... no hallé el sable á mano... y cogí eso por traer algo que me sirviera de defensa. En efecto, creo que me han lastimado el costado izquierdo... y no estaría de más que me metiese en cama... pero no sé si podré andar... esas malditas tenazas se me han metido en el costado.

—Le daré á V. el brazo, y le acompañaré á su casa, dice Dupetral.

—Muchas gracias... acepto su oferta. ¡Ah! señoras, qué noche tan terrible! que siempre ha de ser ese maldito Martin quien tenga la culpa de todo!... porque sea él ó su asno, lo mismo da.

—Vaya V. á acostarse, mi pobre Monfignon; soy de parecer que mañana nos quejemos al alcalde del

desórden que el asno de ese señor ha causado en nuestra poblacion, de suyo tan pacífica y tranquila.

—Sí, pero el alcalde está en Paris aprendiendo á jugar en un billar sin troneras.

—Entonces nos quejarémos al teniente alcalde.

—Ayer se ha vacunado, y está en cama.

—¡Cómo! se ha vacunado! un hombre de cuarenta y cinco años!... ¿Pues qué, no lo estaba?

—Sí; pero ahora ha querido volver á vacunarse, porque está en moda.

—¡Buenas noches!... vaya V. á acostarse... y tome un sudorífico... ¡Ah! qué noche!

—Buenas noches, señoras... ¡Calla! parece que los señores Postulant y Liroquet se han vuelto á sus casas!

—Ya era hora, dice Dupetral; el señor Liroquet habia perdido su delantal!...

Las señoras vuelven á sus casas con armas y bagajes, y Monfignon camina hácia su domicilio cojeando, apoyándose en el brazo del jóven empleado en la alcaldia, que se ha guardado en el bolsillo el edazo de queso de Roquefort, diciendo para sí: — «Será un veneno, pero debe estar escelente.»

XVIII.

UN GOLPE DE VIENTO.

Los acontecimientos de la noche constituyen el objeto de las conversaciones del siguiente día; pero cada cual los refiere á su manera, y no hay dos que lo cuenten de un mismo modo. ¡Es tan grato para los charlatanes tener un asunto sobre el que puedan despa-
charse á su gusto!

Monfignon se queda en cama cuatro dias de resultas de la herida que se ha hecho con las tenazas. Así

es que su odio al señor Martin ha aumentado hasta el punto de asestarle una quintilla que va á recitar á todo el mundo tan pronto como pueda salir á la calle.

Dicha quintilla está concebida en estos términos :

Un asno y un extranjero
Sin carta de vecindad
Pretenden, según infero,
Tomar en nuestra ciudad...
¿El qué?... ¡Yo impedirlo espero!

La quintilla hace furor. Todo el mundo la encuentra magnífica. La señora de Riffard la aprende de memoria, y hace que la aprenda también su criada. La señorita Mignonnette se la recita á su tío durante las veinticuatro horas del día; pero el señor Bouligrin no es de la misma opinión, y dice á su sobrina :

— Pero ¿qué es lo que va á impedir tu poeta, si no lo sabe? Su quintilla no está clara... y lo que yo saco en claro es que no tiene sentido comun...

— Pero, tío, si es una sátira contra ese señor y su asno.

— Tampoco sirve como sátira.

Y Dupetral dice riendo :

— ¡Pobre Monfignon! no ha podido impedir que el

asno del señor Martin saltase por encima de él, y además todos los que le perseguían... Su quintilla es una fanfarronada.

La señora de Valbrun, cuya habitacion no daba á la calle, habia permanecido tranquilamente en su cama, mientras todo el mundo estaba en la calle. Habia oido ir y venir, y hasta el ruido de las cacerolas habia llegado á sus oidos; pero la jóven viuda sabia ya que estaba en una poblacion donde se hacia mucho ruido por nada; habia, pues, esperado con tranquilidad el dia siguiente para saber la causa del ruido nocturno.

Al referirle los acontecimientos de la pasada noche, la tierna Febé no deja de alabar la bravura de Monfignon, quien, segun dice ella, se ha puesto en medio de la calle para detener al asno y á los que lo perseguian, cuyo proyecto le ha salido mal, por que un par de tenazas ha incomodado al poeta en sus movimientos.

La señora de Riffard amplifica aun los peligros á que Monfignon se ha espuesto, y cada una de estas señoras, al terminar su relato, lo hace maldiciendo al inquilino de la casa de las espinacas, como causa principal de todo este desórden.

Cuando una señora oye siempre hablar mal de al-

guno, cuando todos los dias vuelven á la carga sobre el mismo asunto para abrumar á la misma persona, estén VV. persuadidos de que esto escita el mas vivo deseo de conocer á aquel ó aquella que así se atrae el odio general... El deseo debe ser mas grande cuando se trata de un hombre.

Clementina no habria sido mujer si no hubiese experimentado ese sentimiento de curiosidad; y sin confesarse positivamente su deseo, cada vez que va á pasear por los alrededores llevando consigo un libro por toda compañía... sociedad que prefiere á muchas otras, dirige involuntariamente sus pasos hácia el lado donde se encuentra la casa de las espinacas, en la que un inglés consiguió ahorcarse al fin, gracias á una atencion de su criado.

Para escusar su curiosidad, la señora de Valbrun habria podido decir á los que la hubiesen encontrado, que aquella parte del campo ofrecia para el paseo los puntos de vista mas gratos, y los sitios mas risueños; que el jardin de su prima Grospré era muy lindo; pero que no se va á habitar una provincia para confinarse perpétuamente en un jardin; que además, cuando el antiguo destajista iba allí con sus amigos, no habia medio de leer en paz, teniendo estos señores la costumbre de sazonar sus conversaciones con

risotadas capaces de luchar con las cacerolas de la señora de Riffard.

Por lo demás, la señora de Valbrun no se decía todo esto; tenía la buena costumbre de hacer lo que le agradaba, sin inquietarse de lo que pudiesen decir de ella las personas que le eran indiferentes, en lo cual tenía muchísima razón. Temer la maledicencia es propio de las almas débiles; las personas de talento se hacen superiores á una porción de miserias, de costumbres que no se respetan sino por los necios ó por los hipócritas: estos últimos son generalmente peores que aquellos de quienes se murmura; pero tienen el gran talento de salvar las apariencias, ¡esa especie de cortina bajo la cual se hacen tantas cosas!... que es preciso tener cuidado de ocultarlas constantemente!

Clementina se paseaba, pues, por el campo con el libro abierto en la mano, pero casi sin fijar la vista en él. Había pasado ya la casa habitada por el individuo de que se ocupaba todo el país; había dirigido la vista hácia la casa misteriosa, sin haber advertido nada de extraordinario; cierto que las persianas del piso bajo estaban cerradas, pero las del principal estaban abiertas.

La jóven viuda acababa de pasar la casa; dirigíase

hacia un bosquecillo poco espeso, pero en el cual habia, sin embargo, bastante sombra para descansar allí un momento. El dia que al principio habia estado sereno, amenazaba nublarse. Habíase levantado un viento muy fuerte, que además de alzar un torbellino de polvo en los sembrados de espinacas, agitaba violentamente las ramas de los árboles hacia donde nuestra paseante se dirigia.

Clementina solo estaba ya á cien pasos del bosquecillo, cuando un violento golpe de viento se lleva el sombrero de paja de anchos bordes que las señoras acostumbran llevar al campo, y que habria debido haberse atado por debajo de la barba; pero el tiempo estaba muy hermoso cuando salió á paseo, y por otro lado, ¿quién hubiese podido prever ese horrible vendabal? ¿No era además mucho mas gracioso dejar flotar las anchas cintas de color de rosa del sombrero?...

Semejante acontecimiento llega siempre tan bruscamente, que el sombrero está ya muy lejos de uno cuando ve que se le ha caido. La jóven solo ha sentido que su tocado se desarreglaba, ha llevado sus manos á su cabeza, y ya su sombrero, llevado en alas del viento, revolotea á veinte pasos de ella; entonces quiere cogerlo; pero el viento va mas rápido que sus piés, y el sombrero continúa huyendo. Por último,

cuando Clementina espera alcanzarlo, otro golpe de viento, mas violento aún, lo levanta en alto como un insecto, y lo vuelve á dejar caer, no en tierra, sino en la rama bastante elevada de un nogal, que marcaba los límites de un cuadro de espinacas.

— ¡ Ah! Dios mio! ahora se ha subido al árbol! dice la señora de Valbrun en tono trágico-cómico, mirando al mismo tiempo su lindo sombrero de paja con aire lastimoso, y cuyas cintas elegantes se han enredado en una rama, que parece orgullosa en ostentar su improvisado adorno. La dama naturalmente dirige sus miradas á uno y otro lado para ver si encuentra por allí á alguno de esos pilluelos que pululan por el campo, y que se suben á los árboles con tanta facilidad como si subiesen una escalera.

Pero nada... no hay nadie... ni siquiera uno de esos chicos que parece que salen de debajo de tierra cuando hay empeño en estar solo. Sucede lo mismo que con los coches de alquiler cuando llueve: no se encuentra uno para un remedio.

Entonces la jóven vuelve tristemente sus miradas hácia la rama de nogal que detiene su sombrero; pero, ¡ oh sorpresa! en esta rama hay un hombre; alcanza, no sin peligro, el sombrero que está pendiente de una punta, lo descuelga con precaucion, lo

coloca con cuidado para no abollarlo al bajar, y llega en fin á tierra, desde donde se apresura á correr hácia Clementina, á la que ofrece el frágil objeto, diciéndole con estremada cortesía:

— Ahí le tiene V., señora; me atrevo á esperar que no le habrá sucedido ningun accidente en su ascension.

La señora de Valbrun, alborozada con volver á tomar posesion de su sombrero, da gracias primero al que se lo devuelve, y apresúrase en seguida á colocárselo en su cabeza, porque el viento ha hecho revolotear tambien sus cabellos y teme estar muy mal peinada; y despues de atar esta vez sus cintas, vuelve á mirar á la persona que acaba de entregarle el sombrero, diciendo para sí mientras examina á este caballero, que lleva una blusa de lienzo crudo, un pantalon ancho á cuadros, y un sombrero gris de forma puntiaguda y anchos bordes: — ¡Así es como me han pintado el traje del señor Martin!... sí, eso es; solo que despues han dicho que ese señor tenia una figura horrible, y este no es feo... Verdad es que lleva toda la barba; pero eso en Paris no es raro, y se ve á cada momento en personas de buena clase. Á pesar de esa barba negra, que es muy espesa, me parece que este caballero no es lo

que decían... es jóven... y hasta tiene un aire muy distinguido.

Una ojeada ha bastado á Clementina para hacer todas estas reflexiones, porque nosotros los hombres no podemos saber todo lo que una mujer penetra y observa con una sola ojeada; sin duda tienen en su pupila alguna cosa que se ha olvidado poner en la nuestra.

Y al mismo tiempo que la señora de Valbrun piensa esto, despues de volver á arreglarse el cabello, dice al señor Martin :

— Mucho me alegro, caballero, de que haya estado V. por aquí... y agradezco en verdad lo que ha hecho, porque mi sombrero estaba colgado muy alto, en la punta de una rama muy poco sólida, y ¡habria sido bastante peligroso ir á buscarlo allí!...

— Señora, no puse atencion en eso; ví su sombrero de V. pendiente de una rama... sabia muy bien que no era V. quien le habia puesto allí, y sí que el viento le habia jugado esa mala partida. Me apresuré á subir al árbol, á fin de devolver en seguida... una prenda que la sienta tan bien... Estoy seguro de que cualquier otro hombre, á no padecer de gota, hubiese hecho lo que yo.

Esta respuesta ha sido dada en tono natural, y

con esa facilidad que revela el uso de la sociedad de buen tono; la galantería que la ha acompañado ha sido dicha de un modo tan delicado y tan esquisito que da derecho á creer que es simplemente una verdad.

—¿Cómo se concilia el buen tono, la cortesía de este caballero, con todos los horrores que han dicho del señor Martin? Tan increíble parece, que Clementina dice para sí:—¡Tal vez no es él!

Y naturalmente de esto es de lo que quiere ante todo asegurarse. Así es que continúa:

—Caballero, V. no quiere que le agradezca lo que ha hecho, pero al menos me permitirá que dé gracias á la casualidad que le ha traído por este sitio tan á propósito para venir en mi auxilio.

—Señora, la casualidad no tiene aquí nada que ver, porque hace algunas semanas que habito esa casa aislada... que está á la izquierda.

—¡Cómo! caballero, V. es el que vive en la casa...

—De las espinacas... sí señora, sé que le han dado ese sobrenombre... y tambien el de la casa del ahorcado... porque en este pais son muy fértiles en sobrenombres.

—¿Entonces V. es... el señor Martin?

El caballero de la blusa se inclina sonriendo, y responde:

— Sí señora... yo soy.

— ¡Ah! si supiese V. caballero cuánto se ocupan de V. en esta ciudad! ¡Sin duda está V. muy lejos de saber todo el efecto que aquí ha producido... las inquietudes... y hasta el terror que causa V. á sus habitantes!

— ¿Cómo, señora, hasta terror?... ¡No me creía tan terrible!... ¿Pero qué es lo que he hecho para causar esas inquietudes á estos provincianos?... inquietudes de que espero no participará V... señora.

— ¿Qué sabe V., caballero?

— Sé que es V. parisiense... que hace poco tiempo vive en este país, y que probablemente no pensará fijarse en él...

— ¡Ah! ¿V. sabe todo eso?... Para el que como V. parece que huye del trato con estos habitantes, me parece que está bien instruido.

— Mi amigo Fremont, que ha alquilado para mí esa casa de campo, ha tenido la amabilidad de darme algunos pormenores sobre sus habitantes, sus hábitos, sus costumbres; y si he de confesárselo á V., señora, algo de eso es lo que me ha obligado á esquivar sus relaciones. Sé que en general en las ciu-

dades son curiosos, habladores, murmuradores é indiscretos; mi amigo Fremont me ha prevenido que aquí eran peores que en otra parte. Yo, que solo he alquilado esa casa de campo para gozar del reposo y la calma que ofrecen la permanencia en él, que quiero trabajar cómodamente, que quiero huir sobre todo de los importunos, de los fastidiosos, de los que solo se complacen en incomodar, me he propuesto evitar toda relacion con los habitantes de este pueblo; pero ¡jamás hubiera creído que mi vecindad pudiese aterrarlos hasta ese extremo.

— Caballero, su vecindad de V. no es precisamente lo que les inquieta... es... Pero en verdad, no sé si debo decir á V. todas las extravagancias que acerca de V. cuentan.

— ¡Oh! dígalo V., señora, le aseguro que eso me divertirá mucho!

Y el caballero barbudo añade tomando ese aire sério con el que el pobre Grassot (1) hacia desternillar de risa á toda la sala:

— Estoy preparado á todo, señora... ¿Créen que soy capitan de ladrones?

(1) Célebre actor cómico de los teatros de Paris. (N. del T.).

— ¡Oh! no tanto, caballero!

— No tanto... Vamos, ¿no soy mas que simple ladron?

— Por favor, caballero, déjeme V. que proceda por orden...

— Dispense V., señora... pero la tengo á V. ahí... de pié... Creo que para hablar estaríamos mucho mejor sentados bajo ese árbol que ha tenido la dicha de detener algunos instantes su sombrero de V... si no temiese V. comprometerse sentándose mi lado...

La señora de Valbrun se sonrie, y se dirige hácia el montecillo de verdura que forma un banco natural, diciendo al caballero de la blusa:

— En efecto, creo que pocas señoras de la ciudad se atreverian á sentarse al lado de V... pero... como ha dicho muy bien, yo no soy del país.

La jóven viuda y el caballero van á sentarse debajo del árbol. Clementina hablaba ya con el señor Martin como si hiciese mucho tiempo que le conociera: estas dos personas se habian comprendido á primera vista, adivinando que pertenecian á una misma clase, y no á la del lugaron, como habia dicho con mucha oportunidad la señora de Valbrun.

XIX.

BAJO EL ÁRBOL.

— Caballero, dice Clementina, si V. lo permite, procedamos por orden.

— Todo lo que V. quiera, señora.

— Empiezo pues: en primer lugar, cuando V. llegó á este pais, no fué á visitar á ninguna de las notabilidades del pueblo... primer agravio.

— Justo; pero deseando no tener relaciones con nadie, no he visto la precision de ir á hacer visitas.

—En segundo lugar: su... ¡Dios mio!... no sé si me atreva á decir esto...

—Suplico á V. lo diga todo, señora...

—Pues bien, caballero, su traje de V. tenia algo de original, que ha chocado desde luego á personas que ignoran que en Paris se viste cada cual como bien le parece, con tal de que no falte á la decencia.

—Me parece, señora, que en mi traje no habia nada que atentase al pudor mas estricto.

—Seguramente, caballero.

—¿Será tal vez porque llevo blusa?... Pero yo creia que en el campo no estaba uno obligado á ponerse frac para regar su jardin ó arrancar la grama.

—¡Oh! no es la blusa lo que les ha ofuscado... es ese sombrero grande, de fieltro gris, con los bordes anchos y caidos... ha chocado extraordinariamente, porque aquí no habian visto aun ninguno.

—Me alegro en el alma de que mi sombrero haya hecho tanto efecto.

—Además, como se lo echa V. hácia los ojos, no deja que le vean la cara, y por esa razon todos han creido ¡ que era V. feroz, horrible, espantoso!...

—Todo eso es muy divertido... dignese V. continuar, señora...

— Despues han notado que tenia V. cerradas constantemente las ventanas del piso bajo.

— Es cierto, señora, porque habia advertido que todos los dias se veia mi casa rodeada de paseantes, ó mas bien de curiosos que no pasaban de largo y tranquilamente su camino, sino que hacian inauditos esfuerzos por curiosear en mis habitaciones interiores. Como siempre he detestado á los curiosos, he cerrado mis ventanas para que se llevasen chasco... Habia entre otros un barbilindo, vestido siempre de cuatro alfileres, que un dia se plantificó contra la pared de mi casa para tratar de oir lo que se hablaba en el primer piso cuyas ventanas estaban abiertas; dos jóvenes que estaban en mi casa, y que habian visto las maniobras de ese señor, se divertieron en arrojar sobre él el contenido de una jofaina... lo que aprobé completamente.

— Conozco esa anécdota. Se ha hecho V. un enemigo mortal del señor Monfignon.

— ¡Ah! ¿se llama así ese caballerito? ¿Y en qué se ocupa el señor Monfignon?

— Vive de sus rentas... y no hace otra cosa que versos... por su gusto.

— Comprendo, no por el de la sociedad.

— En fin, caballero, ¿V. tiene ahora un asno?

—Es muy cierto, señora; lo tengo por comodidad para hacer escursiones por las cercanias... y despues, gusta mucho ir en burro... Cada cual toma su placer donde lo encuentra... y me parece que este es muy inocente.

—¡Si en verdad!... Pero hace algunos dias ¿se escapó el asno de la casa de V.?... ¿No fué galopando por toda la ciudad á media noche?... V. le persiguió en compañía de otras personas... gritando á fin de que se detuviese... Eso hizo mucho ruido... Despertó V. á una parte de los habitantes de la ciudad... todos se alborotaron... hubo gritos... ¡una especie de galope en mitad de la noche!... no se necesitaba tanto para causar una especie de terror á gentes que no tienen por costumbre oír volar una mosca de noche.

—Señora, de nada de eso tuve yo la culpa. El asno se escapó de la cuadra provisional en que yo lo coloqué. Corre por la ciudad: naturalmente nos ponemos á perseguirle; pero el maldito trota de lo lindo... nos hizo correr mucho tiempo.

—Los habitantes oyeron gritos, despues galopar... creyeron que eran bandidos, incendiarios, que venian á poner fuego á la ciudad; porque á su paso de V. hallaron fuego...

Puntas de cigarro encendidas aun probablemente.

— En fin, su asno de V. maltrató al señor Mon-
ignon, que se puso en medio de la calle para dete-

— ¡Calla! Monignon otra vez! ¿Con que fué él
quien se tendió en el suelo, y por encima del cual
pasamos yo y los que me acompañaban? ¡Pero ese
hombre toma una posicion singular para detener á los
asnos!... Por lo demás, estoy cierto de que Anacreonte
también, así se llama mi bestia, no tocó á ese señor.

— En efecto, ¡ parece que se ha lastimado con unas
tenazas que cogió, y que se colocó en un costado á
guisa de sable!

El señor Martin rie á mas no poder, al saber que
Monignon se ha armado de tenazas, y la señora de
Valbrun no puede menos de participar de su hila-
ridad.

— ¿Y eso es todo, señora? dice en seguida el bar-
budo jóven.

— Creo que sí, caballero; ¿le parece á V. poco?

— ¡No á fé mia, porque es muy divertido! — Por
lo demás, Fremont me lo habia advertido, y yo
me esperaba algo de eso... pero no creia que seria
tanto.

— ¡Ah! aguarde V.... creo que hay más todavía...

— ¡Veamos, señora!

— El señor Monfignon le ha hecho á V. una quintilla, y toda la ciudad la sabe de memoria...

— Por favor, señora, dígamela V. para que yo tambien la sepa... como toda la ciudad. Una quintilla del señor Monfignon merece, en efecto, que se aprenda de memoria. ¿Supongo que V. la sabrá?

— Si señor. Dice así:

Un asno y un extranjero
Sin carta de vecindad
Pretenden, según infero,
Tomar en nuestra ciudad...
¿El qué?... ¡Yo impedirlo espero!

— ¡Magnífica! divina!... ¡Ah! señora, cuánto agradezco á V. que me haya recitado esa quintilla tan linda!... está llena de sal ática, y mi asno figura en ella muy felizmente. Por esa muestra, ya se puede juzgar el talento del poeta de esta ciudad heroica. Escuse V. mi curiosidad, señora; pero me atreveré á preguntarle cómo es que V., que tan solicitada debe ser en Paris... ¡oh! esto no es un cumplido, es una simple reflexion! viene á retirarse á un lugaron cuyos habitantes me parecen tan... atrasados, por no decir otra cosa.

— Caballero, algunas veces tiene una que separar-

se de sus hábitos y costumbres para después volver á ellos con mas gusto. Tengo una prima casada con una de las notabilidades de esta ciudad. Hace mucho tiempo me estaba rogando que viniese á pasar á su lado algunos dias ; consentí en ello , y no me arrepiento... He visto una sociedad nueva para mí , y eso me instruye , y me enseña á conocer á los provincianos. Ya habia pasado algun tiempo en una casa de campo bastante aislada , donde solo veia aldeanos ; he conocido con dolor que los hombres de la naturaleza eran en general malos , envidiosos , quejándose siempre , hablando mal de los ricos... y para ellos todos los de la clase media son ricos ; y solo procuran en sus relaciones comerciales hacer victimas y engañarse mutuamente. ¡ En cuanto á las mujeres !... no hablemos de ellas , porque no es seguramente en el campo donde se ha de buscar la inocencia y la virtud ! Ahora puedo apreciar á los provincianos. No llamo así á los habitantes de las grandes ciudades como Lyon , Rouen , Burdeos y tantas otras ; solamente hablo de los habitantes de una ciudad pequeña ; y si he de juzgarlos por los que trato en la actualidad , no puedo menos de reconocer que son malos , curiosos , charlatanes , susceptibles , ridículos con sus pretensiones de buen tono , que no conocen ,

porque el buen tono no consiste en permanecer tieso, y en contonearse delante de la gente, formando corrillos en un salon. Por lo demás, Paris vale cien veces mas que todo esto; allí se hace lo que se quiere, se viste una ó no se viste, sin que nadie tenga nada que decir. Allí son amables, alegres, algunas veces ingeniosos, y siempre caritativos. Así es que pienso volverme muy pronto.

—¿Muy pronto, señora?

Clementina mira al caballero, cuya pregunta es bastante indiscreta, visto el poco tiempo que hacen se conocen. Advierte que ha ido demasiado lejos, y se apresura á decir:

—Perdone V. señora, si me he permitido esa pregunta; pero he tenido tanto placer con esta entrevista, que la ruego no se ofenda si la digo que desearia en el alma volver á encontrarla.

La señora de Valbrun se levanta diciendo:

—Está V. perdonado, caballero; en cuanto á mí, tendré sumo placer en poder defenderle si le atacan, y decir que no es V. tan horrible como todo el mundo cree.

—Es V. demasiado buena, señora; entonces yo... ¿no podré saber si pasará V. algunas veces por aquí?...

La jóven sonrie respondiendo:—Caballero, no puedo decir á V... Paseo algunas veces... ¡Pero no volveré á salir cuando haga tanto viento!

—Usted le quiere mal, señora, y yo le bendigo, puesto que le debo los preciosos instantes que acabo de pasar al lado de V.

Clementina solo responde á este cumplido con un saludo gracioso, y despues se aleja diciendo:—Es muy amable... tiene buenas maneras... No sé por qué se me figura que es un artista... No le he hablado de esa dama que iba á su casa cantando la cancion del *Mirliton*... porque... porque despues de todo, no me importa.

Y la jóven viuda continúa su camino hácia la ciudad, sin reparar en un hombrecillo que la habia visto hablando debajo del árbol con el señor Martin, y que, gozoso con su descubrimiento, ha echado á correr á todo escape al ver que Clementina se levantaba, y que, queriendo llegar á casa de los Grospré antes que ella, acaba de plantarse en un sembrado de espinacas, en medio del cual parecia nadar.

XX.

CONTINÚAN LAS MURMURACIONES.

— ¡Es como tengo el gusto de decir á VV.! repite Monfignon, que despues de haberse levantado habia echado á correr y acababa de llegar jadeando á casa de los Grospré.

— ¡Vamos, eso no es posible! V. se ha engañado... no es mi prima á quien V. ha visto.

— Si señora, su prima, su bella prima, como V. la llama... Por señas que llevaba un vestido de fondo

blanco con ramitos de violetas... un sombrero de paja con cintas color de rosa, y un chal de seda, violeta también.

— En efecto, ese es el traje que tenía puesto esta mañana. ¿Y hablaba con el hombre del asno?...

— Hablaba con él... muy familiarmente; ambos se hallaban sentados debajo de un árbol muy corpulento, en un sitio bastante apartado y desierto. Estaban sentados en el musgo... muy cerca el uno del otro... Se miraban sin pestañear. La mano izquierda de ese caballero estaba colocada en la rodilla derecha de la señora de Valbrun...

— ¿Está V. seguro?

— Creo estarlo... En cuanto á la mano derecha... no sé donde la tenía... No puedo precisar...

— ¡Eso es formidable! y ¿no le vieron ellos á V.?

— No, á fé mia. Estaban demasiado preocupados en su conversacion. ¡Yo creo que si hubiese caido un rayo á sus piés, no se habrian movido!

— ¡Hasta ese extremo!

— Como V. lo oye... ¡Oh! la entrevista era interesante y animada.

— ¿Y qué se decian?

— Solo pude oir algunas frases sueltas, porque no podia permanecer muy cerca de ellos sin arres-

garme á que me viesen, pero recuerdo muy bien estas palabras:— «Saldré cuando no haga viento.» Esto lo decia la señora de Valbrun... A lo cual contestó el hombre:— «Bendigo á V... porque la debo mi dicha... qué dulces momentos he pasado á su lado!...» Despues creo que añadió:— «Nos amaremos toda la vida!» Y le besó las manos.

— ¡Jesús! No vuelvo de mi sorpresa... No en verdad, señor Monfignon, me tiene V. estupefacta con lo que me ha dicho... ¡Cómo! mi prima... una persona tan bien educada... una viuda... cuya conducta no dió nunca lugar á la mas ligera sospecha!...

— ¡Todo quiere empezar!

— ¡Una intriga con ese individuo de tan mala fama!... ¿Pero le conocia ella en Paris?... porque á no ser así, no estarian ya tan juntos.

— No puedo decir á V... Pero recuerdo que cada vez que se hablaba de ese señor para... decir de él... lo que merecia, su prima de V. guardaba silencio sonriendo con aire burlon... y si decia alguna cosa, era siempre para tomar la defensa de ese intruso.

— En efecto, sí, lo he notado, y hasta me habia chocado mucho.

— La señora de Riflard hizo las mismas reflexiones. Y esa noche... esa noche famosa, cuando

todo el mundo se levantaba para saber la causa del ruido que habia en la calle, su prima de V. no se movió... permaneció en la cama con toda tranquilidad... Luego ella sabia que habia de haber ruido aquella noche; porque si no, vamos á ver, ¿no hubiera hecho como todo el mundo? no se habria levantado para informarse al menos de lo que pasaba?

— ¡Su reflexion de V. me ilumina!... es evidente! ¡Todo el mundo estaba de pié en casa!... excepto ella... ¡Luego estaba prevenida... luego se lo habian advertido!... Esto es claro como dos y dos son cuatro... ¡Luego ella conocia á ese Martin!... no hay duda... Ahora que caigo en ello, hace mas de dos años escribí yo á la señora de Valbrun para que viniese á pasar aquí algun tiempo. No contestó... y ahora llega cuatro semanas despues que ese señor Martin alquila la casa de las espinacas.

— Todo eso es claro para las personas que no esten ciegas... Esa es una intriga que ha debido empezar en Paris; pero como allí probablemente serian observados... como podia haber miradas celosas que incomodarian...

— ¿Quién sabe? ¡Tal vez el señor Martin es casado!

— ¡Es probable! Si no lo fuese, no se rodearía de tanto misterio...

— ¡No llevaría un sombrero cuyos bordes le ocultan toda la cara!...

— ¡Apostaría á que es casado!... Entonces se habrá dicho: — «Dejemos á Paris... vamos á entregarnos á nuestros amores lejos de las miradas celosas... en cualquiera ciudad de provincia... Tu irás primero...» porque deben tutearse cuando estén solos... «Irás primero; alquilarás una habitacion bastante aislada... bastante lejana de las demás... yo iré despues... ¡Calla!... en tal punto tengo una pariente... ¡Allí irás á vivir, y yo iré despues á casa de ella... esto parecerá natural, y no infundirá sospecha alguna!»

— Sí, sí, eso es... Todo se esplica... y ahora recuerdo muchas circunstancias singulares, en las que no habia puesto atencion. Estaba tan lejos de creer... Por ejemplo, mi prima me habia pedido una llave de la puerta que da á la calle. Le dije: — ¿Para qué? — Y me respondió: — En el campo me levanto muy temprano algunas veces, y entonces me gusta salir á pasear. — Yo le repliqué: — La criada le abrirá á V. — No quiero despertar á la criada. — Pues bien, repliqué: — El jardinero madruga tambien mucho. — El

jardinero es sordo, y no me oye nunca cuando le hablo... — ¡En fin, insistió tanto, que concluí por darle una llave!...

— ¡Qué imprudencia!... Esté V. persuadida de que esa llave no ha sido pedida sin intencion. Esa bella parisiense sale muy temprano... tal vez antes que amanezca... ¡Y quién sabe si no introduce en casa de V. á su amante!

— ¡Oh!... pero eso seria odioso!... ¡Volverse mi casa el centro de una intriga criminal!... ¡Mi querido Monfignon, esa idea me subleva!... Calle... ahora recuerdo... ayer por la mañana no bajó Clementina á la hora de almorzar... ¿qué tal?...

— ¡Pardiez!... ¡Cuando se buscan pruebas, parecen!...

— Dije á mi criada Cunegunda: — Vea V. donde está mi prima. — Creo que ya ha salido... Espere V., voy á asegurarme. Y la señora de Grospré, abriendo la puerta del salon, pónese á gritar con todas sus fuerzas:

— ¡Cunegunda! Cunegunda!

La cocinera llega medio gruñendo, porque la han incomodado en su tercer almuerzo, y murmura:

— ¿Qué es lo que V. me quiere?

— Cunegunda, cuando le dije á V. ayer por la mañana que fuese á buscar á la señora de Valbrun para que viniese á almorzar... ¿dónde la halló V.?... Creo que la estuvo V. buscando mucho tiempo... sin duda estaba fuera... Responda V. sin rodeos... procure no ocultarme la verdad...

— ¿Por qué me dice V. todo eso, señora?

— Porque importa mucho... ¿Dónde estaba mi prima?

— Estaba en el gabinete escusado...

— Está bien... basta.

La cocinera se va murmurando. — ¡Si serán tontos en esta casa!... incomodarme ahora para preguntar eso!...

Tan pronto como la criada sale, Febé se arroja en un sillón exclamando:

— Guíeme V., mi querido Monfignon... ¿Qué debo hacer?... ¿Qué conducta observaré con mi parienta? Yo, sin embargo, ¡no puedo sufrir que á mi vista se formen intrigas escandalosas... No quiero que se crea que con mi silencio autorizo semejantes intrigas... Y bien, ¿no responde V.?... ¿En qué está V. pensando?...

— Pienso que, si yo hubiese conocido antes esa intriga, habria cambiado algo mi quintilla... si... es-

pere V... Creo que se me ocurre alguna cosa... ¡Versifico tan fácilmente!...

—¿No podría V. reformar su quintilla mas tarde?... y...

—¡Chist! silencio!... no se mueva V.... Sí, eso es... Escuche:

Un asno y un extranjero...

Un extranjero... Es singular,—ya la habia reformado,—y ahora no me acuerdo...

—La señora de Valbrun va á volver...

—¡Con su asno!...

—¡Cómo! ¿Ha montado ella en el asno del señor Martin?...

—No... si es mi verso... ¡Ah! ya lo atrapé... escuche V.:

Un asno y un extranjero

Sin carta de vecindad,

Y hasta hollando nuestro fuero,

¡Sé á qué vienen, ó lo infero,

A nuestra hermosa ciudad!

—¡Eh! ¿Qué le parece á V. esto?

— ¡Magnífico! Vamos, ¡se pinta V. solo para la poesía!...

— Sí, creo que está bien *levantado*... como decía Piron... si mal no recuerdo, en su *Metro-mania*.

— Ahora suplico á V. volvamos á mi prima. ¿Qué hacemos?...

— No decir nada, ni aun dejarle adivinar que V. sabe que existen relaciones entre ella y ese Martin... es preciso guardar silencio sobre todo esto. No estando prevenida, la señora de Valbrun no se pondrá en guardia... la espíaremos, la acecharémos... para eso fie V. en mí. Y cuando tengamos las pruebas irrecusables de su intriga con el intruso, entonces, á fé mia, harémos que estalle la bomba, y nos reirémos á espensas de esa parisiense que ha llamado á este sitio un lugaron!

— Eso es, Monignon... ¡Oh! perfectamente... Entonces no diré nada de lo que V. me ha contado...

— No, en boca cerrada no entran moscas... excepto á su marido de V., si lo juzga necesario.

— No, no, el señor Grospré se ha vuelto ahora completamente nulo; es inútil que le digamos una palabra.

— La señora de Valbrun debe haber regresado de su paseo campestre; me voy... bueno es que no sospeche nada... ¡Silencio y misterio!

Monfignon deja á la señora de Grospré y se apresura á ir á casa de todos sus conocidos, á los que cuenta, siempre bajo el sello del secreto, el descubrimiento que ha hecho por la mañana, añadiendo cada vez alguna cosa mas á la conversacion que ha oido entre la linda viuda y el señor Martin.

La señora de Grospré, por su parte, no deja de hacer otro tanto, hasta el punto que antes de concluir el dia, toda la ciudad sabe que la señora de Valbrun habia sido vista en conversacion misteriosa, debajo de un árbol corpulento y en un sitio aislado, con el inquilino de la casa de las espinacas.

A esto no habia dejado de añadir Febé que su prima, bajo un pretesto muy ingenioso, habia hallado el medio de procurarse una llave de la puerta de su casa. ¿Con qué intencion? Esto era fácil de adivinar ahora que se sabia que la jóven estaba en relaciones con el señor del asno. ¡Qué asunto tan propio para dar pábulo á los chismes, á las murmuraciones de todas esas señoras que no podian sufrir á la parisienne, porque esta tenia mejor talle, y vestia mejor que ellas!

¡Oh! la calumnia! la calumnia! ¡Basilio tiene razon! y hay tantos Basilio! Triste es decirlo; pero la sociedad se divide poco mas ó menos en dos partes: unos á quienes encanta hablar mal de todo el mundo, y otros á quienes gusta oirlo.



XXI.

UN MONEDERO FALSO Y UN ASESINO.

Al volver Clementina de su paseo, tuvo cuidado ante todo de ir en seguida á ver á su prima, para noticiarla el encuentro que habia tenido; pero despues se le ocurrió esperar á que el señor Martin fuese otra vez asunto de conversacion, reservándose poder desmentir entonces fácilmente la mayor parte de los comentarios que acerca de él se hacian.

Aquel dia era justamente sábado; habia reunion

hebdomadaria en casa del antiguo destajista, y la tertulia empezaba apenas, cuando ya estaba lleno el salon. Habriase podido leer en todos los rostros que iba á ocurrir algo extraordinario, y que la noche prometia ser fecunda en acontecimientos. Las señoras cambiaban entre sí miradas significativas; únicamente los hombres tenian su aire habitual.

Despues se cuchicheaba, y se decia al oido:

—¿No ha venido aun?

—No, pero va á venir.

—¿No le ha dicho á V. nada durante la comida?

—No ha bajado, pretestando una jaqueca; ha mandado á decir que no comeria.

—Habrá tomado alguna cosa con ese señor, dice Monfignon restregándose las manos.

—¡Ah! qué malo es V.!

—¡Qué mordaz es este Monfignon!... él solo vale por todos.

—[Pero ¿y] si no viene porque [continúa la] jaqueca?...

—Ya he enviado á [Cunegunda para que la lleve té que] habia pedido. Ha dicho que iba á bajar.

—¿Ha pedido té?... entonces es una [indigestion que ha tenido, dice el señor Postulant; mejor hubiera] hecho en tomar mi elixir.

—Vamos, ¿no se juega? esclama el señor Bouligrin.

—¡Ah! señora de Grospré, haga V. que mi tío juegue lo mas pronto posible, para que nos deje tranquilas, dice la señorita Mignonnette.

—Sí, tiene V. razon, voy á hacer que se ponga á jugar en seguida al piquet con mi marido; porque, por lo demás, no comprenderian nada de lo que va á decirse despues. Creo que ellos son los únicos que ignoran de lo que se va á tratar...

—¡Oh! yo se lo he contado todo á mi tío; pero ¿sabe V. lo que me contestó?...

—¿Qué contestó?

—Cóseme los puntos de las medias, y no te metas en lo que hacen los demás.

—¡Pues me gusta!... Esa es una respuesta digna de mi marido! Si no se metiese una en lo que hacen otros, ¿en qué se ocuparia cuando no tiene una nada que hacer en su casa?...

—¿Quién planteará la conversacion sobre el hombre del asno? pregunta la señora de Beurivage.

—El señor Monfignon, dice Febé; le corresponde de derecho... ¿no es él quien lo ha descubierto todo?

—Es justo, dice la señora de Riffard; además, ¡yo recuerdo aun el valor que demostró saliendo solo

aquella noche, cuando se oyó ese ruido infernal!

— ¡Y armado de tenazas! dice Dupetral riendo.

— Caballero, mas vale salir con tenazas, que permanecer en la cama cuando amenaza al país un peligro. Yo por mi parte no emigro.

— ¿Quién dice por ahí versos? pregunta el poeta adelantándose; he oido algo parecido á rima.

— Decíamos, querido amigo, que á V. le toca entablar el interesante asunto de la conversacion... ya sabe V....

— Sí, sí, no tengan VV. cuidado... Yo lo haré muy disimuladamente y con mucha naturalidad... Pero... ¡chist!... silencio!... ahí viene! ¡Ni una palabra!...

La señora de Valbrun entra en el salon, y saluda á todos con ese aire amable y gracioso que la es natural; pero en vez de recibir en cambio las genuflexiones habitualmente torpes y pretenciosas de la reunion, advierte en todas las fisonomías una sonrisa irónica y burlona, que raya hasta en la impertinencia. En fin, hasta su prima, la sensible Febé, frunce los labios diciéndole con aire que quiere hacer maligno:

— ¡Ah! es V., prima mia, ya estaba yo bastante inquieta. Esa jaqueca que le ha atacado de pronto... al volver de paseo... porque V. ha ido hoy de pa-

seo?... francamente, temí que esa jaqueca se prolongase y fuese peligrosa!

— Gracias, pero una jaqueca no es una enfermedad. Me sorprende que la haya inquietado tanto, porque no es la primera vez que la he tenido...

— Es verdad, sí, es verdad... ahora me acuerdo... no había puesto atención... pero de aquí en adelante lo notaré.

— La señora se habrá paseado al sol tal vez, dice la señora de Postulant inclinándose sobre su silla con aire burlon, y eso es muy malo.

— ¡Oh! francamente, lo que es este verano no calienta tanto el sol para que haga daño, responde Clementina.

— ¡La señora habrá estado acaso sentada á la sombra y á la humedad! dice á su vez la señora de Riffard, apoyándose en cada palabra que pronuncia, para hacer ver que sus frases tienen doble sentido.

— ¡Oh! decididamente aquí hay algo! dice para sí la señora de Valbrun; despues adivina que la han visto hablar en el campo con el señor Martin. Entonces se alegra de no haber dicho una palabra de este encuentro á la señora de Grospré, descosa de ver hasta donde van las sospechas de los de la re-

union, y prometiéndose divertirse á espensas de todos los necios de la ciudad.

Responde, pues, á la señora de Riffard con aire de candidez:

—¿Crée V. de veras, señora, que es peligroso sentarse á la sombra cuando se tiene mucho calor?

—Sí señora, sí, esa es mi opinion... Pero, por lo demás, no presumo que V. fuese... sola... á pasear al campo...

—¿Y por qué, señora? ¿qué mal hay en eso?

—¡Una señora sola puede tener un mal encuentro... se espone á ser insultada... hasta ultrajada!

—¡La esposa del buhonero ha sido ultrajada dos veces al ir á coger fresas! ¡Ella misma se lo dijo á su marido! esclama Monfignon.

—Entonces, murmura Dupetral, ya no debe cantar:

¡Ah! qué bueno es, qué bueno es coger las fresas!

—No he oido decir que tengan VV. malhechores por estos contornos, responde la jóven viuda, y me paseo sin el menor cuidado.

—¡No son solo los ladrones los que ultrajan! replica la mujer del farmacéutico.

—¡No ciertamente! dice Monfignon, y hay indi-

víduos que, aunque no son ladrones, no por eso son menos peligrosos!

— ¡Son hasta mas peligrosos! añade Febé, porque no se desconfía de ellos... ¡ Cuando digo que no se desconfía... me engaño, se desconfía, y hasta se tiene la vista fija en sus sordos manejos!

Esta frase parece que gusta mucho á la reunion, y da á Clementina unas ganas de reir, que solo puede comprimir á duras penas.

— A propósito de personas peligrosas, dice el poeta en tono semi-burlon, esta mañana he tenido un encuentro... ¡ Oh! yo estaba hoy en vena, y he visto muchas cosas... ¡ Puedo decir, como Tito, que no he perdido mi día!

— Veamos, querido amigo, ¿qué encuentro ha sido ese?

— La señora del *Mirliton*, á quien nuestro buen Liroquet ha encontrado ya. Sin conocerla, dije para mí: — « ¡ Ella debe ser! » Ya sabe V., la señora que al mismo tiempo de andar iba cantando esos chistes poco eróticos...

— ¡ Ah! la señora que iba á casa del señor del asno?

— La misma. La encontré muy temprano. Llevaba un paquetito debajo del brazo, é iba hácia el ferrocarril.

— Sin duda venia de casa de ese... señor Martin.

— Seguramente, y hasta es probable que hubiese dormido allí... El paquete que llevaba debia contener ropa de noche... Se contoneaba al andar, y hacia unos movimientos tan grotescos... Aseguro á V. que era cosa muy divertida el verla.

— ¿Continuaba cantando el *Mirliton*?

— Iba yo demasiado lejos para oir... Pero de seguro iba tarareando, porque parecia que iba bailando al andar.

— ¡Jesús! dice la señora de Riffard, quién nos librá de la vecindad... de ese hombre del sombrero puntiagudo!... Porque él es el que atrae á este país tan mala gente... Y es muy desagradable para señoras decentes verse obligadas á alternar con... bribonas... digámoslo de una vez.

— Paciencia, señoras, paciencia, continúa Monfignon; he recibido noticias particulares de Paris... y de personas que están siempre muy bien informadas... y que suelen saber mucho antes que los periódicos las noticias de mas importancia!

— ¡Diablo! dice Dupetral, ¿será acaso el prefecto de policia?

— No, no es el prefecto de policia; pero sin ser

de la policía, se pueden saber las cosas con bastante anticipacion...

—Acabe V. de una vez, Monfignon; ¿qué dicen sus noticias de Paris?

—Que se anda al acecho de un hombre que hace moneda falsa... piezas de cuatro sueldos, imitadas con rara perfeccion, y que segun noticias recibidas... noticias recogidas con la mas escrupulosa exactitud, el susodicho monedero falso ha venido á ocultarse á este país bajo un nombre supuesto, y á una casa lejana de las demás, donde continúa entregándose misteriosamente á su culpable industria...

—¡Ah! Dios mio! esclama la señora de Grospré, todo eso parece indicar que ese monedero falso no es otro que el individuo que habita la casa de las espinacas!...

—A fé mia, confieso que tambien se me ha ocurrido á mi esa idea... ¡Hay tanta semejanza entre ese hombre y el criminal á quien buscan!...

—¡Es él!... no hay la menor duda... debe ser él! En primer lugar, ese hombre se disfraza... se oculta bajo su barba y su sombrero, ¡primera prueba!

—Despues, dice la señora de Postulant, no es natural que un hombre, jóven aun, vaya á aislarse, y

procure no ver á nadie cuando viene á habitar una ciudad tan linda como la nuestra.

— ¡Para conducirse así, preciso es que tenga motivos bien graves!...

— ¿Y esas persianas del piso bajo que tiene cerradas constantemente? dice la señora de Riffard; pues qué, se encierra uno así en su casa cuando no teme las miradas de la policía?...

— Y ese nombre de Martin que no debe ser el suyo... ¡Oh! apostaría cualquier cosa á que ese hombre es el monedero falso á quien buscan!...

— ¡Ah! Dios mio! esclama el señor Liroquet echando mano á su bolsillo... hace dos dias me dieron una moneda de cuatro sueldos!... ¿La tengo todavía?... No, se la di á mi criado que la habrá ¡asado... ¡Pero si la moneda era falsa, yo estaba comprometido!... ¿Tiene alguno de VV. piezas de cuatro sueldos?

Todo el mundo empieza á buscar, pero resulta que nadie tiene una pieza de veinte céntimos.

— Parece, dice el señor Postulant, que no las pone en circulacion en este país.

— ¡Oh! es por prudencia! dice Monfignon, esas gentes tienen mucho cuidado de que no corra su moneda falsa sino muy lejos. ¿Ven VV. ese asno que

ha comprado? pues probablemente ese animal es el que lleva las monedas falsas que ese hombre hace poner en circulacion lejos de aquí... Si no fuese así, ¿á qué habia de tener un asno?...

— ¡ En este momento se me ocurre una idea! esclama la señora de Grospré; esa noche... cuando tenia tanto afan en correr para alcanzar su asno, era porque positivamente iba el animal cargado con sacos de monedas falsas...

— Ese debe ser el verdadero motivo de la carrera nocturna, dice Monfignon; para que VV. vean que cuando se busca un poco, siempre se hallan datos que nos iluminan... ¡ *Fiat lux!*...

— Lo que no comprendo, dice Dupetral, es que un hombre que fabrique moneda falsa, se divierta en hacer piezas de cuatro sueldos en vez de hacerlas al menos de francos!...

— Usted no comprende, j6ven, que las piezas pequeñas se colocan y pasan mas fácilmente que las grandes... Y además, ¿ quién nos dice que ese hombre se limita á imitar nada mas que los sueldos?

— Pero la señora de Valbrun no nos ha dicho todavía su opinion acerca de este asunto tan grave, continúa Monfignon dirigiéndose á la linda parisiense, que habia estado oyendo con la mayor sangre fria la

historia del monedero falso ; mucho nos alegraríamos saber si es de nuestra misma opinion.

— ¡ Oh ! yo , caballero , responde Clementina tomando un aire misterioso , puedo dar á V. mucho mas que mi opinion... puedo dar á V. noticias que he recibido de Paris , y que son al menos tan interesantes como las de VV. No las tengo del prefecto de policia , pero , como ha dicho V. muy bien hace poco , ¡ sin ser de la policia , se pueden saber las cosas con bastante anticipacion !

El poetilla parece muy admirado , y toda la reunion espera con viva curiosidad lo que va á decir la dama. Clementina echa una mirada al circulo que la rodea , ve todos los cuellos que se alargan para oirla , todos los ojos sin pestañear , y despues de haber gozado de este golpe de vista , continúa , siempre con la mayor seriedad.

— Hace poco que en Paris , en el barrio Mouffetard , sabiendo un hombre que uno de sus amigos habia ganado por la noche tres francos y quince céntimos á la *bézigue* , se introdujo en casa de su amigo armado de un revolver , y allí dijo al afortunado jugador :

— Dáme tus tres francos y quince céntimos , ó te mato. — El amigo se negó á darle la suma , y el

hombre le apuntó con su revolver y lo mató. Al ruido llegaron dos vecinos... y los mató. Al bajar encontró al portero, y lo mató; en la calle hizo fuego también á un trapero. Después consiguió escaparse. Pero se puso á buscarle toda la policía, y al fin ha venido á descubrirse que se oculta en este país, donde habita una casa bastante retirada de la ciudad... y que ha comprado un asno, probablemente para montar en él y escaparse cuando vengan á prenderle.

Al ir á finalizar la joven viuda su relato, las fisonomías se han puesto foscas, el señor Monfignon parece como que está ofendido, porque es imposible que no vea la reunión que la señora de Valbrun se burla de ella: solo la señora de Riffard toma el relato por lo serio, y esclama:

—¡Luego, entonces, ese Martin no es solo un monedero falso, sino también un asesino!

—Claro está, señora, dice Clementina sonriéndose, y ¡si fuésemos á buscar bien, tal vez se hallaría que era otra cosa!

Pero la tertulia no es de la opinión de la señora de Riffard. Ve que la han engañado, y calla. Monfignon únicamente dice al cabo de un momento:

—Creo que es inútil que hablemos más de este

asunto. ¡Esperemos la continuacion... de los acontecimientos!

— ¡Lindamente se ha burlado de V. la señora de Valbrun! dice Dupetral al oido del poeta.

— ¡Es posible, pero que tenga cuidado! ¡Ya me llegará mi vez!



XXII.

MAESE CORBEAU ENCARAMADO EN UN ÁRBOL.

Clementina no habia pensado en un principio volver á pasear sola por el lado de la casa del señor Martin, por mas que este se lo rogára vivamente; habíase dicho que seria dar á este caballero derecho para creer que ella tenia gusto en volver á verle, y aunque esto fuese verdad, ó justamente porque así era verdad, no queria Clementina que él lo conociera. Pero despues de aquella noche, en que todos los ter-

tulianos habian procurado decirle frases picantes, despues de la tan absurda historia del monedero falso, la linda viuda dice para sí :

— ¡ Ah! les parece mal que yo hable con ese caballero! ¡ Ah! dicen horrores de él para sonrojarme, porque le he hablado... Pues bien, como yo quiero probar á esos señores y señoras el poco caso que hago de sus necedades, volveré á pasearme por el lado donde fui el otro dia, volveré á encontrar seguramente al señor Martin, y hablaré otra vez con él, aunque no sea mas que para hacer rabiarse á toda esa gente que no ve mas que maldad en las acciones mas sencillas.

En efecto, al subsiguiente dia de la reunion de su prima, Clementina sale sola, á eso de la una de la tarde: esta vez, en lugar de llevar un libro, ha tomado su bordado, y dirige sus pasos hácia el lado de la habitacion del señor Martin.

La jóven camina lentamente sin mirar hácia atrás, y sin saber que la sigue Monfignon, el cual hace dos dias que permanece de centinela delante de la casa de los Grospré, y hasta come de pié en medio de la calle, de miedo de perder la salida de la señora de Valbrun.

Acababa Clementina de pasar apenas la casa de las

espinacas, cuando oye andar casi á su lado, y luego una voz que conoce en seguida, porque esta voz es dulce y simpática, le dice casi en voz baja :

— Cuán feliz soy, señora, de que la casualidad haya vuelto á traer á V. por aquí... no me atrevía á esperarlo... pero rogaba al cielo que no ofreciese á V. paseos mas gratos por otra parte de la ciudad!...

— En efecto, caballero, la casualidad, como V. ha dicho, es... pero no, no sé mentir... soy muy franca. He venido por esta parte, porque pensaba encontrar á V., y deseaba poder hablar otra vez para decirle lo que vuelven á charlar acerca de V....

— ¡ Oh! entonces, señora, si es esa la causa á la que debo la visita de V., vuelvo á dar gracias á los charlatanes que de ese modo se dignan ocuparse de mí!

— ¡ Les da V. gracias!... pero V. no sabe que dicen cosas horribles!

— Me alegro, señora, me alegro, porque así será mas divertido.

— Lo cierto es que eso es tan horrible, que ya es casi cómico.

— ¡ Qué buena es V., señora, que así se digna tenerme al corriente de lo que hago!

— Pero no me gusta hablar de pié, y si V. tiene

tiempo para escucharme, irémos á sentarnos á nuestro banco de musgo del otro dia!

— ¡Si tengo tiempo!... ¡ah! señora, el que se pasa al lado de V., ¿no es el mas venturoso?...

— No he venido para que me diga V. esas cosas, caballero.

— No, pero V. no puede impedirme que las piense y aproveche la ocasion de decirlas.

— Vamos á sentarnos, caballero.

— Estoy á las órdenes de V., señora.

La señora de Valbrun y su nuevo conocimiento han llegado hasta el árbol corpulento, sentándose en seguida en el banco que está al pié. Entonces Clementina refiere al caballero barbudo toda la relacion de la noche anterior en casa de su prima; le cuenta exactamente todo lo que han dicho de él. El jóven no cesa de reirse, y esclama:

— ¡Ah! soy un monedero falso! ¡Ah! fabrico piezas de cuatro sueldos!... Pero en verdad que ya que han supuesto que me entregaba á esa industria, me parece que al menos hubieran debido decir que fabricaba monedas de dos francos!...

— Eso es lo que ha dicho un jóven de la reunion, que es algo menos bestia y menos malo que los demás. Pero á eso, oiga V. lo que he respondido yo.

El susodicho Martin vuelve á reir con mas fuerza al escuchar todos los crímenes que esta señora le ha supuesto, y dice despues :

— Pero ¿de dónde viene ese encarnizamiento en ocuparse tanto de mí?

— Porque V. no se ocupa de ellos.

— ¿Y de qué procede ese aire burlon que ha observado V. tenian cuando le hablaban?

— Porque habrán sabido... no sé cómo, ni por quién; pero de seguro habrán sabido que yo he hablado con V.

— Así pues, la he comprometido á V., señora.

— ¿Acaso tiene V. la culpa de que se me fuese el sombrero y V. lo recogiera? Esté V. persuadido de que lejos de mirarlo como un agravio, siempre estaré agradecida al servicio que V. me ha prestado.

— ¡Seria yo tan desgraciado si le hubiese causado el mas pequeño fastidio!

— ¡Fastidio! Muy al contrario, ruego á V. crea que todas esas historias me ofrecen distracciones que me hacen hallar el tiempo menos largo; precisamente han llegado á propósito, porque ya empezaba á cansarme en casa de mi prima Grospré, y tenia intenciones de regresar á Paris.

— ¿Cómo, señora, va V. á dejar ya el campo?...

¡ Ah! por favor, sería cosa demasiado triste para mí si perdiera la esperanza de volver á ver á V.

— Caballero, me permitirá V. ante todo que no tome por lo sério lo que me está diciendo... hace poquisimo tiempo que nos hablamos, y advierta V. que no digo que nos *conocemos*, porque encontrarse por casualidad y hablar dos veces juntos, eso no es conocerse. Hace, pues, muy poco tiempo, para que mi ausencia de este país pueda causar á V. el menor disgusto.

— Dispéñeme V., señora, le responda que está en un error; no se necesita muchas veces, ni tampoco un conocimiento de fecha muy remota, para sentir que late el corazón por una mujer á quien se debe amar... Al menos, así es como comprendo yo el amor.

— ¡ Entonces ama V. demasiado pronto!

— Sí señora, yo creo que á primera vista es cuando se agrada ó se deja de agradar.

— ¡ Y V. crée que una mujer debe amar también á primera vista, sin saber si el que le agrada es digno de su estimacion, de su confianza... sin saber ni aun lo que hace, lo que es!...

El caballero de la barba sonríe, y guarda algunos momentos de silencio: despues continúa:

—Convengo, señora, en que mi modo de vivir en este país puede parecer... algo original...

—¡Oh! sí, caballero, verdad es que no participo de todas las ideas de los habitantes de esta ciudad, que tampoco creo una palabra de las calumnias que acerca de V. dicen... puesto que, por el contrario, me he burlado de ellos...

—Gracias, señora...

—Pero al fin, preciso es convenir, sin embargo, en que su manera de vivir y de vestirse... no es la de todo el mundo... V. ha evitado con cuidado todo contacto con las notabilidades del país...

—El señor Fremont me conoce.

—Sí, pero parece que el señor Fremont tampoco quiere que le conozcan á V., porque se ha contentado con reirse en la cara de las personas que le preguntaban lo que V. era. Además, el señor Fremont está casi siempre en París, y no va á casa de mi prima.

—¿No es permitido á uno venir á habitar el campo para gustar de un poco de soledad?

—¿De soledad?... pero V. no está enteramente solo... si V. huye de los habitantes de la ciudad, en cambio recibe visitas por el ferro-carril... entre otras... una señora... que cantaba el aire del *Mir-*

lito al mismo tiempo de dirigirse á casa de V.

El jóven rie á carcajadas, diciendo :

— ¡Ah! es Malvina! ¡Ya sé lo que es... no puede estar dos minutos sin cantar!

— Parece que es muy alegre la señora Malvina... Tambien se dice que tiene un aire... vamos... no sé cómo decir...

— ¡Un aire de modista!

— Mucho peor que eso... Hay modistas que son muy graciosas... pero esa... señora... parece que es de un género... equívoco...

— ¿Y quién ha dado á V. noticias tan exactas sobre esa pobre Malvina?

— El señor Monfignon... él es quien la ha encontrado, y ha observado todo eso.

— ¡Ah! ¿es el señorito que ha hecho tan linda quintilla sobre mí y mi asno?... Decididamente, será preciso que yo dé una pequeña correccion á ese mozo.

Al llegar aquí, óyese en la cima del árbol un ruido de hojas y de ramas que se mueven; pero las dos personas que hablan debajo no paran la atencion.

— Señora, dispéñeme V. si la insto con mis ruegos, continúa el jóven; pero se lo suplico, no se vaya V. aun, porque conozco que si V. se va, no

podré permanecer tampoco en este país, y todo lo que he venido á hacer quedaria por concluir.

— Caballero... yo me aburría en casa de mi prima... gracias á las historias que acerca de V. forjan, ya no me fastidio... no tengo, pues, motivos que me apresuren á partir... pero, si me quedo, no vaya V. á creer que es porque me lo ruega.

— ¡ Oh! no, señora, juro á V. que no lo creeré...

— Además, le repito que no he tomado por lo sério nada de lo que V. me ha dicho... V. busca también distracciones... ¡ es muy natural!

— ¡ Oh! no, señora, no he alquilado para eso esa casa aislada, sino para trabajar, para trabajar mucho, lo que no hacía en París... donde hay tantas distracciones...

— Me parece, caballero, que cuando se viene á vivir al campo para trabajar, no se recibe á señoras que siempre están cantando...

— ¿ Y si yo no pudiese trabajar sin esa señora?

— ¡ Ah! eso ya es grave! ¿ Por eso la detiene V. toda la noche en su casa, donde también ha dormido?

— ¡ Ella ha dormido aquí! Malvina!... ¡ Oh! no, señora. Aseguro á V. que jamás ha dormido aquí. ¿ Quién ha osado decir eso?

— ¿Quién ha de haber sido?... Monfrignon; él vió á esa... señora salir de casa de V. muy de mañana con un paquetito de vestidos debajo del brazo...

— ¡Pero ese señor es un embustero infame! Quiere, pues, absolutamente que yo lo vapulee, que lo ate á la cola de mi asno... ¡Oh! juro á V....

El jóven barbudo se ve interrumpido por una cosa muy pesada que cae desde lo alto de una rama del árbol, le da en las espaldas, y va á parar al musgo detrás de él y de la señora de Valbrun. Esta arroja un grito al ruido de la repentina caída; vuélvese así como su vecino, para ver qué es lo que por poco los deja en el sitio, y reconoce al poetilla, que forma una especie de bola, porque al caer se ha hecho un peloton, y el cual lleva su mano á la cara diciendo:

— ¡Ah! canario!... me he aplastado la nariz, y desollado una oreja!... sin contar mi paletó que tambien se ha roto!

Algunas palabras bastarán para esplicar el acontecimiento que acaba de pasar á este señor: al ver á la linda parisiense que se dirigia por el lado de la casa de las espinacas, se dijo:—El hombre del asno va á verla venir, va á reunirse á ella; probablemente se volverán á hablar bajo el árbol corpulento del otro dia; pero entonces ¿cómo me acerco á ellos sin que

me vean?... y si no me acerco al árbol, ¿cómo oigo lo que dicen?...

De pronto, se le ocurre una idea; dando un rodeo, echa á correr con todas sus fuerzas á fin de llegar al árbol antes que la señora de Valbrun, y sin que ella lo vea. Una vez allí, recordando las lecciones de gimnasia de su juventud, rodea al árbol con sus brazos, y sube á él con bastante agilidad. Cuando llega al árbol, escoge una rama sólida y bastante espesa, justamente encima del banco, y dice:

— ¡Ahora que vengan á hablar debajo de mí... las palabras suben, y lo oiré todo sin que me vean! Preciso es confesar que he hallado un espediente magnífico, y que soy un bribonzuelo.

Pero lo que no había notado nuestro bribonzuelo era que no se está tan cómodo en la rama de un árbol como en un sillón. Procuraba algunas veces cambiar de postura; despues, cuando el jóven del sombrero puntiagudo habló de darle un vapuleo, no fué dueño de dominar un movimiento de espanto que hizo remover las ramas; pero cuando el jóven juró que lo iba á atar á la cola del asno, olvidando entonces la poca comodidad de su sitio, saltó sobre su rama, perdió el equilibrio, y cayó en fin, como hemos visto, casi sobre los hombros del señor Martin.

— ¿Qué es esto? dice el jóven examinando al señor que acaba de caerles, si no del cielo, al menos del camino que conduce á él.

— ¿Esto? responde Clementina, que repuesta ya de su terror, no puede menos de reirse de la figura lastimosa que ofrece entonces Monfignon, el cual se tienta la nariz y las orejas todas desolladas. ¡Es el señor Monfignon!

— ¿Aquel de quien hablábamos ahora poco?

— Precisamente.

— Pardiez, señor mio, tiene V. un modo singular de presentarse delante... digo no, detrás de las gentes. ¡Sabe V. que podia muy bien haber herido gravemente á esta señora!

— ¿Crée V. acaso que lo he hecho de intento? ¡Yo tambien podia haberme matado, y en verdad que no era esa mi intencion!

— Pero, en fin, caballero, ¿qué hacia V. en ese árbol?... Porque de él es de donde V. ha caido.

— Caballero, yo habia subido á ese nogal... para coger nueces.

— ¡Usted se chancea... nueces que no están aun ni medio maduras!

— A mí me gustan así... cuando son muy pequeñas... para hacer licor estomáquico...

— ¿Qué le parece á V. esto, señora? dice el señor Martin dirigiéndose á Clementina.

Esta responde sonriendo:

— Creo que no hay que profundizar mucho este misterio. Si... como es presumible, el señor se colocó en ese árbol por curiosidad, y para escuchar nuestra conversacion, me parece que está bastante castigado de su accion vergonzosa, y espero que le servirá de leccion.

Monfignon, que ha conseguido levantarse, se quita la tierra de que está cubierto, y dice:

— Cómo, señora, podria V. creer que es la curiosidad... ¡Oh! pero no... está V. en un error. Yo le aseguro... ¡Ay! qué daño me he hecho en la nariz!

— Caballero, dice en un tono bastante grave el joven barbudo, no sé si es la curiosidad ó cualquier otro motivo el que ha hecho á V. encaramarse en ese árbol; pero lo que sé es que desde que habito este país no hace V. otra cosa que ocuparse de mí esclusivamente. No hay necedades, calumnias y mentiras que V. no invente sobre mi persona; V. ha ido hasta el extremo de hacerme una quintilla, en la que dice V. que sabrá impedir... pero el verso no dice qué. Ya es tiempo de que esto concluya, señor mio,

y le juro ahora que á la primera noticia falsa que cuente V. de mí, le ato á la cola de mi asno, y entonces le hago trotar por toda la ciudad mas listo que aquella noche en que tuvo V. tanto miedo... y en que tanto placer tuvimos en saltar por encima de V. mis amigos y yo.

Pónese Monfignon encarnado, amarillo y verde, y murmura:

— Caballero... esas cosas... se dicen... pero no se hacen... eso será una broma...

— No señor, hablo sériamente; pero si en vez de esa carrera á la cola de mi asno desea V. un encuentro con espada ó con pistola, aquí me tiene V... siempre me hallará dispuesto á satisfacerle... Responda V., señor mio, ¿prefiere V. eso?

Esta vez Monfignon se pone lívido; échase su sombrero de paja hácia los ojos, y se aleja precipitadamente diciendo:

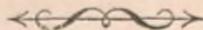
— ¡No señor, nunca! un duelo! eso no está en mis principios... tengo horror á los desafíos... ¡Báttirme!... nunca!

Monfignon ha partido. Despues de haberse reido de su: ¡nunca! que habria hecho honor al *Padre Sournois*, Clementina alarga la mano á su nuevo conocido diciéndole:

— ¡Adios, caballero! vamos á dar que hablar á las lenguas del país.

— ¿Adios, dice V., señora? ¡Oh! no... adios no... hasta otra vez, ¿no es verdad?

— Pues bien, sí... ¡hasta otra vez!



XXIII.

UNA REUNION CONTRARIADA.

—Este jóven parece un loco, un aturdido, dice la jóven viuda para sí al regresar á casa de su prima; pero es en verdad muy amable... ¡Dios mio!... si iré yo á enamorarme de él!... ¡Oh! qué idea!... un hombre que no dice quién es, ni lo que hace... Sin embargo, creo que iba ya á explicarse respecto á esa... Malvina, cuando el necio del poetilla cayó casi encima de nosotros.

Despues, al mismo tiempo que continúa entregándose á sus pensamientos que ahora gravitan siempre sobre el mismo asunto, Clementina vuelve á decir para sí:— Despues de todo, yo me casé con Valbrun porque era un jóven muy modesto, y arreglado, que se sonrojaba al mirarme... ¡Bien sabe Dios que no tuve por qué felicitar me de mi eleccion... el cordero se volvió lobo!... ¡Este jóven... tan aturdido al parecer, tan... original, será tal vez cuando se case mas cuerdo... tan cuerdo como puede ser un hombre... porque despues de todo no se debe pedir un imposible!

La señora de Grospré sonrie burlona y maliciosamente al ver volver á su prima de paseo, pero no le dirige ninguna pregunta, porque dice para sí:— Monfignon ha debido seguirla, y por él sabrémos esta noche en casa de la señora de Riffard todo lo que ha pasado; con tanto mas motivo, cuanto que mi parisiense no va á casa de la señora de Riffard, donde por consiguiente podrémos charlar con toda libertad.

En efecto, aquella noche la reunion era en casa de la viuda de los cuatro maridos. La señora de Valbrun se abstiene de asistir, porque allí menudean mas los chismes, y la conversacion es mas indigesta

que en casa de los Grospré, donde acuden charlatanes intrépidos, hasta el punto de que una noche ha sido preciso tomar vez para usar de la palabra.

La señora de Riffard esclama al ver llegar á la gorda Febé:

— Y bien, ¿qué hay de nuevo? ¿Ha salido hoy esa señora?

— Sí, ha salido sola de día, y ha estado fuera mucho tiempo; cuando ha vuelto, parecia muy conmovida!...

— ¡Ya se comprende! ¡Probablemente venia de hablar con su conquista!

— Pronto sabremos lo que ha pasado... Monfignon fué á acecharla... jurando que se vengaria de la burla que ella le hizo la otra noche cuando le contestó. Estoy segura de que hoy nos dirá lo que ha hecho esta mañana nuestra parisiense.

— ¡Oh! entonces que venga pronto ese querido Monfignon... ese hombre tan precioso para la tertulia!

— ¡Me parece que ya tarda!

— En efecto, ya han dado las ocho...

— ¡Oh! ya vendrá... no falta nunca! ¡El coqueton quiere hacerse desear!

— ¡Debe estar bien persuadido de que hoy le esperamos con mas impaciencia que nunca!

— ¡Ah! han llamado!... de seguro es él!

Todas las miradas se vuelven hácia la puerta del salon, y se ve entrar al... señor Liroquet.

El viejo solteron es recibido no de muy buena gana, por lo mismo que esperaban ver á su querido poeta. Por otra parte, Liroquet habia perdido mucho en el ánimo de estas damas, desde que supieron que habia salido de noche con el gorro y el delantal de su criada.

Pasa aun media hora, y Monfignon no llega. La admiracion está en su colmo y muy pronto llega al estado de inquietud.

— ¡Preciso es que esté enfermo para no haber venido esta noche, ó que le haya sucedido alguna cosa! esclama la señora de Rifflard. ¡Voy á enviar á mi portero á que vaya á su casa!

Pero en el momento en que esta señora se dispone á dar sus órdenes, la puerta del salon se abre, y el criado anuncia: — ¡el señor Monfignon!

Aparece el hombrecillo; pero si no se hubiese anunciado, nadie le conoceria. En primer lugar, parece que trae un casco en la cabeza; una banda de tafetan negro se la cubre toda, y además lleva en-

vuelta la nariz en otro pedazo de la misma tela, de suerte que divide su rostro en dos partes. En fin, anda con mucho trabajo, y al andar cojea un poco.

Un grito general resuena :

— ¡ Ah ! Dios mio ! ¿ qué tiene V. , Monfignon ?

— ¿ Qué le ha sucedido á V. ?...

— ¿ Quién le ha puesto en ese estado ?...

— ¿ Se ha batido V. ?...

— ¡ Sí , no hay duda ! se habrá desafiado con ese...

Martin !...

— ¡ Ese hombre sospechoso le habrá herido , le habrá atacado sin duda... traidoramente !

— ¡ Sin embargo , no está herido por detrás ! dice Dupetral.

— ¡ Señores ! esclama la señora de Riffard tomando una postura académica... soy de opinion que es preciso concluir con ese bandido !... ¡ Vamos á quejarnos todos al alcalde !... que venga con nosotras nuestro pobre amigo !... que parece anda con mucho trabajo !...

Muchas personas han empezado ya á levantarse, cuando Monfignon que durante todo este tiempo ha levantado poco á poco la venda que tiene en la nariz, para intentar sonarse, esclama al fin en tono de mal humor :

—¿Qué van VV. á hacer?... Háganme VV. el gusto de estarse quietos... ¿A qué quieren VV. ir á casa del alcalde? qué van á hacer allí?... qué van á decirle?... Nada, porque VV. no saben nada... ¿Acaso me quejo yo?... ¿Les he dicho acaso que el señor Martin me habia herido?... No he dicho nunca á nadie semejante cosa. Yo no tengo la menor queja que formular contra ese señor... Hasta diré más, y es que me parece muy inconveniente que al hablar de él se le trate de bandido... ¿Por qué dicen VV. que es bandido?... vamos á ver, por qué?... en qué fundan VV. esa acusacion?... Si ese caballero lo supiese... y es muy posible que lo sepa... si se quejase contra VV... si les formase causa por calumnia... por difamacion... eh!... ¿qué responderian VV.?... ¡Pagarian los gastos y se verian condenados... y estaria bien hecho... á fé, á fé que lo merecian VV.!

Todo el mundo se mira con sorpresa; apenas pueden creer lo que están oyendo: ahora es el poetilla el que toma la defensa del hombre del asno, que antes era siempre el primero que le atacaba. Pero las amenazas de aquel individuo habian producido su efecto. El tono con que habia jurado á Monfignon que le ataria á la cola de su asno, si es que no preferia batirse con él, habia producido en el poeta tal

impresion, que habia vuelto á su casa con un cólico horrible, y si no habia llegado antes á casa de la señora de Riffard, era porque se lo habian impedido dos ó tres ataques de esta indisposicion.

—Mi querido poeta, dice, en fin, la señora de Riffard, V. nos sorprende... V. nos deja muy admiradas... Si he tratado á ese estraño de bandido, ha sido por las acusaciones que V. antes que nadie ha lanzado contra él... V. ha dicho que era un monedero falso...

—¡Yo! nunca! jamás!... yo no he dicho eso!

—¡Todo el mundo lo ha oido aquí como yo!

—¡Pues todo el mundo se ha engañado!... Yo dije: Hay un individuo en Paris que pone en circulacion monedas de cuatro sueldos, que son falsas... me parece que esto no tenia la menor relacion con el señor Martin...

—Pero al menos, señor Monfignon, dice Febé, á quien las negativas del poeta empiezan á impacientar, al menos no negará V. que ha acusado á ese hombre de que queria robar é incendiar nuestra ciudad la noche en que V. se levantó y recorrió las calles gritando:—«¡A mí! á las armas!»

—Yo, señora... ¡oh! si hice eso, fué por pura broma... fué un chasco que quise dar á VV.... Pero

ya se ve... VV. lo tomaron por lo serio, y yo me divertí mucho.

—Y cuando el asno pasó por encima de V... ¿era una broma que se daba V. á sí mismo?...

—Si estaba convenido.

—¿Convenido con el asno?

—No, con esos jóvenes.

—En fin, caballero, replica la viuda Riffard, V. no negará que hace dos dias vino á decirnos que habia visto á la señora de Valbrun hablando debajo de un árbol con el señor Martin... que les habia oido decirse cosas muy tiernas, que anunciaban entre ellos las mas íntimas relaciones...

Monfignon se ve cogido; quiere rascarse la nariz, y solo se rasca el tafetan; al fin murmura:

—¿Que yo he visto á la señora de Valbrun debajo de un árbol?... yo?... ¡Ah! permitan VV.... ya me acuerdo... sí... en efecto, creí que era la linda viuda... pero no era ella... me engañé... Despues he sabido que era otra señora... de Paris la que hablaba con ese caballero.

—Pero hoy, señor mio, hoy, esclama animándose Febé, ha ido V. á acechar á mi prima... ella ha salido... V. debe saber á donde ha ido... y si ha encontrado á álguien...

— ¡Yo, señora, acechar yo á su prima de V. !... Vamos á ver, ¿por quién me toman VV. cuando creen que yo paso mi tiempo acechando á las gentes? ¡Bonita ocupacion seria esa para un literato como yo !... ¡Gracias á Dios, tengo otras cosas en la cabeza !

— Pero V. estaba en la calle... frente á mi puerta... desde por la mañana, plantado en un rincon... ¿Qué hacia V. entonces allí?...

— Hacia versos, señora ; ¡yo los hago en todas partes !... lo mismo en la calle que en mi casa !

Todo el mundo se calla, admirado de las respuestas de Monfignon. Sin embargo, al cabo de algunos instantes el señor Postulant le dice :

— ¿Qué tiene V. en la cabeza y en la cara que se la ha cubierto de tafetan?

— Me he caido... sí... me resbalé en la escalera... Puse un pié en falso al bajar un escalon... y me lastimé la cabeza... y la nariz...

— ¡Diablo ! tome V. mi elixir.

— Estoy enfermo... tanto... que me voy á casa á acostarme... Sí... ahora mismo me voy.

Y el poetilla, haciendo un saludo á toda la reunion, se apresura á salir, poniéndose las manos en el vientre.

La tertulia está muy contrariada; esperaba chismes, anécdotas picantes y relatos divertidos sobre el paseo de la señora de Valbrun, y en vez de esto, oye á Monfignon tomar la defensa del señor Martin, y desmentir la mayor parte de los hechos que se le atribuían.

— Esto no es natural, dice la señora de Grospré, preciso es que al caer se haya hecho daño en la cabeza, y no se acuerda ya de nada de lo que ha dicho.

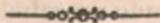
— A mí se me ocurre otra idea, dice Dupetral.

— Veamos esa idea.

— Se me figura que el señor Martin, sabedor sin duda de todo lo que Monfignon ha dicho de él, le habrá administrado hoy un vapuleo que le ha puesto en el estado en que le hemos visto, prometiéndole otro probablemente si volvía á hablar una palabra acerca de su persona.

— Sí, sí, eso debe ser, esclaman de todas partes. ¡ Monfignon ha recibido un vapuleo del señor Martin!

Y no falta quien añada en voz baja: — ¡ Ha hecho bien!



XXIV.

UNA MUJER Á LA GRUPO.

Ocho dias han pasado. Monfignon está malo del vientre, no obstante haber agotado ya dos frascos del elixir del señor Postulant. Va á muy pocas visitas, donde le reciben con cierta displicencia, porque cada vez que hablan del señor Martin coge el sombrero y se va en seguida.

Las habladoras de la ciudad se pierden en conjeturas. Desde que no se sabe ya nada nuevo sobre el

vecino de la casa de las espinacas, las reuniones son mucho menos divertidas.

La señora de Valbrun va á pasearse sola casi todos los dias; pero nadie se atreve á seguirla: el estado en que se ha visto á Monfignon asusta á los curiosos, porque están persuadidos de que el señor Martin le ha dado un vapuleo.

Solo la linda parisiense ha conservado su buen humor, su amabilidad; hasta parece mucho mas alegre hace algun tiempo. La sonrisa aparece constantemente en sus labios; en fin, toda su persona respira ese aire feliz, satisfecho, que anuncia la alegría del corazon.

Es que Clementina se dejaba llevar en efecto del placer de amar, placer tan dulce cuando empieza, y cuando es correspondido. Todos los dias iba á ver al jóven del sombrero puntiagudo, y todos los dias mostrábase este para con ella mas amable, mas amante, mas solícito. Y cuando Clementina le decia:

— Pero en fin, caballero, ¿quién es V.?... ¿Qué relaciones tiene con esa mujer que canta el aire del *Mirliton* cuando va á casa de V.?

Entonces el susodicho Martin le respondia en el tono mas afirmativo:

— Por favor, señora, unos dias de paciencia aun,

y explicaré á V. todo esto muy fácilmente; V. verá que no soy indigno de su estimacion, y que si mi conducta en este país fué algo original, no tenia al menos nada de culpable.

La señora de Valbrun se dejaba persuadir, porque, como ya se ha dicho unas doscientas ó trescientas veces... y esta será una más... se cree fácilmente lo que se desea.

La señora de Grospré entraba en ganas muchas veces de preguntar á su prima; en fin, una mañana no pudo más y le dijo :

— Me han asegurado, hermosa mia, que han visto á V. muchas veces hablar con ese... señor Martin... el hombre del asno... ¿es verdad?

— Sí, prima, no le han engañado á V.; he hecho conocimiento con ese jóven; es muy amable, y me gusta mucho hablar con él.

— Cómo, mi querida prima, ¿no teme V. comprometerse hablando á ese... individuo?

— No en verdad, porque ese individuo... como tiene V. gusto en llamarle... tiene muy buenas maneras, buen tono, educacion... y el hábito de la buena sociedad.

— ¡Usted me admira! me sorprende! sin embargo, su traje no es el de un hombre distinguido!

— Mi querida prima, su traje, que tanto choca á V., no llamaria de ningun modo la atencion en Paris; en efecto, es algo escéntrico; pero los artistas visten así generalmente.

— ¡ Ah! ¿ con que ese caballero es artista?

— No me lo ha dicho, pero lo presumo.

— Entonces debe ser un actor... Esas gentes quieren siempre hacerse notar, singularizarse... ¿ En qué teatro representa?

La señora de Valbrun se encoge de hombros, y se aleja respondiendo:

— No sé nada de eso, prima.

La gruesa Febé dice para sí:

— Mi prima se ha enamorado de ese comediante... ¡ Está loca!... hará alguna necedad por él... ya se compromete. Irémos á contar por ahí lo que he sabido.

Al subsiguiente dia de esta conversacion, con un tiempo magnífico, una gran parte de la tertulia de los Grospré hallábase reunida á eso de las doce, con intencion de ir á ver la fiesta de una aldea vecina. La señora de Valbrun habia consentido en ser de la partida, así como el poetilla, que ya estaba repuesto de su indisposicion.

La reunion acababa de salir de la calle habitada

por el susodicho destajista, cuando de pronto vieron que llegaba á todo escape el señor Postulant, quien obligado á ir á casa de un cliente, habia dicho á su mujer :

— Vé tú, que yo me uniré despues á vosotros.

El farmacéutico llega hecho un pate de sudor, y su mujer le dice :

— ¿Por qué has venido así?... Despues te hubieras reunido con nosotros.

— ¡Ah! he corrido, porque acabo de ver una cosa en extremo divertida... He querido avisar á VV. para que detengan el paso... Ahora va á venir por aquí... Es su camino, de vuelta del ferro-carril... Se ha parado á hablar con el señor Fremont; á no ser así habria venido ya.

— ¿Pero quién?

— ¿Quién va á pasar?

— El señor Martin en su asno.

— ¿Y es eso lo que le parece á V. tan chistoso? ¿Para eso quiere V. que nos detengamos?

— ¿Quién ha hablado del señor Martin?... Cuidado que no he sido yo, esclama Monfignon, no quiero que luego me lo achaquen á mí... ¡Desde ahora lo prevengo!

— Está bien, Monfignon, está bien... ¡Jesús! ya

se ha puesto V. pálido, apenas se ha nombrado á ese hombre!...

— ¡Pálido!... yo no estoy pálido!... ¿Por qué quiere V. que yo esté pálido?... Al contrario, ¡debo estar muy encarnado!... las mejillas me echan fuego!

— Vamos á ver, señor Postulant, ¿por qué nos obliga V. á detenernos?... ¿Qué tiene de particular que el señor Martin vaya montado en un asno?

— ¡Ah! si fuese solo en su pollino, seguramente que no valia la pena de esperarle... pero no viene solo... trae á una persona á la grupa... una persona por quien sin duda ha ido al ferro-carril.

— ¡Bah! ¿y quién es ese que trae á la grupa?

— ¡Es una mujer!

— ¡Una mujer!

— ¡Una mujer á la grupa en el asno del señor Martin!

— Sí, sí... y una mujer jóven, segun he podido adivinar, porque lleva velo encima del sombrero.

— ¡Advierto á VV. que no he sido yo quien ha dicho eso! esclama Monfignon; soy totalmente extraño á esa noticia... que tal vez es apócrifa!

— ¡Apócrifa! ¡Pardiez! ahora mismo verá todo el mundo si he mentido! Justamente viene ahí... ha

puesto á su asno al galope... va á pasar delante de nosotros... ¡Atencion, señoras!

La reunion se hallaba entonces detenida en una plaza pequeña que comunicaba á muchas partes. A poco se ve llegar, desembocando de una de las calles, al señor Martin con su asno; y en efecto, á la grupa detrás de él va sentada una mujer. Esta, que va vestida con coquetería, lleva en la cabeza un sombrero de paja, y un velo verde echado hácia la cara; pero con sus dos brazos rodea el cuerpo de su ginete, y hasta parece estrecharlo fuertemente, de modo que sigue todos sus movimientos.

Al ver tanta gente en la plaza, el señor Martin hace andar mas de prisa á su cabalgadura, hasta el punto de que pasa por delante de todos como una flecha, sin que su compañera se haya movido un instante de la grupa del asno.

La señora de Valbrun ha visto todo esto, se ha sonrojado, luego se ha puesto muy pálida, porque esta vez ha visto con sus ojos, como los demás, y está cierta de que no es una mentira.

— ¡Y bien! esclama el señor Postulant; ¿decia yo mentira acaso? ¿No valia eso la pena de ser visto?

— ¡Oh! sí, sí, es una cosa muy divertida!

— ¡Qué especie de mujer puede ir así á la grupa en

un asno!... ¡Eso se adivina fácilmente! dice la señora de Riffard.

— ¡Lo cierto es que ella se sostenia muy bien! dice Dupetral. ¡Qué aplomo!... ella y su ginete no formaban mas que uno!

— Es verdad, dice el señor Liroquet, ¡parecia que iban pegados!

— ¡De lo cual saco por conclusion, continúa el farmacéutico, que debe ser una volatinera del hipódromo! ¿Qué le parece á V., Monignon?

— ¡A mí, á mí no me parece nada, yo no digo nada... no he visto nada!...

— ¿Cómo? no ha visto V. al señor Martin pasar en su asno con una mujer á la grupa, que se agarraba á él por la cintura?

— Todo eso ha pasado tan pronto por delante de mí, que no he advertido nada... Esa es mi opinion.

La señora de Valbrun no dice una palabra, y hace lo posible por ocultar lo que sufre. Todas las señoras la miran con aire irónico, y parecen regocijarse al ver el cambio que ha habido en su rostro.

Vuelven á ponerse en marcha para ir á la fiesta de la inmediata aldea. Pero al cabo de cinco minutos la señora de Valbrun dice á Febé:

— Mi querida prima, siento no poder acompañar

á VV. mas allá, pero me encuentro indispueta... siento un malestar que no me permite continuar este paseo...

—¿Cómo? está V. enferma, bella prima? Pero eso ha sido súbitamente...

—Sí, creo que es el calor... Voy á entrar á descansar á casa...

—¿Quiere V. que la acompañe alguno?

—¿Si yo me atreviese á ofrecer á V. mi brazo, señora?... dice el gran Dupetral.

—Gracias, caballero; no quiero que nadie se incomode por mí, eso me disgustaria mucho... además, estamos aun muy cerca de casa de mi prima. Hasta la vista pues, y que VV. se diviertan mucho.

Clementina saluda á la reunion, y vuelve á casa de los Grospré.

—¡Ya sabemos cuál es su enfermedad! esclama la señora de Riffard, apenas se ha alejado la viuda; es el despecho, la cólera de haber visto á su... Martin llevando á su casa una bribona á la grupa!

—¡Seguramente es eso! dice á su vez Febé, pero tambien es estraño que una mujer bien educada haya ido á enamorarse de un comediante! ¡Esto es indigno!

—¿Quién ha llamado comediante al señor Martin?...

¡Declaro que no he sido yo, esclama Monfignon, y además, no creo que lo sea!

— Y aun cuando lo fuese, dice Dupetral, la palabra comediante era buena en los tiempos de las compañías nómadás, como las que nos pinta Scaron en su *Novela cómica*. ¡Hoy los actores son hombres como los demás; tienen educacion, buenas maneras, talento muchas veces, casi siempre chistosos, y se busca su compañía, preferible cien veces á la de tantos necios enriquecidos, que se creen algo porque tienen dinero!

— ¡Anda! Eso lo dice por Grospré, murmura por lo bajo el farmacéutico.

— ¡Bueno! ¡Ya se la encajó! dice el destajista mirando al señor Liroquet.

— Ha dicho eso por el señor Postulant, murmura el señor Breillet.

Y cada cual va endosando la pelota á su compañero.

La fiesta de la aldea ha detenido bastante tiempo á toda la reunion, que no vuelve á la ciudad hasta bien entrada la noche.

— ¿Cómo está mi bella prima? pregunta con aire burlon la señora de Grospré á su cocinera; ha hecho progresos su enfermedad repentina?

— Señora, no sé si su prima de V. ha hecho pro-

gresos ó no, responde la marmitona con el aire des-
cocado que tiene de costumbre; pero sé que de
estar ya muy lejos si continúa corriendo.

—¿Qué quiere V. decir con eso, Cunegunda?

—¡Es muy sencillo! Al volver su parisiense de V.
ha hecho en seguida su equipaje, y lo ha enviado in-
mediatamente al ferro-carril con el viejo sordo del
jardinero, y en seguida se ha ido ella en el tren de
las cuatro.

—¡Se ha ido!... mi prima se ha ido!... sin de-
cirme nada!... sin despedirse de mí! ¡Oh! esto es
demasiado!

—Pero ha dejado esta carta para V.

—¡Démela V.!

Y Febé se apresura á leer el billete concebido en
estos términos:

«Mi querida prima: Dispéñseme V. si me voy tan
bruscamente, pero un asunto urgente y el cuidado
de mi salud exigen mi presencia en Paris. Grea V.
que lo siento en el alma, y que agradezco mucho su
hospitalidad; dé V. mis cariñosos afectos á su esposo.

»Muy pronto volverá á escribir á V. su afec-
tísima

» CLEMENTINA VALBRUN. »

— ¡No vuelvo en mí de mi sorpresa! esclama la señora de Grospré, que va al momento á enseñar esta carta á su marido, quien le responde:

— He convidado á comer á Boulingrin para mañana, porque me debe una revancha al piquet.

La noticia de la brusca partida de la parisiense es el objeto de la conversacion del siguiente dia en toda la ciudad.

— ¡Se ha ido de ira! dice la señora de Riffard.

— ¡Por celos! dice la señora de Postulant.

— ¡Por despecho! dice la señora de Breuillet.

— ¡Por desesperacion! dice la señorita Mignonnette.

— No, dice Monfignon, se ha ido... por el ferrocarril.

Cinco dias despues, nuevo acontecimiento para la ciudad; el inquilino de la casa de las espinacas, el hombre del asno, el señor Martin en fin, ha partido tambien. Ha devuelto sus llaves al especiero Girard, anunciándole que podia disponer de su casa, porque no pensaba volver.

— ¡Cómo prueba todo eso su connivencia! dice la señora de Riffard; la dama se va primero, y el otro le sigue despues la pista... ¡Esas gentes saben mucho!...

— ¡Ah! mi pobre prima! esclama Febé, si será tan poco razonable que vuelva á ver otra vez en Paris á ese señor Martin el histrion!

— ¡Adviertan VV. que yo no he llamado histrion á ese señor, dice Monfignon, y que hasta la espression me parece muy arriesgada!

—¡Ah! mi pobre primo! echame a ver
 tan poco responsable que estás a ver qué
 me dice señor Martín el doctor!
 —¡Adiós! V. que yo no he llamado a
 a mi señor, dice el doctor, y que he
 a mi señor muy a ver!

ESQUELAS DE CASAMIENTO.

Han pasado tres semanas, y en la ciudad se empieza á hablar algo menos de la linda parisiense y del señor Martin, cuando los esposos Grospré reciben una mañana por el correo la siguiente esquila:

«La señora doña Clementina Dalbelle, viuda de Valbrun, tiene el honor de participar á V... su efectuado enlace con D. Estéban Didier, pintor de historia.»

Despues habia otra esquila que decia :

«D. Alejandro Didier , abogado consultor, tiene el honor de dar á V. parte del enlace de su hijo D. Estéban Didier con la señora doña Clementina Dalbelle , viuda de Valbrun. »

— ¡Ah! mi prima se ha vuelto á casar; Jesús, y qué cosa tan pronta ha sido esa! esclama Febé. ¿Pero quién es ese D. Estéban Didier, pintor, con quien ha casado? ¡Nunca me habló de ese señor!... ni aun pronunció su nombre delante de mí!

Y la señora de Grospré corre con su carta á casa de todos sus amigos y conocidos, y pregunta si conocen de reputacion al pintor con quien su prima acaba de casarse.

— ¡Estéban Didier! esclama Dupetral; pues si es uno de nuestros primeros pintores, uno de los que dan mejores esperanzas; dícese que acaba de concluir un cuadro admirable, que le habia sido encargado por el gobierno.

— Sí, dice el señor Postulant, en los periódicos he leído ese nombre con mucha frecuencia, y siempre acompañado de elogios.

— ¡Estéban Didier! dice á su vez Monfignon, ¡oh!

le conozco demasiado!... ¡Cuando digo que le conozco... no le he visto nunca, pero he oído hablar mucho de él!...

— Parece, exclama la señora de Riffard riendo, que el amable Martin ha sido olvidado totalmente... ¡ah! ah! ah! cuánto me alegro!... ¡No podía ver á ese hombre del sombrero puntiagudo!... le tenia horror!

Y como Fremont acababa de llegar de Paris, y asistia á la reunion donde se decian todas estas cosas, la señora de Grospré se dirige á él, y le dice en tono burlon:

— Y bien, ¿y su amigo de V.? ese original de barba y blusa... qué dice de este casamiento?

— ¿Quién?

— ¿Quién ha de ser? ¡Su amigo de V. Martin... el hombre del asno!

— ¡Ah! ¿mi amigo el que ocupaba la casa de las espinacas?

— Justamente, y que tenia un asno. ¿Qué dice del casamiento de la señora del Valbrun?

— Está encantado, gozoso hasta no más... porque es el mas feliz de los hombres...

— ¿Cómo es eso?

— Puesto que acaba de casarse con la mujer que adoraba...

— ¡ Ah! ¿ tambien él se ha casado?

— Lo mismo que su prima de V.

— ¿ Y con quién ha casado?

— Demasiado lo sabe V., puesto que le han enviado esquila.

— ¿ Qué quiere V. decir, caballero?

— Una cosa muy sencilla; y es que el susodicho Martin y Estéban Didier son uno mismo. Que llevando en Paris una vida algo disipada, y viéndose rodeado sin cesar de una porcion de importunos, me hizo que le alquilase una casa de campo, á fin de vivir en ella solo, dedicarse esclusivamente al trabajo y concluir al fin el magnífico cuadro que le habian encargado; además habia jurado á su padre guardar el mas severo incógnito, y no volver á Paris hasta que el cuadro estuviese concluido.

Todo el mundo se queda admirado. Pero la viuda Riffard, que no quiere nunca darse por vencida, esclama:

— ¿ Dice V. que ese señor queria vivir solo? Pues siempre tenia jóvenes en su casa.

— Un aprendiz y un discípulo: en mil ocasiones necesita ayuda un pintor...

— ¿ Y esa señorita que iba á verle cantando el aire del *Mirliton*?

—Era un modelo, que le servia para su cuadro. Un pintor no puede dejar de tener modelo.

—¿Pero y esa otra mujer que llevaba á la grupa de su asno? ¿Era tambien un modelo?

—¡Oh! no... esa era sencillamente un maniquí que hizo venir de Paris porque le era indispensable... En el ferro-carril se rieron mucho cuando le vieron colocar el maniquí detrás de él, encima de su asno.

—¡Era un maniquí! esclama Monignon... pues bien, yo lo hubiera apostado. ¿Pues qué, se ha visto nunca una mujer á la grupa que vaya pegada á la espalda de su ginete?... ¡Ya lo creo que era un maniquí... eso salta á la vista!

Esta vez la señora de Riffard no encuentra nada que decir, y toda la reunion se queda confundida.

—A propósito, señor Monignon, continúa el señor Fremont dirigiéndose al poeta, mi amigo Estéban, que sabe que hace algun tiempo tomaba V. su defensa siempre que hablaban de él, me ha encargado ofrezca á V. su asno como una prenda de su profunda estimacion por su talento.

—Lo acepto, caballero, esclama Monignon, lo acepto con orgullo, puesto que ha pertenecido al señor Estéban Didier!... No diré, como *Prudhomme*:

Ese asno es el mas bello dia de mi vida!

Pero haré una variante á este dístico tan conocido, y diré:

¡El presente de un gran pintor es un beneficio de los dioses!

Y ahora, lectora, ó lector, ¿han adivinado VV. en qué ciudad pasaba todo esto?

FIN.

TABLA DE LAS MATERIAS.

I.—Una reunion de provincia.	1
II.—La señora de Valbrun.	9
III.—Los chismes de una provincia.	19
IV.—El poeta Monfignon.	33
V.—Las multas.	41
VI.—El asno del señor Martin.	51
VII.—Las aventuras del señor Tartenpomme.	67
VIII.—Donde Monfignon disputa con Postulant.	73
IX.—¡Abajo el latin!.	83
X.—El fruto de los rosales.	89
XI.—El titulo de una pieza.	97
XII.—La señorita Cunegunda.	109
XIII.—Un viaje por un diente.	115
XIV.—El señor Postulant se sacrifica.	127
XV.—Quién era el enfermo.	137
XVI.—Terroros nocturnos.	147
XVII.—Nuevo remedio contra los desmayos.	157
XVIII.—Un golpe de viento.	171
XIX.—Bajo un árbol.	185

XX.—	Continúa la murmuracion.	195
XXI.—	Un monedero falso y un asesino.	207
XXII.—	Maese Corbeau encaramado en un árbol.	221
XXIII.—	Una reunion contrariada.	237
XXIV.—	Una mujer á la grupa.	247
XXV.—	Esquelas de casamiento.	261

CANALEJAS y CASAS. *Anuario de los Progresos tecnológicos de la industria y de la agricultura.* Resumen de los adelantos de las ciencias aplicadas; descripción de las construcciones, inventos y procedimientos industriales que han surgido en el año de 1862. (ESTUDIOS Y DESCRIPCIÓN ILUSTRADA DE LA ESPOSICIÓN UNIVERSAL DE LONDRES en 1862).—Año segundo.—1863. Madrid, 1863. Un tomo en 8.º ilustrado con muchos grabados en madera intercalados en el texto, buen papel y esmerada impresión. Precio: 24 rs. en Madrid y 28 en prov., franco de porte.

CANALEJAS y CASAS. *Anuario de los Progresos tecnológicos de la industria y de la agricultura.* Año primero, 1861 para 1862. Madrid, 1862. Un tomo en 8.º, ilustrado con 21 grabados en madera intercalados en el texto. Precio: 24 rs. en Madrid y 28 en provincias, franco de porte.

Resumir en un pequeño tomo un tesoro de conocimientos útiles para todos, vulgarizando así las artes é industrias de todo el mundo, es el mas grande servicio que un autor puede hacer á su país: así pues, creemos que el inteligente ingeniero señor Canalejas ha conseguido su objeto al publicar estas obras, poniéndolas, por su estrechada baratura, al alcance de todas las fortunas.

BARBARIDADES (MIL Y UNA). Agudezas, ocurrencias, chistes, epigramas, chascarrillos, cuentos, refranes, anécdotas, dichos graciosos, equívocos, tonterías, bestialidades, simplezas, quid-pro-quo, adefesios, locuras, majaderías, bobadas, despropósitos, salidas de pié de banco, etc., etc.: por D. Hilario Pipiritaña. Ensalada por demás sabrosa y divertida; — superior, en abundancia, buen gusto y novedad, á todas las florestas y colecciones de su clase; — útil para todos los sexos, edades y condiciones de la vida; — necesaria para matar las eternas veladas de invierno, y para ahuyentar el sueño del viajero, distrayéndole agradablemente en las pesadas horas de diligencia (ó de galera), no menos que en las veloces horas de wagon; — indispensable para todo enfermo que no tenga calentura; para los convalecientes; para los presos y detenidos; para los que salen al campo á veranear, ó á tomar baños, etc., etc. *Tercera edición*, considerablemente aumentada. Un tomito de bolsillo con veinticuatro grabados. Precio: 12 rs. en Madrid y 13 en provincias, franco de porte.

MÉTODO DE AHN. *Primer curso de francés*, arreglado al castellano por el profesor H. Mac-Veigh. *Segunda edición*, revisada y aumentada con un Compendio de Gramática francesa, por D. A. C. Madrid, 1862. Un tomo en 8.º Precio: 8 rs. en rústica y 10 encartonado, franco de porte para toda España.

Prefacio del autor.

« *Aprended un idioma extranjero como habeis aprendido vuestra lengua nativa*: hé aquí en pocas palabras el método que he seguido al escribir esta obrita. Es el método de la naturaleza misma y el que emplea una madre cuando habla á su hijo, repitiéndole cien veces las mismas palabras, combinándolas imperceptiblemente, y logrando de esta manera hacerle hablar la lengua que ella habla. Aprender de este modo, no es estudio, es un entretenimiento.»

Este método está hoy reconocido por el mas sencillo de cuantos se han publicado hasta el dia para aprender á leer, escribir y hablar el francés con toda perfeccion y en muy breve tiempo. En apoyo de esto debemos decir que dicho método se halla adaptado á todas las lenguas, y señalado para testo en todas las Universidades, Institutos y Colegios de Francia, Inglaterra, Alemania, etc., etc., y no dudamos que, una vez reconocidas tan grandes ventajas sobre los demas métodos, obtendrá en nuestro pais la misma aceptacion.

NUÑEZ DE TABOADA. *Diccionario francés-español y español-francés*, mas completo que todos los que se han publicado hasta ahora. *Nueva edición* (décimacuarta), del todo revista y notablemente aumentada con documentos del autor, y segun las últimas ediciones de los Diccionarios de las Academias francesa y española, y los lexicones los mas estimados de estas naciones. 2 tomos en 4.º, 60 rs.

Recomendamos muy particularmente á todos los Catedráticos y Profesores de francés y de español la nueva edición de Nuñez de Taboada, como superior á todos los Diccionarios publicados hasta el dia, y esperamos que los que aun no la conocen, nos pidan un ejemplar á fin de que lo examinen y se convenzan de su superioridad sobre los demás; pues le consideramos, sin duda alguna, como el *único clásico* digno de una recomendacion eficaz á todos los alumnos.

ESPAÑA ARTÍSTICA

Y MONUMENTAL.

VISTAS Y DESCRIPCIONES DE LOS SITIOS Y MONUMENTOS
ARTÍSTICOS MAS NOTABLES DE ESPAÑA

Con dibujos y noticias sobre los usos, las armas y costumbres de todas las épocas que mas pueden interesar la historia del arte, por una sociedad de artistas, literatos y capitalistas españoles; dirigida, en la parte artística, por D. Genaro Perez de Villa-Amil, y en la literaria por D. Patricio de la Escosura: las láminas litografiadas por Adam, Arnout, Asselineau, Bachelier, etc., etc. Tres tomos en folio mayor, con 144 láminas de una esmerada ejecucion. Precio: 2,000 rs.

Esta magnífica obra es la mas completa de cuantas se han publicado para ilustrar las antigüedades y preciosidades artísticas que atesora nuestra España, tan renombrada y con todo tan poco conocida. La mayor parte de nuestros escritores españoles de mas valía se han esforzado con amoroso afán á enriquecer con sus trabajos literarios y artísticos LA ESPAÑA MONUMENTAL; y la tierra del Cid, con sus grandiosas y románticas bellezas, y toda la pompa de sus gloriosos recuerdos históricos, aparece ante los ojos en estas preciosas láminas, en las cuales los cuadros de costumbres populares y escenas al aire libre bajo un sol deslumbrante y una purísima atmósfera contrastan de un modo admirable con otras que en su representacion litografiada de los templos religiosos impresionan el alma con algo del respeto que infunde la misma sombría y solemne majestad de los verdaderos sitios. Esta espléndida obra es el complemento indispensable de toda biblioteca artistica y de la de todos los españoles amantes de su país.

NOTA. Se concederá alguna facilidad á todo el que desee comprar esta magnífica y única obra en su género y clase, y no quiera desembolsar de una vez su importe.

GRANDSAGNE, JULLIEN y V. PARISOT. *Manual del Arte de estudiar con fruto*, ó sea Guia del que quiere instruirse y utilizar la memoria y el tiempo; revisado y traducido al español por D. José Canalejas y Casas. Madrid, 1862. Un tomo en 18.º, 10 rs. en Madrid y 12 en provincias, franco de porte.

VICTOR HUGO. *Les Misérables*. L'apparition de ce grand livre, l'œuvre capitale de Victor Hugo, est l'un des principaux événements littéraires de notre siècle.

Les Misérables sont le premier roman publié par Victor Hugo depuis *Notre-Dame de Paris*.

Notre-Dame de Paris, c'était la résurrection du moyen âge; *Les Misérables*, c'est la vie du dix-neuvième siècle.

A la prodigieuse invention, au drame poignant, au style splendide, à toutes les qualités saisissantes du créateur de *Claude Frollo* et de *La Esmeralda*, s'ajoutent, cette fois, l'émotion d'une action contemporaine et la grande inquiétude de tout le problème social. L'intérêt de *Notre-Dame de Paris* multiplié par l'actualité, voilà *Les Misérables*!

Le roman complet est divisé en cinq parties, reliées entre elles par une action continue, renfermant cependant chacune un épisode complet :

1^{re} partie. FANTINE.

2^e — COSETTE.

3^e — MARIUS.

4^e — L'IDYLE RUE PLUMET ET L'EPOPEE RUE ST.-DENIS.

5^e — JEAN VALJEAN.

Prix de l'ouvrage complet : 10 vol. in-8°, magnifique impression, 240 rs.

AUBRY, fabricante de instrumentos de cirugía, física, matemáticas, etc. Esta Casa (rue Saint-Jacques, núm. 140, Paris), la primera en su género, establecida hace mas de cincuenta años, surte los principales despachos de Paris, así como tambien los del extranjero. En general, la fabricacion de casi todos los nuevos instrumentos le están confiados, pues su habilidad, perfeccion, precision y exactitud en todo ello, la ha hecho acreedora á tener la preferencia sobre todas.

La librería de Bailly-Bailliere, plaza del Principe Don Alfonso (antes de Santa Ana), núm. 8, se encarga de comunicarla todos los encargos que se le quieran confiar; en la inteligencia que responde de la perfeccion y exactitud de aquella acreditada Casa.

Dionisio, ob.

AIMARD. *La Ley de Lynch*: novela escrita en francés por Mr. Gustavo Aimard; traduccion de D. J. F. Saenz de Urraca. Madrid, 1862. Un tomo en 8.º, 14 rs. en Madrid y provincias, franco de porte, y solo diez reales para todos los que han sido suscritores en Madrid al periódico *La Lectura para todos*, y 12 para los de provincias.

Los **Tramperos del Arkansas**,—el **Rey de las tinieblas**,—**Valentín y Curumilla**,—y los **Piratas de las Praderas**, novelas escritas tambien por Gustavo Aimard, y traducidas por Saenz de Urraca, se han dado á luz en el periódico *La Lectura para todos*, el cual contiene además otras muchas escelentes é interesantes novelas; tanto que esta hermosa coleccion puede considerarse como el *Almacen* de las novelas mas escogidas de la época. Consta de tres tomos con láminas. Precio de cada uno, 38 rs. en Madrid y 48, franco de porte, por el correo.

SCHREBER. *Manual popular de Gimnasia de Sala*, médica é higiénica, ó Representacion y descripcion de los movimientos gimnásticos que, no exigiendo ningun aparato para su ejecucion, pueden practicarse en todas partes y por toda clase de personas de uno y otro sexo; seguido de sus aplicaciones á diversas enfermedades, por D. G. M. Schreber; vertido del aleman por H. Van Oordt; traducido al castellano, por D. E. S. O. *Tercera edicion*. Madrid, 1862. Un tomo en 18.º, con 45 figuras intercaladas en el testo, 10 rs. en Madrid y 12 en prov., franco de porte.

LANDELLE. *Un Odio á bordo*: novela escrita en francés por Mr. G. de la Landelle; traducida por D. Felipe Carrasco de Molina. Madrid, 1862. Un tomo en 8.º, 14 rs. en Madrid y provincias, franco de porte, y solo diez reales para todos los que han sido suscritores en Madrid al periódico *La Lectura para todos*, y 12 para los de provincias.

Basta decir, por todo elogio de esta gran novela, que ha sido traducida en todas las lenguas, que en todas partes se han repetido las ediciones, tirando un número fabuloso de ejemplares, y que es la mas hermosa é interesante novela marítima de este siglo.

MAQUET. *La Hermosa Gabriela*: novela traducida por D. Gabriel Florentino Valens. Un magnífico tomo en folio con hermosísimas láminas, buen papel y lindísima impresion. 26 rs. en Madrid y 28 en provincias, franco de porte.